

Las fotografías y sus relatos.  
Una radiografía del sufrimiento femenino

Monografía  
Maestría en Estudios Sociales  
Escuela de Ciencias Humanas  
Universidad del Rosario

Presentada por:  
Aurora María Pachano Alvarez

Dirigida por:  
Bastien Bosa

2019



## **Agradecimientos**

Agradezco infinitamente a Bastien por toda la confianza y entusiasmo puesta en este trabajo, así como su dedicación y paciencia, que ha hecho de este proceso especialmente enriquecedor.

Siempre estaré en deuda con los miembros de las familias a quienes entrevisté, porque sin ellos habría sido imposible este trabajo. Les agradezco abrirme la puerta de sus casas y de sus corazones para penetrar en sus vivencias más personales; por compartir conmigo, casi sin conocerme, historias cargadas de lágrimas, esfuerzos y victorias, de las que pocas veces suelen hablar. Historias que me han permitido conocer más de mí y del mundo en el que habito.

A mis papás por disfrutar de mi trabajo como si fuera de ellos y hacer de mis logros, los suyos. A mi ñaño Carlitos por su disponibilidad y creatividad para ayudarme cuando se lo pedí. A Periferia por la alegría con la que siempre me acompañan. Y a la familia Arboleda por su inmenso apoyo.

# Tabla de contenidos

<b>Introducción</b> .....	<b>1</b>
<b>Metodología</b> .....	<b>6</b>
<b>Capítulo 1</b> .....	<b>18</b>
<b>Precisiones conceptuales</b> .....	<b>18</b>
1.1 Modalidades e interpretaciones de violencia como causas del sufrimiento .....	<b>18</b>
1.1.1 Modalidades de ejercicio de la violencia .....	19
1.1.2 Modalidades de interpretación de la violencia .....	23
1.1.3 El entrelazamiento de las violencias .....	32
1.2 La dominación masculina y los moldeamientos sociales con relación al género.....	<b>33</b>
1.3 Moldeamientos sociales con relación a las condiciones materiales de existencia.....	<b>33</b>
<b>Capítulo 2</b> .....	<b>35</b>
<b>Mariana: la supervivencia ante distintos tipos de violencia.</b> .....	<b>35</b>
2.1. La infancia y adolescencia de Mariana: articulaciones entre modalidades de violencias físicas y morales. ....	<b>36</b>
2.1.1 La infancia: primeros pasos trastocados por el abandono materno. ....	36
2.1.2 La adolescencia en un hogar que la acoge, pero la violenta. ....	46
2.1.3 Sufrir la violenta sin comprenderla .....	51
2.2. Del campo a la ciudad: un continuo de violencias en escenarios urbanos. ....	<b>55</b>
2.3 Conclusiones:.....	<b>69</b>
<b>Capítulo 3</b> .....	<b>72</b>
<b>Sofía: un caso de resiliencia y perdón.</b> .....	<b>72</b>
3.1 La infancia de Sofía: un continuo de violencias.....	<b>73</b>
3.2 “El sueño de mi vida es casarme” .....	<b>85</b>
3.3 Ante el sufrimiento y la violencia: resiliencia y reconciliación.....	<b>102</b>
3.4. Superar las heridas de la violencia: proyecto de vida y estabilidad laboral. ....	<b>109</b>
3.5 Conclusiones:.....	<b>116</b>
<b>Capítulo 4</b> .....	<b>120</b>
<b>La tercera generación: ¿reproducción social de la violencia?</b> .....	<b>120</b>
4.1 El Gordito: un caso de solidaridad entre víctimas de violencias de dominación.....	<b>121</b>
4.2 Laura: la esperanza de las mujeres de la familia. ....	<b>128</b>
4.3 Conclusiones .....	<b>143</b>
<b>Conclusiones Generales</b> .....	<b>145</b>
<b>Anexo</b> .....	<b>151</b>
<b>Referencias</b> .....	<b>153</b>

## Índice de fotografías

<b>Fotografía 1:</b> Primera foto de Mariana tomada cuando tenía 11 ó 12 años de edad, en la plaza de Landázuri-Santander. Archivo: Álbum de fotos de Mariana. Fecha: cerca de 1970.....	37
<b>Fotografía 2:</b> Foto de la abuela de Mariana. Archivo Álbum de fotos de Mariana. Sin fecha.....	48
<b>Fotografía 3:</b> De izquierda a derecha: Luis, primer esposo de Mariana, cargando a Sofía, su hija mayor; y Mariana. Archivo: Álbum familiar de Mariana Caro. Año 1978.....	56
<b>Fotografía 4:</b> Foto del día del Bautizo de Jorge, el segundo hijo de Mariana. Atrás, de izquierda a derecha, Luis y Mariana. Adelante, los padrinos cargando al niño. Año 1981.....	57
<b>Fotografía 5:</b> Mariana con su hija Sofía parada junto a ella y su hijo Jorge sobre sus piernas. Archivo: Álbum familiar de Mariana. Fecha aprox. Año 1982.....	74
<b>Fotografía 6:</b> Sofía de niña con el uniforme de su colegio, en la localidad de Bosa, al sur de Bogotá. Archivo: Álbum familiar. Año apróx. 84-85.....	76
<b>Fotografía 7:</b> Sofía posando para una fotografía de estudio. Archivo: Álbum Familiar. Sin fecha.....	80
<b>Fotografía 8:</b> De Izquierda a derecha, Sergio, Laura y Sofía en el primer cumpleaños de Laura. Archivo: Álbum familiar. Año 2000.....	86
<b>Fotografía 9:</b> Sofía embarazada de su segundo hijo. Archivo: Álbum Familiar. Año 2002.....	89
<b>Fotografía 10:</b> De izquierda a derecha, Sergio, Laura, una primita de ellos, Damián y Sofía. Archivo: Álbum familiar. Fecha: 2003.....	93
<b>Fotografía 11:</b> Sofía, el día de su grado como bachiller, junto a su novio de aquel momento y en compañía de sus dos hijos. Archivo: Álbum familiar de Sofía. Año 2005.....	97
<b>Fotografía 12:</b> Sofía con sus dos hijos, Laura y Damián. Archivo álbum familiar. Año 2006.....	98
<b>Fotografía 13:</b> De izquierda a derecha: Sofía, Luis, el papá de Sofía; su hijo Damián y a bajo, Mariana, la mamá de Sofía. Fecha: enero de 2015.....	105
<b>Fotografía 14:</b> Sofía el día en que conoció el mar, en Santa Marta. Marzo de 2016.....	111
<b>Fotografía 15:</b> Reconocimiento a Sofía y a algunos de sus compañeros en su lugar de trabajo. Fotografía de la cartelera en que fueron publicados. Álbum personal, digital. Fecha: diciembre 2016.....	113
<b>Fotografía 16:</b> “El Gordito”. Fecha: 11 de abril de 2018.....	122
<b>Fotografía 17:</b> Laura en brazos de su abuelo paterno. Archivo Álbum Familiar. Año 2001.....	130
<b>Fotografía 18:</b> Laura, con su papá, cuando era bebé. Archivo: Álbum Familiar. Año 2001.....	135
<b>Fotografía 19:</b> Sofía y Segundo en el bautizo de Damián. Archivo: Álbum Familiar. Año 2003.....	137

## Índice de gráficas

<b>Gráfica 1:</b> Árbol genealógico de Mariana.....	36
<b>Gráfica 2:</b> Modalidades de ejercicio de violencias sufridas por Mariana durante sus primeros años de vida .....	41
<b>Gráfica 3:</b> Interpretaciones de Mariana en dos momentos de su vida sobre la violencia ejercida por su madre. ....	44
<b>Gráfica 4:</b> Modalidades de violencia sufridas por Mariana en su entorno familiar durante su infancia. ....	50
<b>Gráfica 5:</b> Interpretaciones de Mariana sobre la violencia ejercida por su familia .....	53
<b>Gráfica 6:</b> Modalidades de violencia ejercidas por Luis contra Mariana .....	64
<b>Gráfica 7:</b> Interpretaciones de Mariana sobre la violencia ejercida por Luis cuando vivían juntos y sobre su papel como esposa de Luis.....	66
<b>Gráfica 8:</b> Línea del tiempo de la vida de Mariana .....	68
<b>Gráfica 9:</b> Árbol Genealógico de Sofía. ....	73
<b>Gráfica 10:</b> Modalidades de ejercicio de la violencia en la infancia de Sofía ejercida por su tío y primos.....	82
<b>Gráfica 11:</b> Modalidades de ejercicio de la violencia en la infancia de Sofía ejercida por su madre. ....	83
<b>Gráfica 12:</b> Interpretaciones de Sofía siendo niña de la violencia que sufrió en su infancia.....	84
<b>Gráfica 13:</b> Modalidades de violencia en la vida de pareja de Sofía .....	99
<b>Gráfica 14:</b> Interpretaciones de Sofía sobre la violencia ejercida por Sergio durante su relación. ....	100
<b>Gráfica 15:</b> Interpretaciones actuales de Sofía sobre la ausencia paterna y la violencia sufrida en su infancia. ....	107
<b>Gráfica 16:</b> Línea del tiempo de la vida de Sofía. ....	115
<b>Gráfica 17:</b> Árbol genealógico de la familia del caso presentado. ....	121
<b>Gráfica 18:</b> Modalidades de violencia en la vida de “El Gordito” .....	126
<b>Gráfica 19:</b> Modalidades de violencias en la infancia de Laura. ....	139
<b>Gráfica 20:</b> Interpretaciones de la violencia en la vida de Laura.....	140
<b>Gráfica 21:</b> Línea del tiempo de la tercera generación. ....	142

## Introducción

La familia Gómez Ríos vive en Bosa, San Pablo, Sector II, barrio obrero que colinda con Soacha, al extremo sur occidente de Bogotá, zona que se ha caracterizado por acoger campesinos desplazados. La vivienda está ubicada en un barrio clasificado por el Distrito como estrato 2; es un inquilinato pequeño, compartido por tres familias. Hace parte de una casa, en el segundo piso viven los dueños, a quienes alquilan dos habitaciones contiguas con baño. Por fuera, hacia el patio común que comparten con las otras familias, está la cocina. El piso es de baldosa y las paredes están pintadas de color verde. En una de ellas, la que queda junto al baño, se notan manchas de una humedad densa y añeja; las ventanas dan al patio interior, de manera que no entra mucha luz a sus piezas, como ellos las llaman. En la casa viven 4 personas: Mariana, la abuela materna; Sofía, la mamá; y sus dos hijos: Laura, una adolescente de 17 y Damián, de 14 años. La estrechez no es problema para recibir visitas y dar de comer a todos. El día en que hice las primeras entrevistas almorzamos ahí once personas: la abuela y una de sus amigas; la mamá y un tío; los dos hijos, tres primas y un compañero del colegio del niño, que había venido para hacer un trabajo; y yo. En general, el ambiente me pareció tan alegre y la familia tan generosa y abierta, que nunca pensé encontrarme con historias de sufrimientos tan densas detrás de esas sonrisas.

En una de las habitaciones hay tres camas, una doble y dos sencillas. En la doble, duermen la mamá y el niño. En esta parte de la casa mantienen la boquilla sin bombillo, al parecer para evitar el gasto de luz. En una de las visitas que estuve en la casa, uno de los hermanos de la mamá que pasó por ahí como hacia las 11 de la mañana, les dijo que no entendía esa mala costumbre de mantener las luces apagadas si no se ven y prendió la luz de la otra habitación, que sí tiene bombillo.

El dormitorio se conecta por un marco sin puerta a otro cuarto donde tienen una mesa redonda con 4 sillas, una de ellas rota, sin asiento. Tienen un armario y dos cómodas con varios cajones, sobre la más alta está el televisor, pantalla plana; sobre la más bajita, el computador, que usan los niños para las tareas. Entre estos muebles, están distribuidas la ropa personal de ellos, las sábanas, toallas y demás lencería de la casa. Frente a estos, tienen otros dos muebles, donde guardan los víveres y, organizados en el piso, en un rincón, tienen algunos zapatos y morrales. La casa me transmite orden y limpieza. En esta habitación, también se encuentra el baño, en cuya puerta metálica tienen pegado un afiche muy grande de *One Direction*, que contrasta con el resto

de la casa. Cuando entré al baño, vi que la mitad de arriba de la puerta es de vidrio y que el afiche sirve para evitar la visibilidad. En las paredes tiene un par de cuadros, con afiches de zonas de Santander, de donde la abuela es originaria.

Desde mi primera visita a esta casa, noté que, como parte de la dinámica familiar, hay unos roles de género predefinidos, que se llevan a cabo en un contexto patriarcal popular. Si bien todos comparten ciertas privaciones materiales, esta situación de escasez se entrecruza con la dominación masculina. Pues, los hombres gozan de ciertos privilegios a nivel doméstico avalados y reforzados por las mujeres, quienes se encargan de todas las tareas de la casa, mientras los hombres son servidos.

En esta familia, me llaman “profe” aunque les expliqué que no lo soy. Cuando almorcé con ellos, me sirvieron un plato con bastante más comida que al resto de personas. Sólo a mí me dieron tenedor y cuchillo para comer, mientras el resto utilizaba cuchara. No me permitieron ayudarles con las tareas de la casa y la única mesa que tienen, la reservaron para mí, de manera que los niños que necesitaban una superficie plana para hacer la tarea de dibujo técnico no podían hacerlo. Cuando caí en cuenta de esto, propuse cambiar de lugar para hacer las entrevistas y ellos pasaron a la mesa. Son muy atentos y cuando estoy en la casa procuran darme siempre algo de comer. En otra ocasión, en que todos estaban en vacaciones y llegué por la mañana, aunque les había dicho que ya había desayunado, me prepararon un generoso plato de huevos revueltos, dos panes y chocolate caliente, para que lo comiera a la par con los muchachos; y más tarde me sirvieron una buena taza de café. Aunque insistí en que no hacía falta, para ellos no había opción: me decían que yo era su invitada especial y que tenía que estar bien atendida. Me llamó la atención lo de “invitada especial”, al igual que lo de “profe”. Primero porque yo estaba ahí no porque me hayan invitado, sino porque les había pedido ir para entrevistarlos. Es decir, eran ellos quienes me estaban haciendo un favor a mí. Segundo, porque noto que detrás de las formas de llamarme y presentarme a las personas que llegan a la casa y las atenciones que tienen conmigo, me ven diferente. Sobrevaloran mi título universitario y asumen que, por haber ido a la universidad, soy “profe”. Por eso, se sienten obligadas, en especial la mamá y la abuela, a ser atentas conmigo. Cuando voy, procuro llevarles algún regalo como un ponqué, unos chocolates o algún detalle personal como aretes para la mamá y la abuela. Pero luego de tantas atenciones y su disponibilidad para entrevistarlos, termino sintiéndome más que en deuda.

En otra ocasión, fui en compañía de una amiga que me puso en contacto con esta familia. Los conocí a través de su trabajo en una fundación que promueve la educación de niñas y adolescentes, para el cambio social. Como parte de esto, tienen un programa de proyecto de vida y refuerzo escolar para adolescentes: las prepara para la educación superior y consigue becas en universidades para algunas de ellas. Laura, la niña de la familia, participó en este programa los tres últimos años de colegio y obtuvo una beca para ingresar a la universidad. Ahora estudia economía en la Universidad Católica.

Cuando llegamos con Lina, mi amiga, la mamá fue a recibirnos a la estación de Transmilenio. Nos acogió con muchísima alegría pues estaba segura de que esa tarde se resolverían sus problemas. Nos confesó que les había dicho a todos en su casa y que había pedido al papá de los niños que estuviera hoy presente, porque ella había invitado a dos psicólogas para que fueran a ayudarle a resolver los inconvenientes que tenía con el estudio de sus hijos. Pero esas psicólogas, según ella, éramos nosotras. Mi amiga es Licenciada en Literatura y yo Comunicadora Social, por lo que cruzamos las miradas con preocupación, mientras escuchábamos el entusiasmo de Sofía. Finalmente, mi amiga sacó sus herramientas de psicopedagogía que había adquirido durante la carrera para intentar ayudarlos. Apenas pude, yo me aparté de la conversación para hacer las entrevistas que necesitaba. Pero, con independencia de cómo sorteamos la situación, nos pareció llamativo la seguridad con que la mamá hablaba y la confianza que depositó en nosotras, pensando que realmente éramos las personas indicadas para resolver sus problemas familiares. Además de vernos extranjeras a su mundo social, legitimaban en exceso nuestro capital cultural, considerando que, como “personas estudiadas”, podríamos resolver asuntos que, tanto para ellos como para nosotras, eran difíciles de afrontar. De este modo, siento que tendían a vernos con cierta “superioridad”. Pues, en nuestra sociedad, pocas personas acceden a educación superior y los que estudian hacen cosas que exigen conocimientos especializados y ocupan posiciones laborales con autoridad. Entonces, para ellos, el hecho de habernos graduado de la universidad nos dotaba de ciertas competencias (lo que los sociólogos llaman capitales culturales y sociales) e imaginaban que teníamos capacidades para hacer muchas más cosas de las que realmente podemos.

En consecuencia, mi relación con esta familia estaba marcada por una especie de asimetría social (Bourdieu, 2007), que afectaba mis interacciones con ellos. Como una prueba de la fuerza de la “legitimidad cultural” en nuestra sociedad, siento que el conjunto de bienes simbólicos que conforman mi “capital cultural” – mi título universitario, mi lenguaje, mi *hexis*, mis modales, etc.

– contribuía a producir una distancia entre nosotros (distancia que se evidencia, por ejemplo, en la excesiva deferencia con la cual me trataban). Aun así, pienso que esta distancia social que nos separa, se ha podido acortar (más no eliminar del todo) gracias a haber llegado a ellos a través de mi amiga, una persona a quien ellos estiman, y gracias al tiempo que he podido compartir con ellos. Pues, desde el inicio, me acogieron con cariño y, después de repetidas y largas conversaciones, siento que hemos podido establecer relaciones de respeto y mutuo afecto. Esto, sumado al interés en sus fotografías familiares – verdaderos tesoros para la mamá y la abuela – y en sus relatos familiares; a sentarme a comer con ellos como una más; o procurar no llegar con las manos vacías. En definitiva, pienso que se sienten alagados con mi interés en sus vidas; lo que, a su vez, ha propiciado la confianza.

Esta familia tiene cientos de fotos, la mayoría organizadas en álbumes, aunque algunos de estos se han deteriorado. Los niños las ven con frecuencia porque las utilizan para tareas del colegio, las sacan y las dejan en desorden. Para la mamá y la abuela es importante conservarlas, tienen ilusión de arreglar los álbumes dañados, de organizarlas, de mostrar sus fotos y contar sus historias. Gracias a las fotografías, tuve la oportunidad de conocer mucho más de esta familia que si sólo hubiese hecho entrevistas. Pues, así como las imágenes ilusionan y evocan recuerdos, las emociones y significados que se les otorgan a las fotografías, trascienden lo que es posible ver en ellas. Por eso, es posible decir que las fotografías no hablan por sí solas, necesitan de los relatos para transmitir la profundidad de significados que contienen.

## **El recorrido hacia el objeto de estudio**

Empecé la investigación con el interés de indagar sobre medios digitales y la transformación de prácticas sociales que han producido, pues como comunicadora social y periodista siempre me han interesado los cambios sociales a partir de la innovación en los medios de comunicación. A medida que iba profundizando en los temas de las clases de la maestría en estudios sociales, me surgieron nuevas inquietudes sociológicas sobre los usos de estos medios, que me ayudaron a afinar el tema. Entonces, contra la tendencia a pensar la revolución digital como un fenómeno homogéneo y universal, que afecta a todos los sectores de la sociedad por igual, decidí pensar este fenómeno como socialmente diferenciado y enfocarme en los usos

sociales de la fotografía en función de la generación, el origen social y el género, tema que me permitiría tocar tangencialmente el de medios digitales.

A través de amigos y conocidos contacté cuatro familias de condiciones sociales contrastadas, que contaban con tres generaciones distintas: abuelos, padres e hijos, estos últimos, en edad suficiente para entrevistarlos. A medida que me reunía y compartía horas con las familias, viendo sus fotografías familiares y escuchando los relatos de sus vidas, fui descubriendo el poder de estas imágenes para despertar recuerdos y generar historias. Poco a poco, fui interesándome más en esas historias personales y familiares que en los usos sociales de las fotografías en un sentido estricto. En parte, porque veía que era mucho más trascendental para mis entrevistados contar sus vidas, que explicarme los usos que podían darles a las fotografías. Así es como los relatos sobre las experiencias de estas personas pasaron a asumir un papel central en la investigación. En cada entrevista, me enfrentaba a “historias de sufrimientos”, que me parecieron importante destacar como sufrimientos socialmente producidos. Entonces, en la redacción, procuré narrar los hechos dolorosos como constructos sociales y como factores de transformación de personas.

Finalmente, enfoqué mi investigación en indagar sobre el sufrimiento desde las ciencias sociales: interesándome, por un lado, en ¿Cómo el sufrimiento es construido y producido por contextos sociales? y, por el otro, en ¿Cómo el sufrimiento contribuye a los procesos sociales de moldeamiento de las personas? Cabe anotar que, si bien el sufrimiento forma parte, y una parte importante, de las vidas de las personas que entrevisté, no es la totalidad de sus vidas. Ellos también han experimentado logros, momentos felices, han superado desafíos, que también han recordado y relatado mientras veíamos sus fotografías.

Esta investigación consiste, entonces, en contar historias de violencias contra mujeres a través de fotografías de familias. Fotografías en la que uno esperaría encontrar golpes, heridas, marcas físicas, pero las fotografías que presento parecen mostrar otras cosas. Siendo así, ¿Cómo pueden significar violencias si las imágenes carecen de estas? Esta paradoja las hace más interesantes, porque en esas fotografías sí están esas violencias, aunque no se vean.

## Metodología

Para estudiar la construcción social del sufrimiento, realicé monografías con cuatro familias de posiciones sociales contrastadas, que contaban con tres generaciones distintas: abuelos, hijos y nietos. Mi trabajo de campo buscaba lograr un acercamiento personal y comprensivo de la realidad de cada una. Opté por trabajar estudios de caso porque “buscan analizar y comprender cómo las acciones humanas se relacionan con el contexto social en el que ocurren” (Álvarez & San Fabián, 2012). Se trataba, en este sentido, de acercarse lo más posible a la historia particular de cada persona, sin desligar esta historia del entorno social y cultural que la había producido. Quería intentar, de esta manera, encontrar las huellas de las estructuras sociales en lo más personal y lo más íntimo de cada persona.

Estos estudios de caso los hice a través de un trabajo etnográfico: realicé entrevistas en profundidad con los miembros de cada generación de las familias, con el fin de conocer sus experiencias a través de sus fotografías. Las entrevistas las hice en el hogar de las familias para observar su entorno, su barrio, cómo es su casa y cómo viven; su forma de relacionarse entre ellos y con otras personas; cómo guardan sus fotografías, si las tienen expuestas en alguna parte de la casa; también para tener acceso a los álbumes familiares, y poder hablar con ellos de sus fotografías teniéndolas presentes en cada entrevista. Durante las visitas, pasaba horas, sea con toda la familia o con alguno de sus miembros, viendo y dialogando sobre sus fotografías familiares.

Se piensa a menudo que las fotografías se toman para conservar recuerdos de momentos especiales, entendiéndolos como felices. De este modo, Bourdieu (1965; 2003) explicaba que se trataba de una práctica generalmente ligada a momentos que salen de lo cotidiano, por lo que se podía definir como una “técnica de fiesta” (pág. 74). Pero los recuerdos asociados a las fotografías son innumerables, no siempre concuerdan con lo que aparece en la fotografía, ni siempre remiten a momentos agradables. Por esto, como había explicado anteriormente, las fotografías no hablan solas, necesitan voces que las relaten. A través de mi trabajo, procuré recoger algunos de esos relatos, destacando los hechos, sucesos o circunstancias particulares que, considero, mejor responden al objetivo de mi investigación.

Siendo consciente de mi condición de extranjera, al mundo social que estudié, procuré escuchar siempre con mucha atención, preguntar, aunque pareciera obvio; y mantener una relación

cercana con todos los miembros de las familias, hecho que se dio con naturalidad gracias a la apertura con que me recibieron.

## **El revés de las imágenes**

Quisiera resaltar algunas de las especificidades ligadas al diseño metodológico particular que he utilizado en el marco de esta investigación, basado en el uso de fotografías como despertadoras de recuerdos y generadoras de historias. A mi modo de ver, este modo particular de investigar presenta fortalezas que quisiera resaltar, pero implica también ciertos retos.

Entre las fortalezas, destaco la capacidad de **las fotografías para despertar historias que – sin ellas – serían difíciles de contar**. Las fotografías me permitieron llegar de manera más sencilla al meollo de los relatos: gracias a las imágenes, tuve la oportunidad de conocer mucho más a fondo a las familias que si sólo las hubiese entrevistado o, incluso que si hubiera compartido el mismo tiempo con ellas. Las fotografías familiares me permitieron dialogar sobre cómo las personas resisten situaciones adversas y cómo se enfrentan al sufrimiento; o hablar de esas experiencias desde su intimidad. Empecé siendo una perfecta desconocida. Sin embargo, desde mis primeras entrevistas, logré tener acceso a historias de los padres o los abuelos que sus descendientes desconocían, porque no les gusta contarlas.

Asimismo, una de las grandes ventajas de **las fotografías es que facilitan la reconstrucción de diferentes dimensiones de la experiencia**: tanto prácticas como discursivas; tanto activas como pasivas. Por ejemplo, permiten enfatizar en **la dimensión práctica de la experiencia** a través de relatos de situaciones concretas. Las fotografías remiten a menudo a situaciones en las cuales las personas actuaron o les pasaron cosas (sea lo que aparece en las fotografías como tal o el contexto general en que fueron tomadas) que pueden ser descritas o reconstruidas. A través de relatos, las personas cuentan sus recuerdos de lo que estaban haciendo en ese momento particular, así como las circunstancias por las que pasaban. Las fotografías permiten reconstruir muchas situaciones prácticas cotidianas, ordinarias, que, sin su presencia, permanecerían invisibles o las personas hubiesen tardado mucho en contar.

Asimismo, las fotografías **permiten enfatizar las dimensiones “interpretativas” y “emocionales” de la experiencia**. Así como las fotografías suscitan el diálogo sobre la situación representada en la imagen y su contexto, también lo direccionan hacia lo que las personas piensan

- y han pensado - o lo que sienten - y han sentido -, con relación a su vida y sus recuerdos. En el trabajo de campo, mientras mirábamos las fotografías, las personas hablaban con más facilidad y profundidad de sus experiencias personales, sus sentimientos, añoranzas, sueños cumplidos o frustrados, dificultades, sufrimientos, que cuando conversábamos sin mirarlas. Pues, las imágenes familiares son, en ocasiones, vestigios de momentos importantes: las personas han querido tomarlas y conservarlas por lo que significan para ellas, por eso, algunas fotografías son potentes vehículos de recuerdos, con una importante carga emocional. De manera que algunas fotografías pusieron a sus protagonistas en una situación de especial sensibilidad para hablar de sus vidas. En más de una ocasión, algunas personas lloraron relatando sus historias, se le aguaron los ojos o se les quebró la voz. También había silencios, quizá porque evitaban relatos sobre situaciones dolorosas o vergonzosas, que más adelante pude conocer, en otras entrevistas con ellos mismos o con otros miembros de sus familias.

Esto me llevó a cuestionarme una y otra vez, sobre algo que me resulta paradójico: ¿Por qué conservar una fotografía que contiene recuerdos dolorosos? En el fondo me estaba preguntando sobre la ambivalencia del sufrimiento. Por un lado, lo entendía como algo negativo que se debería evitar. Pero, por el otro, constataba la capacidad del sufrimiento para moldear a las personas y generar lazos sociales.

Viendo el sufrimiento desde la perspectiva del daño – producido o recibido –, me parecía lógico que se quisiera evitar o acabar con él. Pues, ¿quién quiere recordar constantemente que fue víctima de ofensas, de exclusión social o familiar?; ¿Quién quiere revivir que fue humillado por sus familiares o por personas cercanas de quienes espera apoyo y comprensión? Tampoco entendía por qué convivir con el resentimiento, la decepción y la amargura que producen los agravios. Entonces, volvía la pregunta: ¿por qué guardar algo que recuerda el daño vivido? ¿Es una forma de perpetuar el sufrimiento? ¿Podría ser esto como “hurgar en la herida” o una forma de victimizarse? Pienso que son muchas las respuestas que pueden encontrarse: depende de la persona, de su forma de enfrentar el sufrimiento, de su capacidad de adaptación ante situaciones adversas o para reflexionar sobre su pasado o sus decisiones.

También, fui entendiendo las respuestas de las personas ante el sufrimiento. Ante las dificultades hay diversidad de formas de reaccionar, que demuestran que las personas no son pasivas. En este sentido, las fotografías me sirvieron de herramientas para comprender la vivencia del sufrimiento y las respuestas ante él. En algunos casos, ante el sufrimiento las personas

desarrollan la capacidad de resiliencia, resistencia o la fortaleza para salir adelante, así como la solidaridad con otras personas en condiciones de vulnerabilidad, que no necesariamente son cercanas.

No obstante, como cualquier metodología, esta también tiene limitaciones e implica ciertos retos metodológicos. **Uno de los retos de trabajar con fotografías, es que tienden a generar confusión entre el pasado y el presente.** Por un lado, las fotografías permiten “devolverse al pasado”: a un “pasado específico” que corresponde al momento concreto en que se tomó la fotografía; y a un “pasado más general”, que corresponde al contexto en que se tomó la fotografía, como la situación por la que estaba pasando la familia. Por otro lado, la “lectura” – y la consecuente narración – de la fotografía tiene una dimensión necesariamente retrospectiva, se hace desde el presente mirando al pasado. Las interpretaciones que se hacen de las fotografías reflejan, en alguna medida, una mirada actual. Siendo la fotografía un documento contemporáneo de los hechos sucedidos hace algún tiempo, permite reflexionar sobre esa distancia – entre el presente y el pasado – en presencia de la imagen. El “contenido” de la fotografía nunca es obvio, lo que se puede decir de ella no se encuentra solamente en la fotografía misma, sino también en quien la mira. Las fotografías necesitan ir acompañadas de los relatos para transmitir la profundidad de significados que contienen. Ahora bien, quien lee una fotografía siempre está ubicado en el “presente”.

Durante la investigación, las personas contaban con espontaneidad lo que se les venía a la mente cuando veían sus fotografías, y su relato nunca se limitaba a una descripción sencilla de lo que estábamos viendo. Sugerían interpretaciones de cómo esas experiencias pasadas los habían marcado y de cómo los habían llevado a tomar decisiones que determinaron su situación actual. Explicitaban también sus sentimientos retrospectivos con relación a esos recuerdos. No se trataba tanto de describir una imagen, sino de narrar sus vidas apoyándose en las fotografías (las cuales, por lo general, habían sido tomadas con el deseo de ser conservadas para poder volver a esos momentos “importantes”).

Lo que muestran las fotografías son hechos que quedaron en el pasado, que en sí no cambian, aunque en los relatos puedan variar y la foto pueda constituirse en una “falsa prueba”. Las fotografías están ligadas a la expresión de interpretaciones y sentimientos, pero, tanto unos como otros, están asociados al momento en que fueron tomadas y las fotografías ayudan a revivirlos; pero también hay interpretaciones y sentimientos retrospectivos que surgen en el momento de verlas de nuevo, que pueden ser los mismos del pasado o diferentes. Las emociones

que suscitan las imágenes familiares van mucho más allá de lo que se puede ver y sus interpretaciones pueden resultar muy distintas. Se trata de una tensión heurística, en la cual no siempre es posible separar de manera definitiva las experiencias y sus interpretaciones.

Por eso, trabajar con fotografías es asumir el riesgo del anacronismo, en especial cuando se vuelve sobre historias lejanas en el tiempo, además, las fotografías están sujetas a la fragilidad de la memoria o a la subjetividad de las emociones. Esto constituye una importante limitación metodológica. Pues al trabajar con la memoria y las historias de vida, se corre el riesgo de la ilusión biográfica (Bourdieu, 1989): una mirada retrospectiva que procura darle sentido a los hechos del pasado, analizándolos con elementos del presente, pero, al aplicarlos a ese pasado específico, pueden resultar anacrónicos. En ese proceso, quien relata su vida escoge hechos significativos, que va hilando entre sí con el propósito de dar coherencia y sentido a la propia vida. Necesariamente, en los relatos hay idas y vueltas entre el presente y el pasado: es, por ejemplo, el adulto que habla de sí mismo cuando era niño, luego de años de reflexión sobre su vida y no el niño que explica su vivencia con su visión de niño.

Sin embargo, que no se pueda evitar del todo el riesgo del anacronismo y de la ilusión retrospectiva (inherente, en realidad, a todo trabajo histórico), no significa que no se pueda hacer un trabajo interesante, al contrario, este reto se convierte en un motor de problematización, reflexión permanente y prudencia interpretativa. Para aprovechar estos sesgos y transformarlos en herramientas para la construcción de conocimientos, he concentrado la redacción de los relatos en las prácticas pues tienen menos riesgo de etnocentrismo y anacronismo que los relatos sobre interpretaciones. No, por eso, he dejado de lado los relatos de interpretaciones, sino que he procurado contar que se trata de juicios de mis entrevistados, especificando el momento en que los hicieron: cuando sucedieron las cosas o posteriormente.

**Otro reto importante es la dimensión “interaccionista” de las fotografías.** Al ver las imágenes apreciamos unas interacciones “visibles”, pero detrás de estas hay otras que no están a nuestro alcance, que corresponden al contexto en que fue tomada la fotografía. Como consecuencia lógica, no es posible comprender las interacciones visibles y su contexto, sin contar con un relato que lo explique. Además, durante ese ejercicio de apreciación, surgen interacciones entre quienes ven y las imágenes o entre las distintas personas que las observan. Cada observador, como resultado de esa interacción y dependiendo de su cercanía con el contenido de la imagen, puede hacer sus interpretaciones o construir sus propias historias. De ahí, la ilusión de que la fotografía

habla por sí sola o, como versa aquella frase tan utilizada en el campo de la comunicación: “una imagen vale más que mil palabras”. Es cierto que las imágenes comunican con mucha fuerza, pero siempre necesitan ir acompañadas de una explicación que dé cuenta de sus contextos de producción. La fotografía inmortaliza un momento específico (las interacciones visibles), como puede ser la celebración de cumpleaños de un niño, lo cual hace pensar en un momento de alegría para la familia. Sin embargo, puede remitir también a una variedad de contextos que le dan sentido (interacciones no visibles en la fotografía), como, por ejemplo, comprender que en el momento en que fue tomada la fotografía, los padres estaban pasando por una crisis de pareja o por dificultades económicas. Las fotografías, a pesar de tener una dimensión “interaccionista”, a través de los relatos, permiten abrir reflexiones sobre los múltiples contextos en los cuales se insertan.

Por esto que decidí enfocarme en estudiar cómo las experiencias singulares son a la vez experiencias socialmente moldeadas; cómo las vivencias las más íntimas no son ajenas al funcionamiento de las estructuras sociales o colectivas; cómo el sufrimiento personal es también un sufrimiento socialmente producido. Uno de los principales retos de esta investigación, en este sentido, es buscar las huellas que han dejado los procesos sociales de moldeamientos sobre estas existencias singulares y pequeñas. Para esto, me detuve en analizar cómo han sido vividas esas vidas, cómo las narran hoy sus protagonistas y cómo, a pesar de todas las dificultades, logran reconstruir historias de sí mismos. Es, en definitiva, un análisis hecho a través de una narración de narraciones.

Para destacar estas experiencias singulares como experiencias sociales de producción de personas, fui analizando y preguntándome durante el trabajo, cómo se ven afectadas por la pertenencia a tres tipos de colectivos: el género, la clase social y la generación. Además, para una mejor comprensión de estas experiencias singulares, las indagué en la vida de mis entrevistados desde cuatro dimensiones, que presento a continuación:

<b>DIMENSIONES DE LA EXPERIENCIA</b>		
	<b>ACTIVAS</b>	<b>PASIVAS</b>
<b>PRÁCTICAS</b>	Lo que hacen	Lo que les pasa
<b>INTERPRETATIVAS</b>	Lo que piensan	Lo que sienten

1. *Lo que hacen las personas (sus acciones y prácticas);*
2. *Lo que les sucede (lo que les afecta y que no pueden controlar);*
3. *Lo que piensan (sus interpretaciones y pensamientos);*
4. *Lo que sienten (sus sentimientos corporales o sus sentimientos como reflejos de éticas y estéticas de clase).*

## **Función política del sufrimiento**

Aunque llevé a cabo el trabajo de campo con cuatro familias distintas, decidí, en el momento de la narración, concentrarme en una sola, la cual representa un caso especialmente denso, con tantas cosas que contar que me permitió seguir adelante con mis objetivos. A pesar de que el esfuerzo de redacción se concentró en un solo caso, los otros están presentes, de manera implícita. Porque el trabajo con las otras familias me aportó experiencias y conocimientos que han marcado indudablemente mi manera de entender sus realidades, dándome una visión más amplia para analizar el sufrimiento y la violencia.

Al escoger esta familia de las clases populares con mujeres cabeza de familia, para desarrollar el análisis del trabajo, también asumí el riesgo de que se juzgue mi trabajo como voyerista por enfatizar los sufrimientos y dificultades de mujeres que conviven con una doble dominación, de clase y de género. Como explica Bourgois (2010), trabajar sobre marginación social encara al investigador con el dilema de las políticas de la representación, pues la investigación etnográfica permite conocer detalles de los casos particulares que si no son analizados en relación a su contexto de producción y no se da cuenta de dichos contextos, se corre el riesgo de transmitir una imagen sesgada o demasiado desfavorable de las personas estudiadas – como que su marginación es consecuencia de su responsabilidad personal, dejando de lado las condiciones estructurales que la producen. No obstante, al igual que el antropólogo citado, no busco exhibir el sufrimiento de estas mujeres, pues no considero “normal” que la condición social, como tampoco la de género o edad, que puede exponer a una mayor vulnerabilidad, justifique las desigualdades sociales. Al contrario, considero que cualquier persona es susceptible de sufrir, como consecuencia de la pérdida de empleo, delincuencia común, enfermedad o muchas otras razones. Porque, precisamente, la experiencia del sufrimiento está estrechamente relacionada con las condiciones sociales y culturales (Le Breton, 1999), de manera que puede ser vivida con más

intensidad por aquellos más vulnerables (como consecuencia de su pertenencia a colectivos sociales, como la clase o el género). Silenciar la violencia y el sufrimiento es una manera de complicidad; visibilizarlo, es una forma de denuncia<sup>1</sup>. Para las personas del caso que presento, mostrar su sufrimiento es una forma de valorizar sus luchas y, a su vez, de repararlo, en sentido de darles la oportunidad de hablar de él, de ser escuchadas, de contar que sus esfuerzos tienen sentido y darle una expresión pública a su sufrimiento, para evitar que se repitan situaciones similares<sup>2</sup>. El silencio ante el sufrimiento es una manera de “normalizarlo” o de “invisibilizarlo”, pero hablar de él, no siempre quiere decir “espectacularizarlo”, sino convertirlo en vocero de situaciones reales injustas para permitir que ejerza su función política (Renault, 2010).

El hecho de que estas violencias hayan sido ejercidas contra mujeres de las clases populares, constituye una razón más para visibilizarlas. Porque “desafiar los mandatos implícitos o explícitos de la no-visibilidad es constituirse en agente de cambio” (Femenías, 2007), es hacer del sufrimiento materia de crítica social (Renault, 2010), es llamar la atención sobre injusticias sociales porque, lo que no se ve, no se conoce o, en palabras de Bourdieu (2000a), se “des-conoce”, y eso, de alguna manera, equivale a no existir. Se trata de un sufrimiento que tiende a ser subestimado o silenciado<sup>3</sup>, porque sus víctimas, por su condición de dominadas y por sus escasos capitales culturales, cuentan con menos herramientas para transformar su mundo social. Por lo mismo, es poco probable que desafíen las estructuras de dominación que las violentan. Como bien lo explican West y Fenstermarker (2010), apoyándose en ideas de bell hook “el hecho de que las más victimizadas sean menos predispuestas a protestar o a cuestionar es precisamente una consecuencia de su victimización” (pág. 173). En este sentido, narrar su sufrimiento consiste no sólo en denunciar esa dominación, es también dar visibilidad al esfuerzo de estas mujeres por superar las marcas de las violencias en sus vidas, con sus dificultades, éxitos y fracasos.

---

<sup>1</sup> “El sufrimiento debe ser mostrado si se quiere arribar a una mínima reparación del daño causado y está claro que [...] esa demanda de reparación (que puede tener lugar en el ámbito de la justicia, pero también en el de la iniciativa política o en las estrategias de comunicación) pierde su fuerza si no es visible, esto es, si no pasa por un proceso de mediatización” (Schillagi, 2011). (Aranguren, 2010)

<sup>2</sup> “Indeed, the critical approach to social suffering does belong to the common principles of the Frankfurt tradition of critical theory where suffering is generally considered as a symptom of social pathology and a practical incentive to overcome it” (Renault, 2010. Pág. 223).

<sup>3</sup> La invisibilidad de testimonios de mujeres de las clases populares, se puede asimilar a la de personas que están en la intersección de varios sistemas de dominación, como lo expone Juan Pablo Aranguren, al hablar de campesinos, víctimas del paramilitarismo en Colombia. Esa invisibilidad da “cuenta de las limitaciones que tendrá que sortear el testificante respecto a una escucha que no considera su palabra verosímil, no estima su versión como creíble, no valora su voz como socialmente relevante y no genera ningún espacio para su enunciación” (Aranguren, 2010, Pág. 5).

Las descripciones de las experiencias de las personas entrevistadas se han hecho con el consentimiento de ellas y con la participación de ellas. Porque, teniendo en cuenta que la fotografía permite hacer un trabajo entre dos, las narraciones de sus experiencias son fruto de un trabajo conjunto: siempre fuimos dos personas las que trabajamos sobre las fotografías: sus protagonistas y yo. Lo cual considero una ventaja de esta metodología, pues permite reflexionar con las personas sobre sus fotografías y no sobre las personas y sus fotografías.

En la primera entrevista, expliqué a las familias en qué consistía mi trabajo, cuál era mi objetivo, por qué había acudido a ellas, en particular para entrevistarlas, cuánto tiempo les demandaría, la finalidad del trabajo y que sus relatos, así como el uso de sus fotografías familiares, sería únicamente para fines académicos. Como parte de la explicación, les presenté un consentimiento informado, el cual expliqué punto por punto. No obstante, durante el proceso investigativo, decidí reenfocar el objetivo de estudio y replantear la investigación, así que volví para explicarles el cambio de tema y proponerles un nuevo consentimiento. Propuse cambiar sus nombres; pregunté si podían quedar historias y fotografías publicadas en el texto; y les expliqué las posibles consecuencias que esto podría tener para ellas. Ellas aceptaron los cambios de nombres y apellidos y hasta se entusiasmaron escogiendo alguno de su gusto. También leímos juntas, en especial con la abuela de la familia, algunos apartes de la tesis para que ellas conocieran cómo habían sido plasmadas sus historias y, principalmente, para que vieran sus fotografías y cómo las estaba utilizando. Aprobaron la publicación de sus fotografías y sus historias, pero me pidieron que retirara algunas fotografías, como una imagen en que aparece Luis, el abuelo, solo, y difuminar su cara en otras en que sale acompañado. También me pidieron cambiar algunas relaciones de parentesco.

Lo que menciono aquí, quedó consignado en otro consentimiento informado, que puede ser consultado en el ANEXO.

Para reconstruir los relatos, uso frases textuales las protagonistas de estas historias. Todas esas citas vienen de las entrevistas y conversaciones que mantuve con ellas entre 2016 y 2018. Solo incluyo detalles sobre el contexto de enunciación cuando lo considero necesario.

## Las fotografías no hablan solas; necesitan voces que las relaten.

A continuación, invito a las lectoras y los lectores a mirar detenidamente las fotografías de la familia con la que trabajé en esta investigación y que, más adelante, en la narración de sus historias saldrán nuevamente, acompañadas de los relatos de sus protagonistas. Las incluyo al inicio del trabajo, para que puedan ser apreciadas de manera desaprensiva, sin conocer los relatos ni el entorno en que fueron tomadas, e invito a imaginar qué tipo de situaciones representan y qué tipo de emociones evocan en sus personajes; para, al final, comparar las ideas que surjan al mirarlas, con los relatos presentados.

Por esta razón, he decidido incluir las fotografías en este apartado sin pie de foto y sin ninguna información complementaria. Algunos personajes tienen la cara cubierta por solicitud de las protagonistas de estas historias o porque no tuve acceso a ellos para solicitar su autorización.





## Estructura del Trabajo

A través de fotografías de familia y las narraciones de 3 mujeres de clase popular he ido devanando cómo sus experiencias personales son a la vez socialmente moldeadas por su género, sus condiciones materiales de existencia y la generación a la que pertenecen. Con esta intención dividí el trabajo en 4 capítulos. En el primero, me detuve en conceptualizar la violencia y el sufrimiento, para pasar luego, en los tres siguientes, a presentar las experiencias de vida de estas

mujeres, una por capítulo, contadas en orden cronológico, según el relato de sus protagonistas. Empiezo por la abuela, sigo con su hija y finalizo con la nieta y su medio hermano, por parte de papá. Me apoyo en la narración de las experiencias de estas mujeres para destacar cómo, aún en tiempo de paz, existen varios tipos de violencias que afectan la existencia cotidiana de las personas y les producen sufrimientos.

En el primer capítulo, presento los diferentes usos posibles del concepto de violencia como causa del sufrimiento, apoyándome en un esquema de preguntas y tensiones sobre las modalidades e interpretaciones de esta. Con esto, planteo la base del análisis que desarrollo en los siguientes capítulos.

En el segundo, relato fragmentos de la vida de la abuela materna. A través de sus historias es posible evidenciar, por un lado, el entrecruzamiento de violencias en contextos campesinos, populares y patriarcales y, por el otro, la capacidad de resistencia y resiliencia de su protagonista, como la forma de enfrentar estas violencias y de salir adelante.

En el tercero, presento la situación de la hija, quien crece en un entorno también popular, con una jerarquía en la que predominan los hombres, con carencias materiales y constantes humillaciones. Con estos relatos, es posible mostrar la capacidad de la protagonista para enfrentar la violencia y el sufrimiento, su deseo de superación para lograr un proceso de movilidad social en la vida de sus hijos; y su capacidad de perdón y solidaridad, con quienes sufren situaciones de vulnerabilidad.

En el último capítulo, presento las vivencias de la tercera generación en las que encuentro una reducción de las violencias interpersonales, pero no la eliminación de la violencia en sentido amplio. Los nietos viven en el mismo contexto popular, patriarcal y de carencias materiales que la abuela y la mamá, pero en comparación a ellas, no reciben humillaciones ni maltratos físicos en la misma intensidad, hecho que da la impresión de haberse disminuido, cumpliéndose el deseo de la madre de romper con la reproducción de la violencia en la vida de sus hijos.

# Capítulo 1

## Precisiones conceptuales

### 1.1 Modalidades e interpretaciones de violencia como causas del sufrimiento

**“En verdad, el dolor es íntimo, pero también está impregnado de materia social, cultural, relacional, y es fruto de una educación. No escapa al vínculo social”** (Le Breton, 1999, pág. 10).

El sufrimiento está asociado a un sentimiento de ausencia o de vacío, que se experimenta de forma muy personal<sup>4</sup>, al tiempo que trasciende a la persona. Remite a sentir física o moralmente un daño. Es un rasgo compartido entre todos los seres humanos, con independencia de sus condiciones materiales de existencia: todas las personas sufren en algún momento de su vida o son susceptibles de sufrir. Pero, esto no quiere decir que sea independiente de las lógicas sociales. Muy al contrario, las estructuras sociales pueden convertirse en generadoras de sufrimiento.

Es decir, el sufrimiento es, al mismo tiempo, una experiencia personal y social; un sentimiento íntimo, que puede estar asociado a factores sociales que lo alivian o lo incrementan. La experiencia del sufrimiento invita a analizarlo desde las distintas condiciones sociales, económicas, culturales o desde las estructuras sociales que lo producen, porque éstas intensifican o disminuyen el daño, así como la percepción del mismo (Le Breton, 1999; Renault, 2010; Schillagi, 2011; Abad Miguélez, 2016).

Por eso, hablar de un “sufrimiento socialmente producido” implica reflexionar sobre aquellos factores sociales que lo producen. En esta investigación, me preguntaré cómo el género, el origen social y la edad de las personas moldean de diversas maneras las experiencias del sufrimiento.

De acuerdo con Galtung (1969; 2017), la violencia, en términos generales, tiene distintas dimensiones, que pueden sintetizarse en la idea de que una situación es violenta cuando las condiciones de realización actuales de los seres humanos están por debajo de sus condiciones potenciales. Esta definición, gracias a su amplitud, puede servir para analizar situaciones sociales que obstaculizan la realización de las personas y generan sufrimiento; sin embargo, por su misma

---

<sup>4</sup> “Ninguna fórmula definitiva podría abarcar la relación íntima del hombre con su dolor, puesto que de hecho todo dolor remite a un sufrimiento y, por tanto, a un significado y a una intensidad propia del individuo en su singularidad” (Le Breton, 1999, p. 21).

amplitud, puede resultar ambigua – todo podría considerarse violencia – y con un fuerte componente subjetivo – pues depende de lo que cada persona considere como condiciones de realización. Para sortear estas dificultades, es necesario desglosar el concepto y distinguir los registros de experiencia asociados a esta idea general. Pues, no pretendo trabajar con una única definición que pueda aplicarse por igual a todas las circunstancias de violencia, por cumplir con una lista de condiciones individualmente necesarias y conjuntamente suficientes. Al contrario, opto por trabajar con “semejanzas parciales” que pueden darse entre las situaciones de violencia que analizo, lo cual me permite reconocer la singularidad de cada caso y evitar enfrascarlas en una única definición. En otras palabras, le apuesto al modelo de “parecidos de familia”, propuesto por Wittgenstein y desarrollado por Bosa (2015), para su aplicación en ciencias sociales.

Mi propósito en este trabajo es reflexionar sobre los múltiples registros de experiencias asociados a los conceptos de “violencia” y de “sufrimiento”, pues, en cada caso, un mismo término puede remitir a vivencias muy variadas (y tener implicaciones o consecuencias diversas). En este sentido, es esencial exponer los diferentes usos posibles – académicos o no – de un mismo concepto. No para establecer el verdadero o el único sentido de una categoría dada, sino para explicitar las tensiones y preguntas que resultan relevantes para la investigación específica a desarrollar.

Pues, el concepto de “violencia”, que puede aparentar ser claro y evidente, en realidad, remite a registros de experiencias distintas unas de otras. Desde las ciencias sociales, a través de casos singulares, es posible hacer un acercamiento a este concepto, para analizar las tensiones que remiten a las distintas modalidades de ejercicios e interpretaciones de las violencias y, por ende, de sufrimiento. Estas modalidades las explicaré apoyándome en un esquema de tensiones, que me permite analizar cómo, en cada caso, un mismo término puede referirse a prácticas muy distintas o tener múltiples interpretaciones.

### **1.1.1 Modalidades de ejercicio de la violencia**

En el marco de este trabajo, pretendo interesarme en las especificidades asociadas a estas diferentes modalidades de violencias, pero quisiera, al mismo tiempo, explorar las constantes relaciones que existen entre ellas. Como lo han mostrado Scheper-Hughes & Bourgois (2003), las distintas formas de violencia tienden a alimentarse unas con otras (en particular en los casos en los

cuales una forma de violencia trae otras, generando espirales de violencia). Sin embargo, más que asumir esta situación como una evidencia trans-histórica, propongo realizar una investigación empírica para explorar casos en los cuales múltiples formas de violencia se entrecruzan y se superponen de maneras diversas y complejas y, en algunos casos, contradictorias (como en las situaciones en las cuales se utiliza una forma de violencia para parar o frenar otra).

**La primera tensión remite a las relaciones entre de violencias física y moral.** La violencia física suele ser considerada la forma paradigmática de violencia. De hecho, algunos autores restringen el uso del concepto de “violencia” a situaciones que tienen una dimensión explícitamente “física” por ser la más perceptible, por el daño corporal que sufre la víctima como golpes, heridas o daños a los bienes materiales. Mientras, otros autores enfatizan la necesidad de tener en cuenta las situaciones en las cuales la “violencia” tiene una dimensión principalmente “moral” (es decir, situaciones en las cuales es la honra o la estima que se ven afectadas). No obstante, aunque distintas, las dimensiones físicas y emocionales de la violencia suelen funcionar de manera interrelacionada y alimentarse mutuamente, como cuando el maltrato físico viene acompañado de insultos, desestimación u otros tipos de violencia moral.

En este estudio, es interesante diferenciar las violencias físicas de las morales, teniendo en cuenta que la raíz de una manifestación de violencia física puede ser moral, como el menosprecio a una persona por su condición social, de género o edad. Por eso, distinguir las sirve para comprender la dimensión del sufrimiento de los miembros de las familias, con relación a su pertenencia a estos colectivos.

**La segunda tensión que me interesa destacar es la relación entre violencia directa e indirecta (o interpersonal/ interaccional VS. impersonal/ estructural).** Del mismo modo que en el caso anterior, algunos autores solo hablan de violencia para referirse a situaciones en las cuales existen interacciones directas entre unos victimarios y sus víctimas (lo que podríamos llamar situaciones de violencia “interpersonal”); otros incluyen en sus análisis situaciones de violencia “impersonal” (es decir, situaciones en las cuales se identifica el sufrimiento más no quien lo infringe).

A las violencias indirectas, Galtung (1969; 2017) las categoriza como estructurales, porque en algunos casos se caracterizan por la ausencia de un actor que infrinja la agresión y por ser intrínsecas a los sistemas políticos y económicos. Para el autor en mención, este tipo de violencia se origina en los procesos de estructuración social y no necesita de una fuerza directa para generar

daño (Galtung, citado por La Parra y Tortosa, 2003). Scheper-Hughes & Bourgois (2003) se apoyan en el concepto de violencia estructural para sus estudios y la describen como la violencia de la pobreza, del hambre, de la marginación y de la humillación. Ellos explican que forzosamente desciende a lo más micro, hasta permear las relaciones familiares, sociales y laborales; la economía personal y familiar; entre otras, hasta convertirse en violencia íntima y doméstica. Paralelo a esto, hay que tener en cuenta que las violencias interpersonales y las estructurales, pueden ser tanto físicas como morales. Así es como, hay violencias físicas directas como un golpe y hay violencias físicas indirectas como la mortalidad infantil. También, hay violencias morales directas, como un insulto; y hay violencias morales indirectas como la discriminación sistémica.

Otros autores explican la violencia estructural cómo los efectos de la privación de las necesidades humanas o el equivalente a la injusticia social u otras situaciones sociales (en las que no se identifica un actor que lleve a cabo el acto violento), como la desigualdad, la injusticia, la inequidad, la pobreza o la exclusión. Todos estos conceptos conllevan intrínsecamente una disparidad: mientras una de las partes se beneficia, la otra es perjudicada (La Parra & Tortosa, 2003). Farmer (2007) condensa gráficamente esa asimetría social, explicando que hay quienes: “se quiebran el espinazo en la tarea imposible de vivir con casi nada, mientras otros nadan en la opulencia” (pág. 72).

Lo interesante de considerar la violencia estructural como trasfondo (si bien, no el único) de los moldeamientos sociales con relación a las condiciones materiales de existencia, en esta investigación, es que posibilita analizar cómo esta favorece la posición de unos grupos sociales sobre otros y perpetúa los procesos de dominación, a favor de unos y en desventaja de los más vulnerables. Por tanto, es importante, en esta investigación, distinguir las modalidades interaccionales y estructurales de las violencias, porque en las vidas de las personas a quienes entrevisté – mujeres de clase popular – estas dos modalidades se entrecruzan estrecha y continuamente, dejando huellas en sus vidas. Las formas de violencia directa están entrelazadas con aquellas estructurales. Estas últimas han favorecido un entorno que fomenta la asimetría social a distintos niveles: ellas han vivido en escasez y su misma situación de pobreza las ha expuesto a sufrir daños o abusos en su entorno social y familiar. Al tiempo, por la precariedad de sus condiciones laborales, se han visto obligadas a enfrentar dificultades para alcanzar un mínimo de bienestar.

Finalmente, **una tercera tensión en cuanto a las modalidades de ejercicio de la violencia se relaciona con las distintas intensidades con que puede ejercerse la violencia**, sea física o moral, directa o indirecta. Se tiende a pensar que las situaciones violentas son extremas, devastadoras y muy explícitas (eliminación física de personas, tortura, etc.). No obstante, existen violencias de “baja intensidad”, que minan paulatinamente las vidas de las personas (como, por ejemplo, ciertas formas de intimidación o de dominación de un grupo social sobre otro) (Hernández Ruiz, 2017)<sup>5</sup>.

Un ejemplo de violencia física de alta intensidad puede ser un asesinato, un homicidio o una guerra, con el consecuente exterminio que esta puede conllevar. Pero, también, puede darse una violencia física de menor intensidad, como la privación de la libertad. Un ejemplo de violencia moral de alta intensidad, puede ser el *bullying* entre estudiantes de colegio, cuando es solamente emocional, pero tan intenso que genere traumas en niños o adolescentes, al punto de, en algunos casos, llevarlos a intentar suicidarse. Pero también puede darse una violencia moral de baja intensidad como negarse a compartir la silla del bus con una persona de raza o etnia diferente. Como vemos, esta tensión, al igual que las otras, permite analizar cómo, en los casos empíricos, los distintos niveles de intensidad y las diferentes formas de violencias se entrecruzan.

Para esta investigación, es importante distinguir los niveles de intensidad, pues tratándose de un trabajo hecho sobre la cotidianidad de unas familias, que viven en un contexto que no está en guerra; las situaciones a analizar serán, en su mayoría, de violencias de baja intensidad, pero persistentes en el tiempo.

Además de estas tres, la variedad de experiencias asociadas al concepto de violencia permite plantear otras tensiones relacionadas, por ejemplo, **con la temporalidad, la intencionalidad o la publicidad con que se ejerce la violencia**. Desde la visión del tiempo, es posible introducir una tensión entre **formas de violencia ejercidas de manera cotidiana-rutinizada y formas de violencia llevadas a cabo de manera excepcional**. Pues se tiende a pensar que los hechos violentos son excepcionales o inusuales, como un atentado o una guerra; desconociendo así, algunas manifestaciones de violencia que pueden darse en la cotidianidad. Partiendo de esta idea, Sheper-Hughes (1996) desarrolló el concepto de **violencia cotidiana**, para llamar la atención sobre los “crímenes en tiempos de paz” o “genocidios invisibles”, especialmente frecuentes entre personas de precarias condiciones materiales y educativas. Se manifiesta, explica

---

<sup>5</sup> Retomo aquí una serie de tensiones identificadas por M.P. Hernández en el marco de su trabajo de grado.

la autora, en violencia intrafamiliar como la pelea sexual y doméstica, o también en la delincuencia, los crímenes y la drogadicción (Scheper-Hughes, 1996); violencias que son manifiestas, pero tienden a ser imperceptibles en la medida en que se vuelven habituales o rutinizadas en ciertos sectores sociales, por su frecuencia en el tiempo.

En relación con la cuestión de la intencionalidad, **se pueden diferenciar formas de violencia que se ejercen de manera “voluntaria” y otras que tienen una dimensión “involuntaria”**. Se tiende a pensar que la violencia se ejerce siempre de manera intencional; no obstante, no siempre es así. Es el caso, por ejemplo, de una madre que, para evitar a sus hijos el peligro de la calle, los encierra en una habitación de la casa, todos los días, sin posibilidad de salir. Para preservar la seguridad de sus hijos, la madre decide privarlos de libertad, ejerciendo de este modo una violencia, de la cual podemos decir que es involuntaria.

Conforme a la publicidad con que se ejerza la violencia, es posible introducir otra tensión entre las **formas de violencia que se ejercen en la esfera pública y las que se dan en un ámbito íntimo o doméstico**. Es más patente y reconocible la violencia que sucede en las calles, en los frentes de batalla o en las protestas ciudadanas, pero más persistente e igual de nociva, puede ser la violencia íntima.

Hasta el momento, he presentado algunas de las tensiones relacionadas con las modalidades de ejercicio de la violencia. Para complejizar nuestro entendimiento de las experiencias de violencia, sin embargo, me parece esencial problematizar no solamente las distintas maneras que hay de ejercer la violencia, sino también las distintas formas que existen de entenderla (siguiendo la idea según la cual las interpretaciones de las experiencias constituyen una parte fundamental de las mismas experiencias). Es decir, ¿cómo evalúan la violencia quienes la ejercen, la sufren o la presencian?

### **1.1.2 Modalidades de interpretación de la violencia**

Al analizar experiencias de las violencias, resulta interesante detenerse no sólo en las formas en que se ejerce; sino también en las distintas maneras en que las personas las interpretan. No se puede presuponer que un mismo acto violento será interpretado, siempre y por todos, de la misma manera. Por eso, he procurado preguntarme por las diversas formas de interpretar la experiencia de la violencia, tanto por los victimarios, las víctimas o quienes la presencian.

Para reflexionar sobre las interpretaciones de la violencia, la cuestión del consentimiento – introducida en el concepto de violencia simbólica<sup>6</sup> propuesto por Pierre Bourdieu (2000a) – es fundamental. Él ha mostrado que – de manera sorprendente – muchas situaciones de violencia implican cierto consentimiento por parte de quienes las reciben. La violencia simbólica es, entonces, aquella “violencia amortiguada, insensible e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento” (Bourdieu, 2000b, pág. 12). El concepto de violencia simbólica nos invita a reflexionar sobre el ejercicio de la violencia con consentimiento, sobre la ejecución de la dominación a través de estructuras de poder que funcionan como instrumentos de inferiorización, muchas veces imperceptibles o no interpretadas como tales, por las víctimas o los victimarios (Bourdieu, 2000a).

A través de sistemas simbólicos como la cultura, el arte, la ciencia o el lenguaje – que funcionan como instrumentos de conocimiento, comunicación y diferenciación social – se legitima la dominación de ciertos grupos sociales sobre otros (Bourdieu, 2000a). Estos sistemas de símbolos poseen una estructura inmanente que define la construcción del mundo social de manera jerárquica; esto se da, porque las estructuras sociales – la organización de una sociedad y sus sistemas de relaciones – y las estructuras cognitivas – cómo las personas entienden la organización de la sociedad y en qué lugar se ubican dentro de ella –, están íntimamente relacionadas (Bourdieu, 2000b). Así es como las personas que viven en determinado entorno tienden a asimilar, comprender el mundo y a ubicarse dentro de él, según el sistema de símbolos de la posición dominante, el cual es el que conocen y manejan. De esta forma, la violencia simbólica se ejerce cuando los dominados se conciben a sí mismos utilizando las categorías de los dominantes, cuando aceptan o asumen su supuesta inferioridad y se comportan conforme a esta: “el poder simbólico es, en efecto, ese poder invisible que no puede ejercerse sino con la complicidad de los que no quieren saber que lo sufren o que lo ejercen” (Bourdieu, 2000a, pág. 65).

---

<sup>6</sup> Quisiera resaltar las semejanzas entre el concepto de “violencia simbólica” y el de “violencia cultural” que propone Galtung (1969; 2017), el cual llama la atención sobre los usos de la cultura para justificar violencias de distintas modalidades (física y moral). Ambos conceptos (violencia simbólica y cultural) son útiles para analizar las situaciones que vivieron las personas a quienes entrevisté desde algunos cuestionamientos: ¿Se tratan de violencias no leídas como violencias porque las víctimas utilizan las categorías de los dominantes para pensar su condición dominada? O más bien, ¿Son violencias reconocidas, pero entendidas como legítimas o merecidas? ¿Qué aspectos de la cultura pueden estar justificando estas violencias?

En este sentido, para construir las tensiones ligadas a las diversas interpretaciones de la violencia, también me he apoyado en la propuesta analítica de Bourdieu (2000b) sobre la dominación masculina, plasmada en su libro epónimo. Uno de los principales hallazgos del libro ha sido mostrar que la dominación masculina constituía un tipo paradigmático de “violencia simbólica”. Este concepto – que tiene un lugar central en su modelo teórico – ha sido objeto de reappropriaciones múltiples, que permiten indudablemente complejizar nuestro entendimiento del funcionamiento de la dominación. Empero, el concepto ha sido, en ocasiones, objeto de ciertos malentendidos debido a la ambigüedad de su nombre. En efecto, el término “simbólico” parece sugerir que el concepto remite principalmente a las modalidades de ejercicio de la violencia: una violencia más moral que física. No obstante, se puede argumentar que el principal aporte del concepto se relaciona más con las interpretaciones de la violencia que con sus condiciones de efectuación: así la violencia simbólica constituye, en la sociología bourdieusiana, una violencia “consentida”. Sin embargo, esta primera aclaración – el concepto de violencia simbólica remite más a las interpretaciones de las violencias que a sus modalidades de efectuación – no me parece suficiente. Efectivamente, la idea de “violencia consentida” remite ella misma a situaciones y experiencias muy distintas las unas de las otras.

Una dimensión esencial de la dominación masculina sobre la cual quisiera indagar se relaciona con el consentimiento a la existencia de una “jerarquía sexual”, en la que los hombres tienden a ocupar posiciones superiores. Cuando la dominación masculina funciona plenamente, los pensamientos tienden a estar estructurados conforme a las estructuras de relación de dominación, llevando al reconocimiento de la sumisión de las mujeres ante los hombres como algo debido y natural<sup>7</sup>. De este modo, a pesar de tratarse de una dominación arbitraria e impuesta, la dominación masculina se ve legitimada por su inscripción aparente en la “naturaleza biológica”. Podemos hablar en este sentido de una construcción social naturalizada, la cual, a pesar de tener todas las apariencias de la espontaneidad, es en realidad el producto de un trabajo continuo de reproducción de las estructuras de poder. De este modo, el orden social masculino, como orden construido, se caracteriza por exaltar lo masculino, subestimar lo femenino y acentuar la diferenciación sexual, a través de la definición de prácticas históricamente aceptadas como

---

<sup>7</sup> En la obra de Bourdieu, el concepto de *habitus* con relación a la dominación masculina, se entiende como “estructura social incorporada que orienta la acción y toda la relación de hombres y mujeres con el mundo y les otorga a las estructuras de dominación sexual una gran autonomía frente a las estructuras económicas” (Arango, 2002).

apropiadas para cada sexo. Se caracteriza también por promover una visión dicotómica de la sociedad medida en oposiciones como: masculino/femenino, activo/pasivo, lleno/vacío, dominante/dominado, fuerte/débil.

Podemos hablar, en estos casos, de violencias no leídas como violencias, invisibilizadas, desconocidas o mal reconocidas, porque las víctimas utilizan las categorías de los dominantes para pensar su condición dominada. Entonces, legitima la imposición del “principio masculino como punto de referencia de todo” (Bourdieu, 2000b, págs. 27-28), como el estándar para evaluar la realidad social, en la cual lo femenino tiende a ocupar sistemáticamente una posición subordinada.

Conforme a esto, la cuestión del consentimiento a la violencia, puede complejizarse a partir de tres preguntas (o tres tensiones): ¿Hasta qué punto la violencia experimentada es visible como tal? ¿Hasta qué punto la violencia experimentada es considerada como injusta e ilegítima? ¿Hasta qué punto las personas se sienten impotentes ante la violencia experimentada?

**La primera tensión se relaciona con la “visibilidad” de la violencia**, es decir, se consiente a la violencia porque es invisible para la víctima, el perpetrador o espectador. Mientras que algunas situaciones “violentas” son identificadas como tales por sus protagonistas (o por quienes la presencian), otras permanecen invisibles. Podríamos, de hecho, hablar de violencias “visibilizadas” e “invisibilizadas” dado que, lejos de ser “espontáneas”, tanto la “visibilización” como la “invisibilización” de la violencia son el resultado de un trabajo específico.

Para explicar este fenómeno, Bourdieu (2000a) utiliza los términos “reconocimiento” y “desconocimiento”. En algunos casos, las víctimas no interpretan como “violenta” la situación que viven; y, cuando la asumen como tal, es a través de un proceso de “reconocimiento” de los abusos recibidos. El “desconocimiento” constituye, en este contexto, el principal aliado de la dominación y de los dominadores, pues estos últimos pueden ejercer o mantener una relación de dominación, sin que las víctimas la perciban como tal.

Según Bourgois (2009a; 2009b), la violencia es “reconocida” en la medida en que es visible; o “desconocida”, en la medida en que es invisible para los infractores, las víctimas y agentes externos. Para ilustrar este punto, Bourgois reflexiona sobre la construcción de su propio punto de vista: explica que, como etnógrafo, inicialmente no identificó algunos tipos de violencias (por su carácter moral, indirecto o normalizado), las cuales juegan hoy un papel central en su análisis. En este sentido, se pueden encontrar ciertas relaciones entre la cuestión de la “visibilidad”

de la violencia y la de sus modalidades. Así, ciertas formas de violencia son tan abrumadoras y brutales que impiden ver otras violencias menos evidentes (pero no por esto dejan de tener una gran capacidad de destrucción). No es de sorprendernos, por ejemplo, que las situaciones de violencia físicas tienden a ser más inmediatamente reconocidas como “violentas” que las situaciones de “violencia moral”. Del mismo modo, las formas de violencia que hemos llamado “estructurales” (en oposición a las formas “interpersonales”), tienden a ser “invisibilizadas” ya que no permiten identificar un “victimario” claro. Tendemos también a encontrar, entre estas violencias “invisibles”, a las violencias que podríamos llamar “normalizadas”<sup>8</sup> o “rutinizadas”, que, por su carácter repetitivo y cotidiano, pasan desapercibidas. Sin embargo, se trata únicamente de tendencias, ya que, bajo ciertas condiciones, tanto las formas de violencia “morales”, “estructurales”, “rutinizadas” o de “baja intensidad” pueden ser visibilizadas y denunciadas. Asimismo, de manera recíproca, las formas más explícitas, pueden volverse invisibles como violencia, por ejemplo, en situaciones de guerra, donde ciertos comportamientos violentos dirigidos al contrincante pueden considerarse normales por dirigirse al enemigo.

Podemos reflexionar sobre esta cuestión de la “visibilidad” o “invisibilidad” de la violencia a través del ejemplo del conflicto armado. En un contexto de guerra interna, la violencia física parecería la protagonista, pues se hace patente a través de la destrucción, los ataques, los heridos y las muertes. Pero eso no quiere decir que sea el único tipo de violencia. Aunque menos perceptibles, existen también múltiples formas de violencia moral (Hernández Ruiz, 2017)<sup>9</sup>. Por citar un ejemplo entre varios posibles, la distribución inequitativa de la riqueza a lo largo del tiempo puede ser interpretada como una forma de violencia. Si bien las injusticias sociales tienden a permanecer “invisibles” como formas de violencia, pueden también pasar por un proceso de “reconocimiento”. Y este proceso de “reconocimiento” puede desembocar en nuevas formas de violencia: las personas que han empezado a reconocerse como “víctimas” pueden enfrentar la violencia con más violencia, con intención de acabar con la injusticia a la que han sido sometidas.

---

<sup>8</sup> Tomando el concepto de violencia cotidiana de Nancy Sheper-Hughes - que remite a las modalidades de ejercicio de violencia, por su carácter repetitivo, diario -, Bourgois (2009a; 2009b) explica que la **violencia normalizada** es tan expandida que se vuelve común o, más bien, “normalizada” y, por eso, termina siendo aceptada – es decir, remite a modalidades de interpretación de la violencia. Siguiendo la línea de las tensiones que he presentado, a este tipo de violencia la podemos llamar invisible. El autor la relaciona con las prácticas institucionales, burocracias, discursos, valores culturales que invisibilizan la violencia y, en consecuencia, producen indiferencia social y, esto, lleva a legitimarla. Sheper-Hughes (1996) la describe como violencia consensuada y aceptada por la comunidad; acompañada de una ética peculiar y un modo de vida también violento, que promueve la rutinización de conductas y de hechos violentos.

<sup>9</sup> Utilizo aquí el caso presentado por M.P. Hernández en el marco de su trabajo de grado.

Algunos autores, han explicado esta interrelación de violencias como un continuo en el que se alimentan mutuamente (Scheper-Hughes & Bourgois, 2003; Bourgois, 2009a), entremezclándose unas con otras; como mecanismos de dominación que reproducen las estructuras de desigualdad que las fomentan.

Las violencias “invisibles” son prototípicas de contextos de paz, en el sentido de ausencia de guerras, conflictos o amenazas - como el contexto en que se desarrolla la vida de las protagonistas de los relatos que se presentan en esta investigación. Es útil tener en cuenta esto, para cuestionar la supuesta ausencia de violencia o también para preguntarse por otro tipo de circunstancias que afectan la existencia cotidiana de las personas y les hacen sufrir. Por ejemplo, el cubrimiento noticioso estereotipado (Van Dijk, 1997) de algunos medios de comunicación sobre la migración de ciudadanos sirios a Europa. En algunos países los presentan a todos como delincuentes y, por tanto, como una amenaza para la estabilidad nacional. Esta forma estereotipada de mostrarlos es una forma de violencia simbólica que fomenta la xenofobia<sup>10</sup>, que puede ser menos perceptible en la medida en que se ampara en una “buena causa”: la protección de la estabilidad nacional.

Entonces, para esta investigación, es importante detenerse en el reconocimiento o desconocimiento de las violencias que enfrentan las personas entrevistadas, quienes viven en un contexto en “apariencia” pacífico, donde igual confluyen violencias; eso sí, menos perceptibles o difíciles de identificar, pero igual de presentes y dañinas. Siendo así, surgen preguntas relacionadas a su entorno: ¿Hasta qué punto, estas mujeres, se consideran víctimas de algún tipo de violencia? ¿Hasta qué punto reconocen las violencias a las que están expuestas por su género y por su clase?

**Una segunda tensión, ligada a las interpretaciones de la violencia, se relaciona con su legitimidad.** En este caso, se puede consentir a la violencia, porque, a pesar de percibirla como tal, se la considera justa o merecida. Las situaciones, vividas o presenciadas, identificadas como violentas son, por lo general, objeto de una valoración moral: algunas son consideradas como justas o legítimas, otras como injustas o ilegítimas.

La valoración sobre la legitimidad de la violencia depende de “aquellos aspectos de la cultura, en el ámbito simbólico de nuestra experiencia (materializado en la religión e ideología,

---

<sup>10</sup> “Los medios de comunicación desempeñan un papel fundamental en la reproducción del racismo en la sociedad, (...) asentando o confirmando de este modo los estereotipos y prejuicios étnicos prevalentes entre la mayor parte de la sociedad” (Van Dijk, 1997, pág. 176).

lengua y arte, ciencias empíricas y ciencias formales [...]), que pueden utilizarse para justificar o legitimar la violencia directa o estructural” (Galtung J. , 1969; 2017, pág. 149). Cabe aclarar que una cultura no es en sí violenta, sino que algunos factores culturales dan fuerza o poder a las violencias, al tiempo que las refrenda o valida. Lo más propio de la violencia moral es avalar el ejercicio de otros tipos de violencia. Así es como la cuestión cultural y simbólica influye sobre la interpretación de la violencia de quienes la viven y le conceden la calificación de justa o injusta. Por eso, la violencia no puede ser entendida solamente en términos físicos, pues la dimensión “moral”, “simbólica” o “emocional” hace parte de la violencia, porque le da poder y sentido (Scheper-Hughes & Bourgois, 2003).

El maltrato puede llegar a ser aceptado como natural o merecido, es decir, legítimo o justo por quienes lo viven. Pues a fuerza de humillaciones, golpes o heridas, las víctimas pueden llegar a pensar que son inferiores o que su comportamiento amerita recibir castigos, entonces los aceptan. En palabras de Bourdieu, consienten ese maltrato. Es muy interesante analizar la relación entre el “reconocimiento” y el “desconocimiento” para problematizarlo: una misma persona puede “reconocer” la violencia, cuando percibe el golpe o es ofendida, pero puede aceptarla como justa y, entonces “desconoce” la violencia. Por ejemplo, cuando se lincha a un ladrón, puede considerarse merecido el castigo. Se legitima la violencia. En este sentido, Scheper-Hughes y Bourgois (2003) llaman la atención sobre algunas ambigüedades en las interpretaciones de la violencia. Como en el caso citado, el ladrón es considerado violento, ofensivo, la sociedad es la parte ofendida y su reacción, a pesar de ser violenta, es justificada y considerada legítima o necesaria porque está al servicio del bien común, según las normas políticas o económicas vigentes.

También se puede “consentir” las violencias, cuando estas se ajustan a normas comunes a víctimas, victimarios o espectadores, quienes se acostumbran a ellas, al punto de tolerarlas o asumirlas con indiferencia. Esta tolerancia constituye una forma de legitimación de la violencia, porque se vuelve común y lo común con el tiempo tiende a considerarse como correcto, permitido o aceptado; o igualmente, pueden acostumbrarse a la situación, hasta mirarla como algo normal. Como esta investigación se desarrolla en un contexto de clase popular, patriarcal, se pueden pensar que algunas manifestaciones de violencia o de dominación, han sido asumidas como naturales para las personas que conviven en ese entorno o que son propias de esos contextos sociales. Problematizarlo servirá para descubrir los procesos de reconocimiento de la violencia y las formas

de enfrentarla.

Finalmente, **la tercera tensión se relaciona con el sentimiento de potencia o impotencia** que tienen las “víctimas” ante la violencia. En este caso, la persona puede consentir la violencia aun considerando como violenta e injusta la situación que vive, pero sentir que no puede hacer nada ante ella (sentimientos de impotencia) o, al contrario, no consentirla porque puede enfrentarla de diversas formas (sentimientos de potencialidad). Podríamos hablar también, para el primer caso, de sentimientos de resignación: cuando la persona no manifiesta deseos de luchar contra las adversidades (no siempre reconocidas como violencias), porque considera como algo que debe soportar (Hérendez Ruiz, 2017). Cuando, al contrario, tienen sentimientos de potencialidad ante la violencia, las personas pueden reaccionar de diversas maneras. Pueden optar por la resistencia activa (enfrentar la violencia con violencia o de forma directa), la resistencia pasiva (como la oposición al orden establecido de manera pacífica) y la resiliencia (o flexibilidad para aceptar y adaptarse a situaciones adversas).

Esta tensión también ayuda a problematizar la forma cómo suele entenderse la posición de “víctima”<sup>11</sup>. Con frecuencia, está relacionada con la pasividad y la desprotección; como quien sólo sufre el mal que recibe, sin capacidad de reaccionar. Pero, como vemos, quien recibe los actos violentos puede reaccionar también de forma activa.

Aparece, con esta tercera tensión, otra manera de entender la violencia simbólica, y la articulación entre “reconocimiento” y “desconocimiento” se vuelve aún más compleja. No se trata de poner en evidencia el funcionamiento de una violencia “invisible” o de una violencia “justa”. Aquí, la violencia simbólica se manifiesta en aspectos de la cultura que avalan o justifican estructuras de dominación, como un orden social dado, que se concibe como inmodificable, porque se piensa que no existe otra opción alcanzable. Por “desconocimiento”, las víctimas pueden llegar a pensar que no hay posibilidad de salir de su situación. De este modo, una misma persona puede reconocer el carácter violento e injusto de lo que vive, pero pensar que no importa lo que haga, las cosas no van a cambiar. Finalmente, quien procede así, consiente a la violencia, al renunciar a su capacidad de agencia.

---

<sup>11</sup> “La categoría víctima no posee un contenido esencial unívoco, su contenido es variable. La identificación de una persona o un grupo como víctima no es natural, sino que es parte de un proceso histórico, social, cultural, político y económico” (Guglielmucci, 2017, pág. 85).

Teniendo en cuenta las respuestas de las víctimas ante la violencia, en esta investigación hecha a través de fotografías familiares y relatos de mujeres, me he preguntado: ¿cómo entender a algunas mujeres, quienes, a pesar de querer salir de relaciones de dominación masculina, las alargan en el tiempo siendo sumisas ante los hombres? O, ¿En qué condiciones sociales pueden las víctimas cortar por completo esas relaciones de dominación? ¿A través de qué mecanismos algunos hombres intentan asegurar su posición dominante? ¿Hasta qué punto, en algunos momentos, las víctimas son capaces de imponer su voluntad y en otros agachan la cabeza? Esto, ¿hasta qué punto lo ven y lo sienten como una derrota o hasta qué punto están conformes con su forma de actuar? Asimismo, como se trata de vidas que se desarrollan en un entorno de escasez material, me interesa cuestionar: ¿Qué factores disparan, intensifican o disminuyen los sentimientos de impotencia o potencialidad ante la restricción de derechos? ¿Cómo interpretan eso quienes lo viven? ¿En qué medida son violencias reconocidas? ¿En qué medida son violencias que afectan su sentido de dignidad?

Ahora bien, los sentimientos de impotencia pueden surgir de múltiples maneras. Por ejemplo, la violencia puede evidenciarse en el aumento de requisitos para recibir una ayuda pública, filas interminables, desinformación, que aumenta los tiempos de espera, “pero esta espera permea los cuerpos generando sufrimiento en forma de sensación de impotencia” (Abad Miguélez, 2016, pág. 19). En una situación como esta, la sensación de impotencia puede ser consecuencia de la imposibilidad de hacer algo o de sentirse invalidado, privado de derechos o excluido socialmente, en parte, por la escasez material. También puede ser consecuencia de que el victimario no se puede identificar por estar encubierto en una estructura social injusta y, por tanto, no hay a quien reclamar o enfrentar. Aunque esto pueda ser así, hay que tener en cuenta que la capacidad y las formas de enfrentar la violencia puede darse ante cualquier modalidad, no sólo cuando es “estructural”, como la presentada aquí.

Las tres tensiones sobre las interpretaciones de las violencias descritas hasta ahora pueden ser pensadas como herramientas para realizar mejores descripciones de las situaciones de violencia. Nos recuerdan la importancia de reflexionar sobre:

a) La invisibilidad de ciertas violencias menos perceptibles, pero igual de presentes y dañinas, que pueden estar encubiertas bajo manifestaciones de violencias directas y visibles; y sobre los procesos de reconocimiento de la violencia como tal, por parte de víctimas y victimarios;

b) La valoración moral de la violencia, como justa o injusta, según se vea y reconozca la violencia o, incluso, sin reconocerla;

c) El sentimiento de capacidad de agencia de las personas ante situaciones violentas: según, como se perciba y entienda a la violencia, surgirán sentimientos de impotencia o potencialidad en quienes la vivan o presencié.

### **1.1.3 El entrelazamiento de las violencias**

Como, en la práctica, las modalidades de ejercicio de la violencia y las interpretaciones no funcionan como compartimentos estancos, pues están siempre interrelacionadas, a veces es difícil separar lo que remite a las formas de ejecución, de lo que remite a las interpretaciones. De hecho, ciertas modalidades (en particular, en los casos de violencias morales) pasan precisamente por interpretaciones que las condicionan (como consentir a la violencia o sentirse culpable). Sin embargo, analizarlas por separado ayuda a la comprensión y estudio de las experiencias de violencia en sus distintas dimensiones. Por esto, todas las preguntas y tensiones en el texto las articulo para generar relatos prácticos complejos, con las descripciones detalladas de las situaciones de violencia<sup>12</sup>, para luego, en el análisis detenerme en cada tensión por separado.

En definitiva, mi propósito es dar cuenta de una diversidad de sensaciones y situaciones, que –indudablemente – remiten a registros de experiencias diferentes unos de otros, pero que pueden todos ser pensados como ligados – de una manera u otra – a la violencia y al sufrimiento y, sobre todo, que se entrecruzan y superponen en la vida de las personas, conformando ensamblajes o configuraciones diversas de violencias. Estas diversas configuraciones que afectan y permean la vida de las personas, generándoles distintas formas de sufrimientos, no son independientes de la condición social de sus víctimas (es decir de su inscripción en ciertos

---

<sup>12</sup> Lo explico con un ejemplo: una persona golpea a otra. En este caso, la violencia moral funciona como viga en la que se sustenta la violencia física: quien da el golpe, puede hacerlo porque subestima a la otra persona. La violencia física es simultáneamente directa, el golpe se ejerce en un acto interpersonal; al tiempo que indirecta, como podrían ser aspectos culturales que avalan maltratar a quien se subestima. Asimismo, se trata de una articulación de intensidades de violencia: baja, por ser violencia de dominación –los aspectos culturales- y media, por el daño físico que genera el golpe. En simultáneo, están las distintas interpretaciones del acto violento que pueden hacer víctima y victimario. Por un lado, la víctima puede visibilizar la violencia y parecerle injusta, por la humillación que le genera, pero sentirse impotente para responder; por el otro, el victimario, aunque reconozca que el golpe que propina es violento, puede parecerle legítimo.

colectivos). Lo cual se puede sintetizar así: ¿Cómo las experiencias de la violencia – tanto en sus modalidades como en sus interpretaciones – varían según el género, la clase y la generación?

Esto nos invita a reflexionar cómo las experiencias de violencia, desde las modalidades de ejercicio como de interpretación, se ven afectadas por distintos factores sociales. Para eso, me detendré en los moldeamientos sociales con relación al género y a la clase.

## **1.2 La dominación masculina y los moldeamientos sociales con relación al género.**

Un objetivo central de mi investigación consiste en analizar cómo las experiencias de violencia y de sufrimiento son moldeadas por el género. Dependiendo cómo cada sociedad representa el género, se construyen los significados de las experiencias de cada persona; se asignan roles sexuales o se definen normas de relacionamiento social.

Asumiendo el hecho de que vivimos en una sociedad caracterizada por un profundo desequilibrio entre las posiciones que ocupan los hombres y las mujeres dentro de las estructuras de poder<sup>13</sup>, he querido indagar sobre ciertas experiencias de violencia que parecen afectar de manera específica la vida de algunas mujeres. Por eso, los siguientes capítulos están escritos a modo de “retratos de mujeres”. Estos relatos de vida – en los que, obviamente, salen a relucir sus relaciones con diversos hombres: padres, parejas, novios, hijos, etc. – permiten reflexionar sobre los mecanismos complejos – a veces contradictorios, a menudo implacables – a través de los cuales se ejerce el poder y se produce o “re-produce” la desigualdad de género.

## **1.3 Moldeamientos sociales con relación a las condiciones materiales de existencia**

Ahora bien, si mi trabajo se centra explícitamente en “relatos de mujeres”, me parece importante resaltar el hecho de que estos relatos no reflejan solamente lo que podríamos llamar “experiencias femeninas”, sino también “experiencias populares”. Atendiendo a los llamados que se han hecho para un entendimiento “interseccional” de los procesos sociales, me ha parecido importante analizar la, por lo menos, “doble dominación” a la cual las protagonistas de mi relato

---

<sup>13</sup> Conforme a los estudios de género, los procesos de significación de la posición masculina o femenina en un mismo contexto dan “valor” a la experiencia personal y subjetiva; así, como dan lugar, a la comprensión del orden social. Esto es así, porque el género, conforme a los sistemas de símbolos, es constitutivo de las “relaciones significantes de poder” (Scott, 1996).

se encontraban sometidas. Es decir, preguntarme por cómo sus existencias han sido afectadas y moldeadas por las dinámicas de dominación ligadas, por un lado, al género y, por el otro, a la clase. Por esta doble dominación de las protagonistas de mis relatos, considero que necesariamente debo apoyarme, de nuevo, en la idea de violencia estructural. Porque, como bien lo explica Farmer (2007), “las desigualdades sociales están al centro de la violencia estructural” (pág. 71). Estas desigualdades, continuando con lo propuesto por este autor, son el producto de estructuras sociales remotas (Farmer, 2007), como también, son el resultado de mecanismos de estratificación social (La Parra & Tortosa, 2003).

Asimismo, el concepto de “inseguridad social” que propone Robert Castel (2008b) me ha sido muy útil, por su relación con las estructuras sociales que, en algunas ocasiones, en vez de favorecer las adecuadas condiciones de vida de las personas, promueven la inequidad. Para este autor, la inseguridad – que también puede ser entendida como vulnerabilidad o susceptibilidad a sufrir - es una condición innata al ser humano que se intenta solventar con la protección, la cual, tiene dos grandes manifestaciones: la protección que garantiza la paz civil y las libertades fundamentales, y la que garantiza la seguridad social.

Las mujeres a quienes entrevisté, con frecuencia experimentaron la sensación de desamparo o de inseguridad por estar expuestas a los riesgos propios de la existencia como la pérdida de la salud o de la vivienda; maltratos, que también afectaron su dignidad como personas; vivieron en situación de inestabilidad laboral o con una remuneración insuficiente para cubrir las necesidades personales o las de su familia. Condiciones, todas estas, de precariedad que las pusieron en situación de especial vulnerabilidad o, siguiendo las ideas de Castel (2008b), las expusieron a un mayor riesgo social.

## Capítulo 2

### **Mariana: la supervivencia ante distintos tipos de violencia.**

En este primer capítulo, a través de los relatos de Mariana, la abuela de la familia del presente caso, trabajo el entrecruzamiento de violencias de las que ella fue víctima, en contextos rurales, populares y patriarcales. También muestro cómo la abuela enfrentó estas violencias, su capacidad de resiliencia y resistencia. Para esto, me fijo en las dimensiones prácticas e interpretativas de la experiencia, que son descritas en los relatos que acompañan las fotografías. A través de sus experiencias singulares, procuré explicar cómo ella ha sido marcada por estas vivencias que, a su vez, están inscritas en estructuras sociales macro.

Mariana nació en el contexto rural colombiano de finales de la década de 1950<sup>14</sup>. Aunque la zona en que vivía era pacífica y ella no habla explícitamente de las consecuencias de la situación política en su vida, es patente que la violencia estructural que había caracterizado el país desde hace décadas, también había permeado su entorno familiar y social (Scheper-Hughes & Bourgois, 2003). La zona campesina donde ella vivía se caracteriza por la escasez material y cultural<sup>15</sup>, en la cual, la educación formal, por lo menos, en casa de sus abuelos, no estaba del todo avalada. Ahí lo que importaba era saber trabajar la tierra y el ganado, porque eran sus fuentes de subsistencia. Por eso, todos, desde niños aprendieron “las labores del campo”. Además, se privilegiaba la fuerza física y, con esto, un orden social masculino (Bourdieu, 2000b), fomentando una violencia de dominación.

Mariana, poco antes de cumplir la mayoría de edad dejó el campo para trasladarse a la ciudad, buscando mejores oportunidades. Sin embargo, en el contexto urbano, la violencia y el

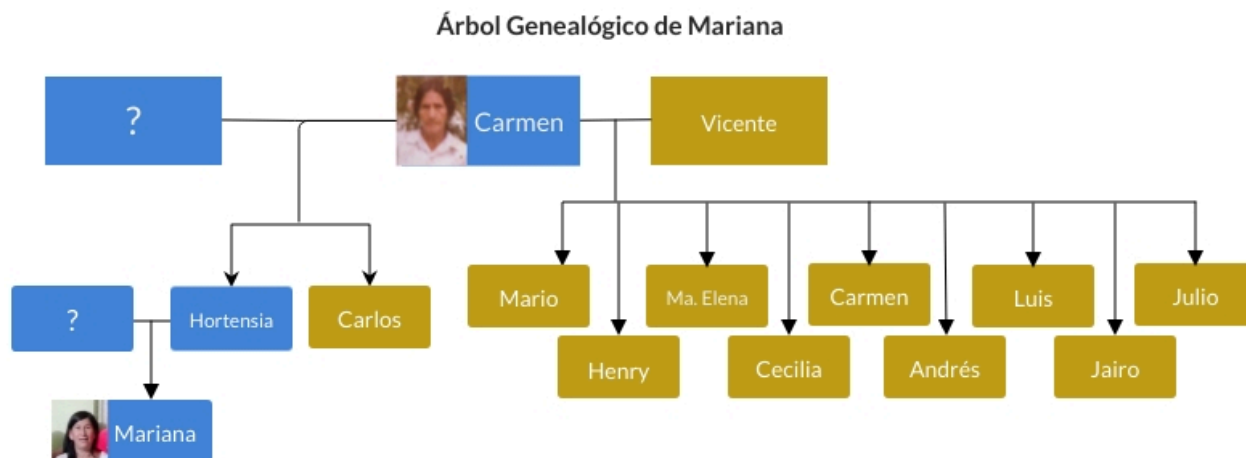
---

<sup>14</sup> Diez años antes, se había iniciado la época de *La Violencia*, caracterizada por el uso de la violencia política y por la presencia conflictos sociales e insurrecciones causadas por injusticias y desigualdades sociales de larga data, que afectaban principalmente las zonas rurales. Luego de un régimen militar represivo con sus opositores y con las guerrillas; considerado como un gobierno corrupto, cerrado al diálogo o a la posibilidad de establecer partidos políticos de izquierda o socialistas, que no logró poner fin a la *Violencia* (Bushnell, 1994; 2004), inició un nuevo periodo, el mismo año en que nace Mariana, llamado el Frente Nacional. Durante este tiempo, se lograron mejoras en la economía, educación pública, infraestructura vial, medios de comunicación, pero “no hubo grandes cambios en los patrones de desigualdad social” (Bushnell, 1994; 2004, pág. 305).

<sup>15</sup> Entendiendo la escasez cultural no como la falta absoluta de cultura, sino como un capital que funciona como un principio de diferenciación social (que es adquirido en la familia y en la escuela). En la medida en que este capital escasea, es mayor la distancia a la legitimidad cultural y a los privilegios que otorga.

sufrimiento, continuaron presentes en su vida. La violencia estructural, combinada con la violencia de dominación, dejaron marcas en su vida, como lo muestro en las páginas siguientes.

Para ubicar a los lectores en las narraciones, al inicio de cada capítulo encontrarán un árbol genealógico de su protagonista de dicho apartado. A continuación, el árbol de Mariana:



Gráfica 1: Árbol genealógico de Mariana

## 2.1. La infancia y adolescencia de Mariana: articulaciones entre modalidades de violencias físicas y morales.

### 2.1.1 La infancia: primeros pasos trastocados por el abandono materno.

Mientras muestra sus fotos, Mariana me va contando de su infancia. Su primera fotografía se la tomaron cuando tenía doce años, en la plaza de Landázuri, un pueblo de Santander, del que era aledaña la finca en la que vivía. Cuenta que el fotógrafo ponía un tapiz como cortina que hacía de fondo, decorado con florecitas y arabescos. “Cuando me la entregaron yo me sentí como grande, yo estaba creída con mi foto”, comenta Mariana mientras me muestra una imagen a blanco y negro, pequeña, desgastada, en que se la ve con la misma cara, aunque más joven y seria.



*Fotografía 1: Primera foto de Mariana tomada cuando tenía 11 ó 12 años, en la plaza de Landázuri-Santander. Archivo: Álbum de fotos de Mariana. Fecha: cerca de 1970.*

Cada foto costaba como 50 centavos, “que en esa época si era mucha plata”, explica. En el pueblo, una sola persona tomaba fotos, los domingos, cuando se organizaba una plaza con todo lo que cultivaban los campesinos de la zona y llegaba mucha gente de las veredas. Mariana, desde sus 9 años también participaba, como el resto de los campesinos, de la compra y venta de productos agrícolas. Salía a pie junto a su caballo cargado de café y cacao, lo vendía en la plaza, hacía el mercado para la semana y se devolvía con el dinero recaudado. El trayecto desde la finca hasta el pueblo lo hacía a pie y duraba entre 6 y 7 horas. De regreso, que el caballo ya estaba descargado, volvía montada en él.

De esta época de su vida, no tuvo más fotos que aquella primera, que le trae muchas historias a la cabeza. Es interesante ver cómo en la fotografía sólo aparece ella, mientras en la memoria de Mariana brotan innumerables recuerdos, que no están ahí representados. A raíz de esta fotografía, ella me cuenta de la finca donde vivió sus primeros años, como si fuera un paraíso. La describe con tanta emoción que es fácil imaginársela corriendo entre la vegetación. Cultivaban café, cacao, plátano, naranja; la considera grande, porque tenía potreros, con 3 vacas lecheras, terneros, un toro y tres caballos. La cocina de la casa tenía techo de paja, era la habitación más pequeña y estaba un poco a parte del resto del inmueble. Las otras habitaciones estaban cubiertas de teja de zinc que condensaba aún más el calor de esa zona tropical. Las pocas camas estaban

reservadas para el abuelo o los tíos. El piso era de tierra, donde las mujeres extendían unas esteras tejidas con hoja de plátano para acostarse y gracias al clima no necesitaban cobijarse.

En casa de los abuelos, Mariana convivió con 11 tíos. Sus abuelos tuvieron 9 hijos, pero antes de casarse, la abuela había tenido dos hijos más: Hortensia, la mamá de Mariana y el tío Andrés, quien, desde muy joven, se había ido a vivir a Bogotá. Conforme los tíos de Mariana iban creciendo, la abuela los iba “sacando de la casa”. Por ejemplo, a sus hijas mujeres, las mandó a diversas partes: una a Bogotá cuando tenía 10 años para que trabajara en la casa de una señora en servicios domésticos; dos para Bucaramanga y otra para alguna hacienda donde necesitaban alguna niña para que trabajara. Hortensia, la mayor, cogió rumbo muy joven: primero trabajó en una tienda donde, según ha averiguado Mariana, conoció a un obrero, con quien la tuvo a ella. Y, luego, cuando se casó con un albañil, se fue también para Bucaramanga.

A raíz de esta misma fotografía, Mariana me contó que se crio con sus abuelos porque su mamá la abandonó cuando apenas tenía 3 ó 4 meses de nacida y, a su hermano mayor, lo regaló a una familia, para irse a vivir con un señor de quien se había enamorado. Este la recibía con la condición de que estuviera sola, sin sus hijos. Se casó con él y se fue a vivir en Bucaramanga.

No es posible conocer lo que pasaba por la cabeza y el corazón de Hortensia en esos momentos, ni su versión de la historia, pues no tuve posibilidad de entrevistarla. Este relato y sus interpretaciones, los obtuve únicamente a través de Mariana y de su hija. Al parecer, Hortensia – víctima de la dominación masculina y de la escasez material y cultural<sup>16</sup> – llevada por el arrebatamiento, prefirió deshacerse de sus hijos, para irse con ese hombre. Esta acción aumentó el capital simbólico de su futuro esposo, como autoridad ante la cual ella debía someterse, al extremo de no sólo abandonar a sus hijos, sino de intentar ahogar a una bebé de meses. Pues Sofía, la hija de Mariana, me cuenta bajando un poco la voz y con cierta consternación, que su abuela intentó ahogar a su mamá en el río para irse con dicho hombre. Porque, según ella, en esa época los hombres y sus familias sólo aceptaban “mujeres libres” o “sin compromisos anteriores”. Cuando Sofía me lo dijo, me parecía difícil de creer, no podía imaginar a mi mamá haciendo algo semejante conmigo. Sólo intuía el dolor de Mariana al saber que su propia madre intentó asesinarla, así como

---

<sup>16</sup> No quiero decir que Hortensia fuese una “mujer sin cultura” sino que vivían a distancia de la cultura legítima. Hortensia sólo había estudiado los primeros años de primaria y la educación de sus padres era similar. Lo que primaba en su entorno social eran los conocimientos para la subsistencia en el campo.

el posible sufrimiento o desesperación de la madre. Pensándolo de esta forma, me pareció lógico que Mariana no lo haya mencionado cuando hablamos, entiendo que prefiriera evitar el tema.

En todo caso, la abuela de Mariana evitó que la ahogara y se la llevó a su casa. Con cierto tono de queja, Mariana me contó: “Se casaron, pero a nosotros no nos buscaron después. Yo la conocí luego de que tuve a mis hijos, porque ella no nos buscó, ni nada”. Aunque más adelante, en la misma conversación, me explicó que, cuando tenía unos seis años, llegó su mamá a buscarla para llevársela. Pero como ella no la conocía y llamaba “mamá” a su abuela, no entendía por qué “esa mujer” se la quería llevar. Mariana prefirió quedarse y, a raíz de esto, le contaron quien era su mamá y lo que había pasado con ella y su hermano cuando era bebé. Esto dejó en ella una profunda herida que se alimentó por años con sentimientos de rechazo, resentimiento, incompreensión y rabia, contra su mamá por haberla abandonado. Aunque, ahora en la adultez, también intenta justificarla diciendo: “algún problema tendría, que me dejó solita”.

De su hermano mayor, nunca volvió a saber nada: nunca lo conoció ni tampoco quedaron registros fotográficos de él. Lo único que conserva es la añoranza de verlo de nuevo, de saber cómo está, cómo fue su vida. Es como si sintiera una especial cercanía por quien sufrió el mismo rechazo y abandono por parte de su madre. Movida por este deseo, en una ocasión que habló con su mamá, se lo preguntó. Pero ésta no supo darle respuesta, como tampoco de su padre, ni por qué había preferido a ese hombre que a ella. Hoy sabe que tiene 8 medio-hermanos por parte de mamá, pero no se habla con ninguno de ellos, porque nunca los conoció. Ante esto, Mariana – que poco le gusta transmitir emociones que develen su sufrimiento – con melancolía dijo: “Tenaz, ¿no? No saber quiénes son los verdaderos hermanos”.

Esa ocasión en que habló con su mamá, fue porque Mariana viajó a Bucaramanga buscando respuestas a los interrogantes que se habían acumulado en su mente y en su corazón durante años, cargados de resentimiento y amargura. Motivada por su hija, en el 2015, Mariana quiso llevar a cabo un proceso de reconciliación con su madre: “porque vivir con un rencor siempre es como feo”. Habló con un sacerdote quien, entre otras cosas, le recomendó perdonar para descargarse de los sentimientos negativos que había conservado en su interior. Como parte de este proceso, expresa ella, decidió buscar a su mamá. Cuando llegó a Bucaramanga, temerosa de ser rechazada de nuevo, pidió a una tía que la acompañara a verla, pero que entrara primero:

Cuando llega mi tía, la saluda, yo detrás y dice: ‘Llegó Mariana, llegó Mariana’ y me abrazó. ¡Me reconoció! (risas). Pobrecita, ya tiene 84 años... Yo no esperaba que me

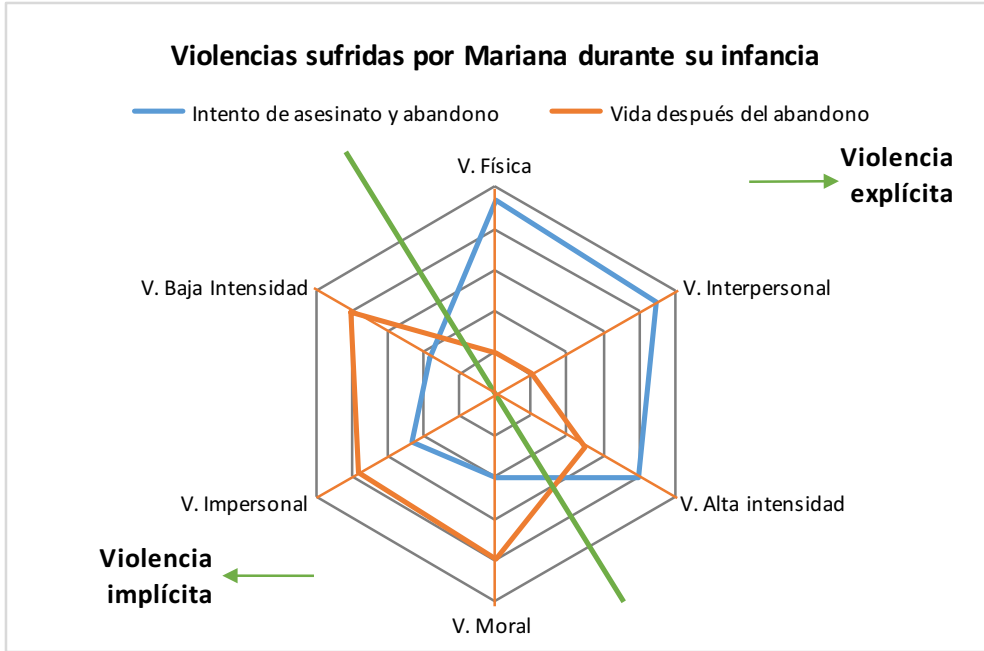
reconociera. Se puso a llorar, decía que me quedara, que no me viniera. (comunicación personal, 17 de enero de 2018)

Para explicarme que ese proceso le sirvió para reconciliarse con su mamá, me explica cómo cambió su interior con relación a ella:

Yo le tenía rabia por haberme dejado... Hasta ahora, 3 años que resolví ir a ver qué pasaba y ver que me recibió como tan bien, se me olvidó todo... (risas) Pero cuando tenía doce años, yo lloraba que mis tíos me pegaban... Yo decía: '¿Por qué me traería a este mundo y me dejó botada?' Tuve un tiempo que le tuve mucha rabia. (comunicación personal, 17 de enero de 2018)

Aunque Mariana afirma que ha perdonado a su mamá, la manera de hablar de ella me deja intuir que todavía guarda resentimiento en su interior. Después de 50 años de sufrimiento, es de esperar que un proceso de reconciliación, no culmine con un primer y único encuentro. Pienso, más bien, que se descargó de la sensación de rechazo que ella creía que su madre conservaba y por eso se sorprendió cuando la reconoció y recibió con alegría. No es posible saber los sentimientos de Hortensia, pero, a juzgar por su reacción y porque quiso recuperar a su hija cuando esta era niña, es posible suponer que la madre ha sufrido al igual que la hija; que fue víctima de su propia violencia.

Para analizar las configuraciones de violencia mencionadas hasta el momento, presento a continuación una gráfica, con dos líneas que ilustran una situación de violencia en dos momentos. El primero, el intento de asesinato y el abandono, está representado con la línea azul; el segundo momento, después del abandono, con la línea naranja.



Gráfica 2: Modalidades de ejercicio de violencias sufridas por Mariana durante sus primeros años de vida

### **Cuadro explicativo de las gráficas de modalidades de ejercicio de la violencia.**

Las gráficas sobre modalidades de ejercicios de la violencia han sido diseñadas para representar de forma simplificada las tres tensiones sobre ejercicios de la violencia, como explico a continuación:

- a. El primer eje ilustra la tensión entre la violencia física y la moral. El eje tiene dos radios, cada uno representa una de las violencias mencionadas. Mientras más se acercan a los extremos de afuera de los ejes de las líneas azules, mayor intensidad presentan las violencias. En el caso de la violencia física, eso representaría daños graves al cuerpo o bienes de la persona; en el caso de la violencia moral, serían daños graves a la dignidad de la persona. Mientras más cerca están del centro, representa situaciones menos violentas. Esto sirve para ilustrar casos en que una violencia excluye a la otra, pero también casos en que ambas violencias funcionan simultáneamente.
- b. El segundo conjunto de tensiones indica la interacción entre víctimas y victimarios. En el lado de las violencias explícitas (el derecho), mientras más se aleja del centro el vértice de las líneas azules, mayor es la dimensión “interpersonal” de la violencia. En el lado de las violencias implícitas (el izquierdo), mientras más alejada esté del centro, tiende a ser mayor la dimensión “impersonal” de la violencia, por la ausencia de un victimario identificable. Como en el caso anterior, formas “interpersonales” e “impersonales” de ejercicio de la violencia pueden coexistir.
- c. Finalmente, el tercer eje muestra la tensión sobre las intensidades de la violencia. El radio derecho mientras más alejado esté del centro, más representa la violencia de alta intensidad (eliminación de personas o graves daños a su integridad física). Lo mismo con la violencia de baja intensidad, representada por el radio del lado izquierdo, mientras más alejada del centro, más representa violencias de dominación.

*Cuadro 1: Explicación de las modalidades de ejercicio de violencia.*

El intento de asesinato y el abandono de Mariana por parte de su madre, permite evidenciar la interacción entre diferentes tipos de violencias. El primer radio presenta la tensión entre la forma física y moral de violencia, en un contexto de doble dominación: uno de género y otro de clase. Con la línea azul, represento que Mariana, a los pocos meses de nacer, fue víctima de la más alta intensidad de violencia física; pero no es la única, pues considero que regalar al niño a otra familia y separar a los dos hermanos, en el caso de Mariana es también una manifestación de esta violencia. Lo considero así porque su mamá le negó la posibilidad de convivir con su hermano y con ella como madre, hecho que no pasa desapercibido en la vida de Sofía.

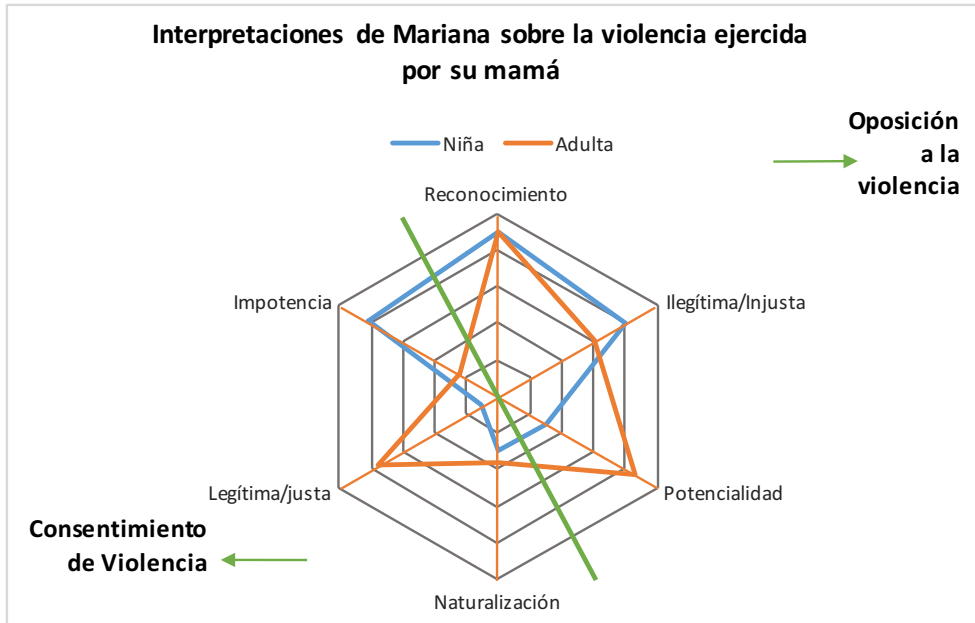
La violencia física directa va acompañada de violencia moral también directa, manifestada en el rechazo de la madre a sus hijos, por preferir un hombre que a ellos. Esto, está representado con la línea naranja, mostrando que dejó en Mariana una herida moral profunda que la ha acompañado durante toda su vida, manifestándose en amargura, tristeza, vergüenza, silencios y rechazo también hacia su madre.

También considero que esta situación estaba marcada por otros tipos de violencias impersonales o estructurales de dominación, que están ilustrados por la línea naranja. El contexto en el que nació Mariana es una zona rural donde el trabajo físico para el arado, cultivar la tierra y cuidar el ganado, era especialmente valorado. Trabajo que estaba relacionado con la fortaleza del hombre, aunque hubiese mujeres que lo ejercieran. Mariana hacía parte de una familia campesina, que vivía de lo que daba la finca, donde todos compartían la misma precariedad de las condiciones de vida, las personas solían estudiar sólo la primaria y los niños estaban obligados a trabajar desde pequeños para asegurar el sustento propio y de la familia. Situación que los exponía a múltiples riesgos sociales (*Castel, 2008*), como el mismo hecho de no estudiar que implicaba, a largo plazo, permanecer en condiciones de pobreza; o abusar de su salud y fragilidad física, pues por su edad, su cuerpo no estaba todavía acondicionado para el tipo de trabajo que debían realizar.

Asimismo, las condiciones facilitaban un orden social masculino, un tipo de violencia de dominación, de baja intensidad, desde el cual se evaluaban el resto de las realidades sociales, como la supremacía de la fuerza física del hombre o la necesidad casi vital que experimentan algunas mujeres de tener un hombre a su lado, como el caso de Hortensia. Ella actuó conforme a los esquemas de la dominación masculina, porque puso al hombre con quien se casó por encima de sus hijos y de sí misma, por eso cedió como mujer a deshacerse de ellos, para quedar sin “compromisos anteriores” para poder casarse. Tanto la solicitud del hombre como la sumisión con que Hortensia accedió – representada con la línea azul en el radio de la violencia interpersonal/impersonal –, afectaron la vida de niños muy pequeños y, de acuerdo al caso, al desarrollo de Mariana como persona, quien creció con la consciencia de haber sido rechazada y abandonada por su madre – ilustrado con la línea naranja, en el mismo radio.

Esta gráfica, permite evidenciar el entrecruzamiento de distintas modalidades de violencias, de las que Hortensia también fue víctima, que sirven para entender el contexto en el cual ella tomó la decisión de dejar a sus hijos.

En la gráfica 3, presento a continuación las interpretaciones de la violencia por parte de Mariana en dos momentos de su vida: en su infancia, a partir del momento en que se enteró quién era su mamá y que la había abandonado y, más o menos, 50 años después, siendo adulta.



Gráfica 3: Interpretaciones de Mariana en dos momentos de su vida sobre la violencia ejercida por su madre.

## Cuadro explicativo de las gráficas sobre “interpretaciones” de la violencia

Las gráficas de interpretación de las violencias han sido pensadas para explicar de manera simplificada las configuraciones de violencia en cuanto a sus interpretaciones. Están diseñadas conforme las tensiones mencionadas en el primer capítulo, representadas en los ejes, los cuales, a su vez, están compuestos por dos radios, como se explica a continuación.

- a. El primer eje representa la tensión entre reconocimiento y naturalización de la violencia. En el radio del “reconocimiento”, cuando el punto se ubique hacia el exterior de la gráfica, ilustra que hay una mayor visibilidad y lectura de la violencia como tal por parte de víctimas, victimarios o espectadores. Mientras, en el otro radio, el de la “naturalización”, si el punto se ubica hacia el exterior de la gráfica, quiere decir que la violencia es menos perceptible para las personas.  
Se tiende a suponer que si el punto del primer radio está ubicado al exterior de la gráfica, de manera automática, el segundo se acerca necesariamente al centro de la misma. Sin embargo, no siempre funciona así. Se pueden dar situaciones en las cuales coexisten ciertas formas de “reconocimiento” de la violencia, con ciertas formas de “naturalización”.
- b. El segundo eje ilustra la legitimidad de la violencia. El primer radio de este eje muestra el grado de “rechazo” a la violencia: en la medida en que el punto se aleja del centro de la gráfica, la violencia es asumida como “injusta” por quienes la viven. El segundo radio busca representar, asimismo, el grado de “aceptación” de la misma: si el punto se ubica hacia el extremo, la violencia es más “aprobada” o aceptada como justa. Como en el caso anterior, los dos radios no siempre funcionan de manera articulada, pues dentro de una misma configuración de violencias, algunos aspectos pueden ser considerados como justos y otros pueden ser condenados.
- c. El tercer eje representa la capacidad de las personas para responder ante situaciones violentas, es decir, su capacidad de “agencia”. El radio derecho, hacia el lado de la oposición a la violencia, en la medida que el punto se ubica hacia el extremo, muestra la percepción de una mayor capacidad de oponerse a la violencia. Igual, en el radio izquierdo, mientras más se aleja del centro, mayor es la sensación de “impotencia” ante la violencia. Como en los casos anteriores, pueden existir situaciones complejas en las cuales sensaciones de potencia e impotencia se entrecruzan y no siempre funcionan como un juego de suma cero.

*Cuadro 2 Explicación de las interpretaciones de la violencia.*

Considero que Mariana, si bien buscó perdonar a su mamá, sufre aún por las consecuencias del abandono y debate en su interior distintas interpretaciones de esas primeras modalidades de violencia de las que fue víctima, siendo aún muy niña. Como vemos en la gráfica, tanto de niña como adulta, Mariana reconoce la violencia de su mamá. Desde el momento en que se enteró lo que su madre había hecho con ella, reprobó el acto, aunque no lo calificó explícitamente de violento. Con el pasar de los años, la visibilidad o reconocimiento de la violencia materna permanece igual de fuerte. No

obstante, la valoración como justa o injusta y sus sentimientos de potencialidad ante la violencia, sí cambian.

Cuando Mariana se enteró de que su mamá la abandonó y regaló a su hermano, además de reconocer el acto violento, lo deslegitimó. Por eso respondió negándose a ir con su mamá, rechazándola durante años y guardándole rencor. Inicialmente, su capacidad de agencia con relación a esta violencia era muy limitada. Ella respondió desde su impotencia con reclamos llenos de ira – de una ira autodestructiva – que los hacía únicamente en su interior, pues no los podía hacer directamente a su mamá porque no estaba presente. En la actualidad, sus sentimientos de potencialidad tienden a la comprensión, la excusa y el perdón. Es decir, con los años y la reflexión sobre lo sucedido, Mariana matiza la reprobación contra su mamá. Ella continúa rechazando la violencia, pero trata de “justificar” a su madre (o de comprenderla conforme al contexto particular en que sucedieron las cosas), en un intento de eliminar de sí misma el resentimiento que ha conservado muchos años y siente que le hace daño. Ese intento de excusar a su mamá en su adultez se ve representado en la gráfica, con la línea naranja, con un doble movimiento, que representa el aumento del sentimiento de potencialidad; y el aumento de la comprensión/legitimación.

Así es como, la impotencia que podía sentir en su niñez, como muestra la línea azul en el eje de la impotencia, merma a través del proceso de perdón que lleva a cabo cuando es adulta. La gráfica representa el cambio de los sentimientos de impotencia cuando era niña (a través de la línea azul), a los de potencialidad cuando es adulta (con la línea naranja). Ahora, ese proceso de reconciliación le sirve para sentirse liberada del sufrimiento permanente que le producía el recuerdo de haber sido abandonada. Pero, el sentimiento de potencialidad que va adquiriendo con los años sigue siendo limitado, porque corresponde no tanto a su capacidad de transformar la situación, sino a la de aceptarla. Por eso, a pesar de la reconciliación, la relación con su madre permanece distante pues, como Mariana explica, no le nace llamarla ni visitarla con frecuencia.

### **2.1.2 La adolescencia en un hogar que la acoge, pero la violenta.**

Mariana dedicó su infancia y pre-adolescencia principalmente a trabajar en el campo. Su abuela la inscribió en la escuela del pueblo, donde hizo primero y segundo grado. Estudiaba a escondidas de sus tíos que no la dejaban ir y le pegaban, con el argumento de que las mujeres no necesitan estudiar. Ella, para evitarlos, les dejaba la leña y el agua lista y decía que se iba a hacer mandados o alguna otra cosa. Según me lo relata hoy, ella identificaba y rechazaba muy claramente las violencias – tanto físicas como morales – que ejercían sus tíos sobre ella, y, en algunos casos,

parecía incluso tener ciertas estrategias para oponerse a ellas: cuestionaba por qué la golpeaban y no estaba de acuerdo con que no la dejaran estudiar, por eso, enfrentaba la situación saliendo a la escuela a escondidas de ellos. Mariana me explica que una vez aprendió a leer, escribir y las operaciones básicas de matemáticas, su abuelita la sacó de la escuela, aduciendo que eso era lo que necesitaban saber las mujeres para trabajar. Mientras, a los hombres, en esa época, “los dejaban estudiar hasta cuarto o quinto de primaria, a mí sólo me dejaron estudiar hasta tercero”. A través de esta historia, se evidencia como la violencia física de sus tíos que le pegaban para que no estudiara, iba acompañada de violencia moral y legitimada por este mismo tipo de violencia de su abuela, que consideraba que las mujeres necesitaban menos estudios que los hombres para trabajar, aunque no sea mucha la diferencia de niveles alcanzados entre hombres y mujeres, según Mariana. Me cuenta que sólo uno de sus tíos terminó el bachillerato. En todo caso, la violencia física y la moral se entremezclaban con la violencia de dominación, que se constata en la superioridad otorgada a las capacidades de los hombres y a su necesidad de estudios. Mariana ahora además de reconocer esta violencia como injusta, con los años ejerció su capacidad de agencia y, siendo mayor de edad, terminó la primaria.

De su abuela, Mariana conserva varias fotografías. Durante su narración, las va pasando con detenimiento y me muestra para que la conozca. Aunque la recuerda con mucho cariño: “yo le decía mi mami. Ella fue la que me enseñó a trabajar, todas las labores del campo. Yo se lo agradezco”, también cuenta que su “mamita” era violenta: le reventaba la boca y la nariz en las palizas que le daba. Mariana dice que le pegaban “por desobediente y porque sí”. Sin embargo, pienso que también era por incompreensión ante las travesuras propias de una niña, pues a juzgar por lo que cuenta Mariana, era dedicada a su trabajo, pero por su edad le gustaba jugar. Mariana reconoce la violencia física, pero la considera legítima, pues explica que le pegaban por “desobediente” y, siendo un castigo merecido, más que asociarla con sentimientos de impotencia, lo asocia con sentimientos de resignación.



*Fotografía 2: Foto de la abuela de Mariana. Archivo Álbum de fotos de Mariana. Fecha probable: década de 1980.*

Al igual que de la abuela, Mariana era blanco de golpes de sus tíos, quienes le pegaban bajo cualquier pretexto. En ocasiones, hasta hacerla sangrar. Mientras tanto, ella sólo se preguntaba: “¿Por qué me pegan? ¿por qué a mí? ¿Yo qué he hecho para que me peguen así?” Mariana cuestionaba la violencia y por eso, no la legitimaba, pero no la entendía en todas sus manifestaciones y modalidades, pues se creía culpable de algo para recibir tantos golpes. Por esto y porque era todavía una niña, se sentía impotente ante la situación, sin saber o sin entender qué podía hacer.

Si bien, su abuela la acogió, le ofreció protección y una familia, con su indiferencia ante los golpes de los tíos, legitimaba los abusos que sufría Mariana (aunque en ocasiones la defendía). Otras veces también la golpeaba, porque creció en un entorno donde el “hombre era intocable” y la agresión era un camino legítimo para actuar. Esta situación permite vislumbrar cómo la violencia y el sufrimiento no impiden los afectos. Como cuando Hortensia aspira recuperar a la hija que había intentado ahogar o cuando Mariana busca a su madre con la intención de perdonarla. En el caso de Mariana con relación a su abuela, ella profesa muchísimo cariño por su “mamita”, ve con gratitud que le haya salvado la vida, le haya brindado otros tipos de protección y le haya enseñado a trabajar, quizá por eso justifica, aún ahora, las palizas. Esos afectos, también pueden surgir por desconocimiento, por ser las únicas formas de relacionamiento familiar conocidas, que imponen un orden social jerarquizado y donde quien representa a la autoridad es “sagrada”. En este sentido, esos afectos pueden revelar cierta complicidad de las víctimas con sus victimarios, ya que las

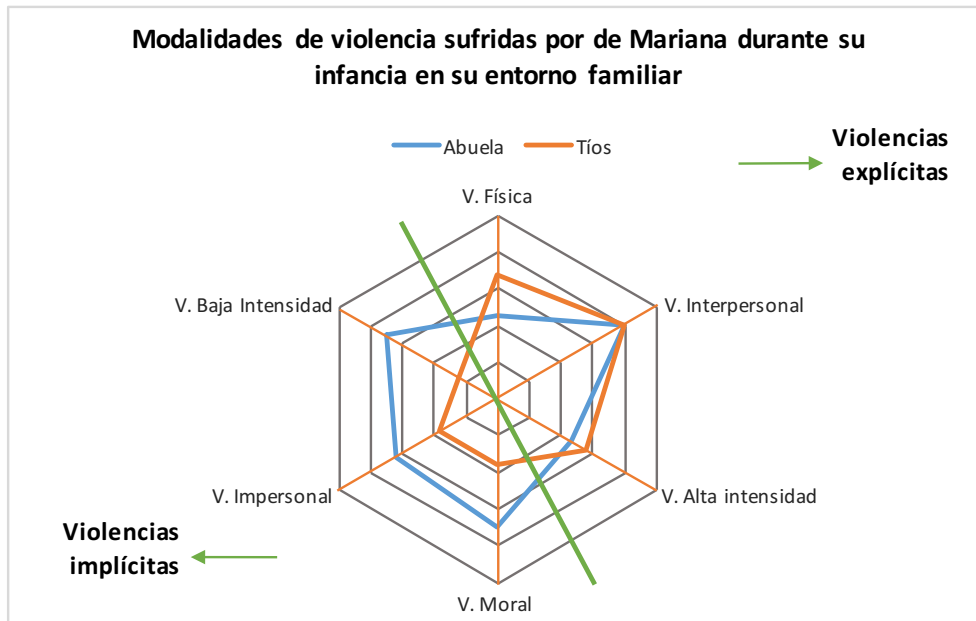
primeras se conciben a sí mismas con los esquemas de dominación de los segundos (Bourdieu, 2000a).

A los doce años, mientras cocinaba con leña para los obreros de la finca, uno de sus tíos cogió uno de los troncos que estaba utilizando para el fogón y le dio tal golpe en la cabeza que le abrió inmediatamente una herida que la bañó en sangre. Pero ella, ya cansada de ese trato, se atrevió a devolverle el golpe con el mismo ímpetu, de manera que su tío también sangró. A partir de ese día, me cuenta ella, no volvieron a pegarle, y ella aprendió que podía asumir una posición diferente – no tan sumisa – ante la agresión física.

En un contexto de violencias directas, tanto físicas como morales, por el rechazo de sus tíos, Mariana además de recibir violencia aprendió a ejercerla. Inicialmente, sólo había cuestionado la violencia. Luego, actuó con violencia para pararla. Si bien, la violencia trae violencia, en ocasiones, parecería necesario recurrir a ella, como en este caso, para frenar que siga escalando, pero también para exigir respeto, para hacerse valer o darse un lugar en su mundo social.

La idea de violencia cotidiana de Scheper-Hughes (1996), por la frecuencia y constancia con que se daban los maltratos; y la normalizada de Bourgois (2009a; 2009b), sirven para comprender las violencias indirectas que sufría Mariana en su entorno familiar. Mariana recibía golpes a diario y en su familia era habitual el maltrato físico, así como levantarse la voz o decirse ofensas. Esta forma de relacionamiento violento promovía la rutinización de las conductas y una ética peculiar (Scheper-Hughes, 1996), que hacía parte de la cotidianidad esta familia. Para ellos, la violencia era un camino legítimo para actuar, por eso no competía con los afectos o la solidaridad. Marina, a pesar de haber sido permanentemente maltratada, asegura querer mucho a su abuela.

En la gráfica 3, represento las modalidades de violencia que sufre Mariana en su entorno familiar a lo largo de su infancia. Con la línea azul está representada la violencia de la abuela y con la línea naranja, la de sus tíos:



Gráfica 4: Modalidades de violencia sufridas por Mariana en su entorno familiar durante su infancia.

Como muestra la gráfica, hay manifestaciones tanto físicas como morales de la violencia. Con la línea azul está representada la violencia ejercida por la abuela y con la naranja, la de los tíos. Mariana fue víctima de continuas agresiones físicas, directas y de intensidad media (en comparación a formas extremas de violencia como la guerra), que atentaban contra su integridad corporal, a causa de los continuos golpes y palizas hasta sangrar, que le propinaban principalmente sus tíos, pero también su abuela. Por eso, la línea naranja en el radio de la violencia física, se encuentra en un nivel superior que la línea azul.

No obstante, Mariana también fue víctima de violencia moral. Sus tíos herían su dignidad, de forma directa con agravios y comentarios con los que la subestimaban por ser mujer: ellos la golpeaban para que no estudiara, porque consideraban que, como mujer, no lo necesitaba; la misma razón que usó la abuela para sacarla de la escuela, porque ya sabía lo que necesitaba como mujer, para trabajar. Pongo la línea azul, que representa la violencia de la abuela en un nivel superior de violencia moral, para representar las veces en que su abuela permitió que sus tíos la golpearan, sin intervenir.

En estos ejemplos, se articulan diversas formas de violencia, pues las violencias interaccionales descritas hasta ahora estaban soportadas por violencias impersonales, como las violencias estructurales – de clase y de género – que afectaban a todos. Como expuse anteriormente, la escasez y las precarias condiciones de vida del entorno familiar, obligaban a todos, desde niños, a trabajar la tierra; pero, asimismo, la escasez propiciaba un ambiente agresivo y marcaba los comportamientos con formas violentas de relacionarse. La violencia estructural de género presente en el contexto rural en que vivían avalaba los golpes e insultos de los tíos, así como que la abuela no interfiriera

cuando le pegaban a Mariana. La línea de color azul, en el radio de la violencia estructural se aproxima al exterior, porque había una clara asimetría entre hombres y mujeres, que era fomentada por la misma abuela. Los hombres gozaban de ciertos privilegios como dormir en cama, mientras las mujeres lo hacían en esteras en el piso; tener más años de escolaridad; estar exentos del trabajo doméstico – mientras las mujeres hacían ambos: el trabajo del campo y el doméstico -; entre otros. Las violencias directas tenían su soporte en la violencia de dominación a través de sistemas de símbolos (*Bourdieu, 2000b*) propios de la cultura y del momento histórico en que sucedieron las cosas, que imponían dicho orden jerarquizado a través de la agresividad. Esta violencia, a su vez, avalaba el abuso de autoridad por parte de los abuelos y los tíos quienes, al ejercer la violencia, también eran víctimas de su entorno social.

### **2.1.3 Sufrir la violenta sin comprenderla**

Cuando ya los tíos habían conseguido sus propias fincas y se habían ido, no había quien trabajara la finca. Entonces, me cuenta Mariana, la abuela contrataba, de vez en cuando, jornaleros para que trabajaran la tierra, le hicieran el ordeño y todo lo que necesitaba. Según la costumbre, era habitual, entre los campesinos propietarios de fincas, contratar peones para que les hicieran los trabajos más duros. Mariana cuenta que les preparaba el almuerzo y también se encargaba “de ordeñar las vacas, cuidar marranos, gallinas, darles de comer a los animales”, trabajaba como uno de ellos. Lavaba la ropa y hacía “todo lo que le pusieran a uno mis abuelitos. Y gracias a Dios porque nos enseñaron a trabajar”.

El abuelo trabajó en la finca, hasta que se fue a vivir a otra que compró cerca de donde vivían algunos de sus hijos hombres. Ellos ya se habían organizado o casado y tenían sus propias fincas. Mariana dice que el abuelo era de carácter difícil y que por eso se fue. Aun así, caminaba dos horas y media, una vez al mes, para ver a la abuela. De manera, que Mariana, siendo la menor, cuando creció se quedó sola con la abuela trabajando el campo, hasta que, a sus 17 años, calcula ella, prefirió irse a Bogotá a probar suerte. Su abuela le insistió en que se quedara, pero de nada le valió, así que viéndose sola y, cansada del trabajo, prefirió vender la finca e irse a vivir a Bucaramanga, donde estaban algunas de sus hijas.

Mariana no fue registrada al nacer. Estuvo indocumentada hasta los 17 años que salió a trabajar en Bogotá y necesitó cédula. Pero como no tenía papá y su mamá la había abandonado, tampoco tenía apellidos. Logró sacar la cédula de la forma más paradójica. Lo hizo con ayuda del marido de su mamá quien, por ayudarla, le “dio” los apellidos: es decir, el hombre por quien la

mamá la abandonó quedó registrado como su padre. Como no sabían con exactitud cuándo había nacido - entre otras cosas, en casa de sus abuelos, no acostumbraban a celebrar los cumpleaños - en su familia le calcularon la edad con relación a la menor de sus tías y la fecha de nacimiento con relación a la de una prima que piensan que es un año mayor y que nació en agosto. En consenso familiar y un poco adivinando, definieron su fecha de nacimiento: el 20 de agosto de 1958 y así quedó registrada en su cédula.

Aunque en esa época, era más común que las personas en el campo no se registraran, ante el Estado, ella era un ser inexistente. Más allá del trámite civil, no tener apellidos y no tener claridad de su fecha de nacimiento, puede ser interpretado como una forma de violencia moral que ha afectado su sentido de dignidad y ha atentado contra sus necesidades de reconocimiento (Galtung, 1969; 2017) como ciudadana sujeta de derechos. Sin embargo, Mariana en el momento en que sucedieron las cosas, no las reconocía como violentas. Antes de haber necesitado cédula, no se había planteado la necesidad de tener apellidos, de saber cuándo era su cumpleaños o su edad. Ahora sí cuestiona esta situación y la cuenta con melancolía, pues le recuerda que fue abandonada por sus padres. Esto se ve más en sus gestos y el tono triste de su voz que en sus palabras mismas, pues verbalmente expresa poco sus sentimientos interiores. Sofía, su hija, me explica que ellos tienen apellidos diferentes a los del resto de su familia (refiriéndose únicamente a los tíos de su mamá, con quienes ella creció; no toma en cuenta a los medio hermanos, porque con ellos su mamá no se relaciona). Su mamá es Mariana Ríos Moreno, pero considera que debería tener los apellidos del resto de sus tíos, que son Salazar Hernández<sup>17</sup>. El segundo apellido Mariana difiere del resto de sus tíos, porque Hortensia, su mamá, es hija de un hombre distinto al abuelo con quien Mariana creció.

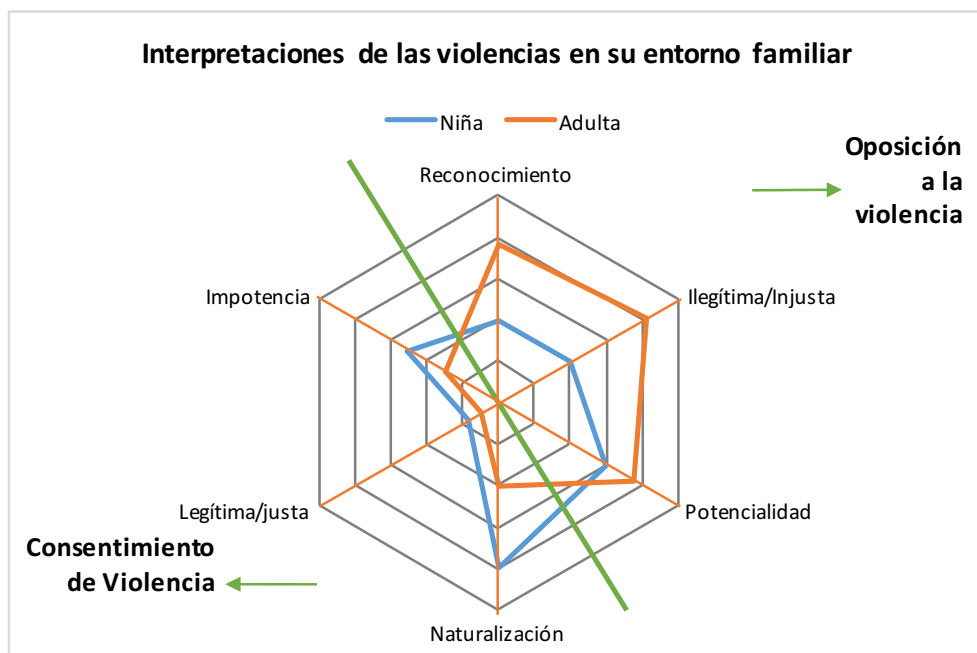
A lo largo del tiempo, Mariana ha reflexionado sobre las experiencias de violencia. Siendo mayor, las interpreta de manera distinta. En ese sentido, mientras vivió con sus abuelos reconocía la violencia física y moral, y me transmite hoy la ingenuidad con que la cuestionaba: “¿Por qué a mí? ¿Yo que he hecho para que me golpeen así?”. Pues sentía la injusticia sin comprenderla. En algunos momentos de su vida, se mostraba impotente ante su desdicha, pero conforme iba creciendo, aprendió que podía defenderse y que era válido poner límites o hacerse valer. Por eso, según lo que me cuenta ahora, fue asumiendo una posición activa para defenderse de las

---

<sup>17</sup> Al igual que los nombres de las personas entrevistadas, los apellidos también han sido modificados para resguardar su identidad.

agresiones. En la actualidad, devolviendo su mirada al pasado, reconoce como injustas algunas situaciones que vivió en casa de sus abuelos, como, por ejemplo, que los hombres pudiesen estudiar más tiempo, que a ellos se les sirviese primero la comida; que sus tíos tuvieran cama mientras ella dormía en una estera en el piso, que ellos tuvieran derecho a golpearla sin que nadie interviniera. En el momento en que sucedieron, ella las aceptaba sin cuestionarlas, aunque le doliera que sucedieran. Ahora, las rechaza y comprende que las cosas pueden ser diferentes, que nadie tiene derecho a golpearla o a humillarla.

Este cambio de perspectiva de sus interpretaciones a lo largo del tiempo se puede evidenciar a través de la gráfica 5. Esta gráfica representa las interpretaciones de Mariana en relación con las violencias que sufrió durante un periodo largo de tiempo: su niñez y pre-adolescencia. Por lo que, en el análisis que hago a continuación, procuro incluir los distintos matices que surgen de las diferentes eventos violentos y sus victimarios.



Gráfica 5: Interpretaciones de Mariana sobre la violencia ejercida por su familia.

El primer eje – el del reconocimiento de la violencia como violencia – de acuerdo con lo relatado por Mariana, pasa de la naturalización de la violencia cuando era niña, a reconocer parte de esta cuando es adulta. Con los años, ella ha ido tomando mayor conciencia de la violencia física y moral que sufrió siendo niña a manos de sus tíos y abuelos. Durante su niñez recibió golpes de su familia, que si bien, era la forma habitual de tratarse en su entorno familiar,

ella cuestionaba la irracionalidad de la violencia física que le infringían. Aunque reconocía parcialmente esa violencia, estaba habituada a ella.

En su infancia, conforme la educación que recibía era “normal” que los hombres gozaran de ciertos privilegios que las mujeres no tenían, ideas que ella fue incorporando y asumiendo como naturales. Si bien, cuando sus tíos no le permitieron ir a la escuela ella evadió esas dificultades; cuando su abuela decidió que por ser mujer no necesita seguir estudiando, Mariana se sometió a esta decisión. En ese momento, no la cuestionó ni protestó, simplemente la aceptó. La autoridad de la abuela y el afecto que le tenía, fueron razones para que Mariana no reconociera en ese momento la dominación masculina de la que estaba siendo víctima y tampoco la considerase injusta. En la actualidad, la cuestiona de manera parcial, de hecho, excusa a su abuela diciendo que “gracias a Dios” le enseñó a trabajar, aunque la haya maltratado.

En el segundo eje – el de la legitimidad de la violencia – ayuda a ilustrar cómo, Mariana en su niñez, consideraba injusto que la trataran así, por eso, en parte, su capacidad de agencia – representada en el tercer eje – ante la violencia física consistía en reflexionar en las razones de ese maltrato y en correr para evitar que le pegaran, hasta que se sintió capaz de golpear ella también. A partir de ese momento, ganó en respeto ante sus tíos que dejaron de pegarle y asumió una conducta menos sumisa ante ellos<sup>18</sup>.

En la gráfica, con la línea naranja, vemos representadas las interpretaciones de Mariana en la actualidad. Luego de años de reflexión, Mariana es mucho más consciente de las violencias a las que estuvo sujeta. Este aumento del reconocimiento de la violencia, lo vemos en el primer eje: la línea azul, que representa las interpretaciones durante su niñez, evidencia la naturalización de la violencia, mientras que la línea naranja indica el reconocimiento de esta. La violencia física es retrospectivamente más visible para ella, que cuando sucedieron las cosas, gracias al cúmulo de experiencias y a que se dio cuenta de que puede y debe hacerse valer. Asimismo, en la medida en que “reconoce” aspectos la violencia moral y de la dominación masculina, comprende que creció en una cultura “machista”, como ella la llama, basada en la asimetría en el trato entre hombres y mujeres en casa de sus abuelos que, a su vez, justificaba los golpes.

Como vemos en el segundo eje, al mismo tiempo que ella ha “reconocido/ identificado” las violencias de las cuales fue víctima, también las ha deslegitimado. La violencia física no la tolera de ninguna manera; mientras que la moral, la identifica en algunos aspectos, pero otros no los reconoce. Por

---

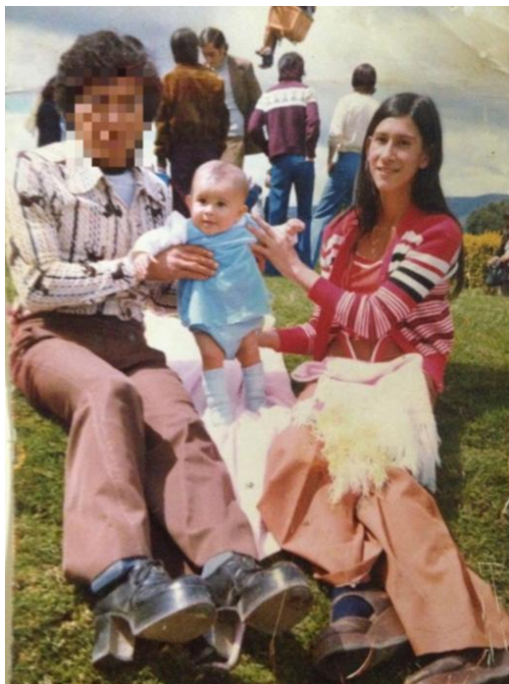
<sup>18</sup> En el eje de la potencialidad ante la violencia, representé con una media (o un promedio) que me permitió mezclar en una misma línea los dos momentos de las interpretaciones de Mariana sobre los maltratos que recibió de sus tíos, teniendo como hito la ocasión en que ella se sintió capaz de golpear a su tío. Preferí hacerlo así, aunque podría haber hecho dos líneas para ilustrar el antes y el después de la contra-violencia.

ejemplo, aunque actualmente comprende que creció en una cultura que privilegiaba a los hombres y eso le parece injusto, conserva algunas prerrogativas para ellos, como darles a sus hijos y nietos un trato preferente en el hogar y no permitirles hacerse cargo de las tareas domésticas.

El último eje, sobre su capacidad de responder a la violencia, en la actualidad, sus sentimientos con relación a la violencia han cambiado, ahora que la identifica con más de claridad, siente que podría haberse opuesto más a la violencia y desea haber tenido una infancia distinta, sin tanto maltrato. Por eso, en la familia que ella conformó, cambió los esquemas de relacionamiento habituales en casa de sus abuelos, ahora entre sus hijos y sus nietos se relacionan sin formas explícitas de violencia física.

## **2.2. Del campo a la ciudad: un continuo de violencias en escenarios urbanos.**

En una de las primeras entrevistas, en medio de risas, la simpatía de todos y los encantadores relatos familiares, me llamó la atención que la abuela, cuando me mostraba sus fotografías, hablaba como si todos sus nietos tuvieran un mismo abuelo y, en general, evitaba mencionar al padre de sus hijos, aunque aparecía en algunas fotografías. Por un comentario de una amiga suya, que estaba presente durante la entrevista y mientras mirábamos las fotografías, me enteré que tuvo dos parejas en su vida; y, a través de una entrevista con la hija, supe que ella añoraba casarse y constituir una familia sólida. Pero, en realidad, nunca logró mantener una relación formal ni estable con alguno de los padres de sus tres hijos. A mi parecer, por su inicial silencio y evasión del tema, tenía miedo a ser juzgada, pero también esto le avergüenza y le duele. Pues, a través de esta situación, percibí la tensión interior de Mariana por no haber logrado el tipo de familia conyugal con la que soñaba; así como el sufrimiento, por la sensación de fracaso ante las dificultades que se le presentaron para alcanzarlo.



*Fotografía 3: De izquierda a derecha: Luis, primer esposo de Mariana, cargando a Sofía, su hija mayor; y Mariana. Archivo: Álbum familiar de Mariana. Año 1978.*

Luego de que su amiga lo mencionara, Mariana empezó a hablar de este tema con tranquilidad y, en una siguiente entrevista, en que estábamos sólo las dos, pude preguntarle directamente sobre esta situación. Con esto, volví sobre mi inquietud ¿por qué conservar algo que te recuerda o te reaviva el sufrimiento? Pues bien, en la foto, sobre la que estábamos hablando, Mariana no está sólo con su primera pareja, sino con su hija mayor. Es, por tanto, un recuerdo tierno de los primeros meses de su bebé, aunque también le rememora momentos de padecimiento por la indiferencia de su esposo y la inestabilidad de la relación. Sin embargo, esta foto muestra una familia feliz, en un día de descanso, en un parque, al sol. Sus rostros traducen placidez. Los papás sentados uno junto al otro, con su hija en medio, a quien sostienen entre los dos, da la impresión de estar unidos, de ser un buen recuerdo de un momento alegre. Posiblemente lo fue, pero terminó empañado por el continuo de violencias (Scheper-Hughes & Bourgois, 2003) a las que se vio enfrentada Mariana.

Mirando una foto del día del bautizo de su segundo hijo, en la que está con el papá del niño y los padrinos, en una iglesia al sur de Bogotá, Mariana relata cómo fueron sus primeros meses en Bogotá y cómo conoció a Luis, su primera pareja. Estando ya en la capital colombiana, empezó a trabajar en una casa de familia donde estuvo durante un año. Me decía que lloraba con frecuencia

y que todo en la ciudad le asustaba. Le daba miedo salir sola, no sabía qué buses tomar, entonces se pasaba encerrada en la habitación que usaba donde trabajaba. La señora de la casa, preocupada, le preguntaba con frecuencia qué le pasaba, por qué lloraba tanto o intentaba ayudarla. Estuvo ahí durante un año, pero luego decidió irse a vivir donde un tío en Bosa, al sur de Bogotá. Estando allá le salió la oportunidad de trabajar como operaria en una fábrica de curtiembres, pero como no tenía cédula no la podían contratar. Fue en ese momento cuando regresó a Bucaramanga para registrarse y sacar la cédula.

Entró a estudiar por las noches para terminar la primaria. En el instituto donde estudiaba conoció a Luis con quien entabló pronto una relación amorosa. Me cuenta hoy que, estando sola, lejos de la familia con la que creció, él suplía esa necesidad de compañía y pasó a ser muy importante para ella. Al año de conocerse, se fueron a vivir juntos, ella con la esperanza de casarse.



*Fotografía 4: Foto del día del Bautizo de Jorge, el segundo hijo de Mariana. Atrás, de izquierda a derecha, Luis y Mariana. Adelante, los padrinos cargando al niño. Año 1981.*

Interrumpiendo su relato de esta época de su vida, Mariana mira con detenimiento la foto del bautizo de su hijo, en la que tanto padres como padrinos aparecen muy serios, ninguno sonríe. De hecho, a mi parecer, Mariana se ve triste y es la única que no mira hacia la cámara, está como ausente. Tanto los adultos como el niño visten atuendos formales, en especial los padrinos. El

padrino lleva traje y corbata; la madrina, blusa elegante y chaqueta con corte americano. El papá lleva una camisa a cuadros de cuello muy ancho y el pelo rizado, de moda entre la década de los 70 y 80. La fotografía denota sus años por unas manchas amarillas, de humedad.

Viendo la imagen es imposible descubrir la carga emocional y las paradojas que contiene; siendo un rito de paso y una ceremonia religiosa, se podría pensar que se trata también de una celebración de la unidad familiar. Además, por la forma cómo Mariana me la mostró, se detuvo a mirarla, sin pasar rápidamente como con otras, pensé que podría traerle recuerdos tiernos relacionados con la infancia de sus hijos. Pero la realidad es todo lo contrario. Esa imagen está cargada de pesares y del sueño no cumplido de constituir un hogar. Mariana me contó que, luego de la ceremonia, fueron a casa de los padrinos a celebrar, pero su esposo se puso a coquetear y a bailar con un par de mujeres. Ella recogió sus cosas y se fue a su casa con sus hijos; él llegó a los dos días. Ella dice que eso no era problema porque trabajaba como operaria en una fábrica, tenía su sueldo y podía organizarse con independencia de él. Pues, para aquel entonces, las cosas entre los dos estaban mal, tenían muchos problemas porque “él era muy perro”.

Al parecer, para Luis, como para algunos hombres, el hecho de tener más de una mujer al mismo tiempo o de tener más de un hogar, es una forma de mostrar su masculinidad y su valía. Estas prácticas se entienden en el marco de una forma particular de dominación masculina, avalada en una estructura cognitiva (Bourdieu, 2000b), según la cual algunos hombres tienden a ver como inferiores a quienes considera débiles como las mujeres, los niños e, incluso, otros hombres que no gozan de sus mismos privilegios. Esto, a su vez, se enmarca en un modelo de “masculinidad hegemónica”<sup>19</sup>, que asocia a los hombres con formas de poder y consiste justamente en poner al principio masculino como punto de referencia de todo, obliga a los hombres a probar su hombría y a demostrar así su supuesta “superioridad masculina” (Schongut, 2012; Soto, 2013; Azamar, 2015; González 2016). Conforme a esto, la masculinidad es permanentemente evaluada y constatada – como, en este caso, por el hecho de tener más de una mujer al mismo tiempo. No obstante, esta forma de proceder de Luis, más que favorecerlo, lo convertía en un padre despreocupado e inestable, que violentaba permanentemente a su esposa e hijos. Esta visión de masculinidad puede ser calificada como irresponsable y, en este sentido, ser interpretada como una

---

<sup>19</sup> Aunque, a partir de la década de 1990 se desarrolla la categoría de masculinidades, por evidenciar que no existe un único patrón que moldee la masculinidad (Machado Martínez, 2016), aquí propongo los principales rasgos de una “masculinidad hegemónica” entre otras posibles.

“masculinidad tóxica” (Sinay, 2006), por las consecuencias negativas en la vida de Luis y su familia.

Aunque Luis no maltrataba físicamente a Mariana, sí atentaba contra la dignidad de su esposa. La intensidad del daño y del sufrimiento cobraban matices más fuertes en la medida en que Mariana estaba enamorada de él y esperaba ser correspondida. Ella reconoce hoy el sufrimiento que le causó Luis a través de sus infidelidades, las cuales desaprobó desde un inicio. Además, sintiéndose agredida moralmente por el coqueteo de Luis con otras mujeres durante la celebración del bautizo de su hijo, se fue. El hecho de irse podría ser interpretado como una forma de sometimiento pasivo (como un reconocimiento de la impotencia). Pero otra lectura es posible: una forma de resistencia pasiva, asociada, en alguna medida, a un sentimiento de potencialidad, como forma de no cooperar, hasta cierto punto, con la violencia moral ejercida por su esposo sobre ella y sus hijos.

Ella y Luis vivían en arriendo en una habitación dentro de una casa. A veces pasaban días sin que se vieran porque ella trabajaba durante el día y él tenía turnos por la noche en otra fábrica. Mariana, con el tiempo, descubrió que llevaba a otra mujer a dormir con él durante el día en su propia cama, mientras ella no estaba y que la dueña de la casa los alcahueteara. Hoy, Mariana expresa su sufrimiento diciéndome: “eso no es vida, es un infierno”. Pues reconoce que era violentada moralmente y lo rechazaba. Pero este reconocimiento y esta desaprobación no constituyen interpretaciones y sentimientos retrospectivos, son los mismos sentimientos que ella vivía en ese momento y que ahora, con las fotografías y los relatos, re-vive nuevamente con la misma intensidad. Sin embargo, ella no se oponía activamente a todas las humillaciones que sufrió durante los siete años que vivió con Luis, quien desaparecía durante dos o tres días y volvía como si no tuviese un compromiso con ella y sus dos hijos. Con eso, él atropellaba moralmente a su familia, pues con su comportamiento atentaba contra la necesidad de reconocimiento de Mariana y sus hijos (Galtung, 1969; 2017). Luis ponía a su esposa en una posición subordinada a él, le decía implícitamente que ella – como mujer y como esposa – no era suficiente y, por eso, buscaba otras mujeres. Y asumía la actitud de “macho”, para afirmar su hombría, en sentido de “capacidad reproductora, sexual y social” (Bourdieu, 2000b, pág. 68).

En una ocasión, Luis se cambió y acicaló frente a ella para encontrarse con otra mujer. Me cuenta ella que, cuando Sofía, la mayor de sus hijos, tenía apenas dos meses de nacida, se le enfrentó por irse con otra. Cuando él llegó a la casa, le lanzó 4.000 pesos sobre la cama, lo cual

era mucha plata en ese momento. Mariana me explica que, tanto hoy como en el momento de los hechos, era un gesto cargado de violencia contra ella: Luis quería contentarla, comprar su silencio o su sumisión, o mantenerla al margen de, como lo dice ella, sus “sinvergüencerías”. Pues acto seguido, se cambió de ropa, se peinó muy bien y salió de nuevo. Pero ella, con más carácter del que él suponía, se dijo: “este tiene la moza por aquí”. Organizó bien a su hija entre almohadas para evitar que se cayera de la cama y fue tras él.

Este suceso me sirve para mostrar que Mariana reconocía y condenaba la violencia que ejercía su marido, así esta fuera una violencia moral y de baja intensidad. Y, en esta ocasión particular, ella se sintió con una capacidad de reacción suficiente para seguirlo y confrontarlo. Sin embargo, otras historias muestran que su sentimiento de potencia ante estas violencias era, de manera general, muy limitado. Ella cuenta que, en la mayoría de los casos, aceptaba las humillaciones de su marido, sin dejar de sufrir internamente. En ese caso, sin embargo, se decidió a enfrentarlo, asumiendo la posibilidad de ejercer una resistencia activa, a riesgo de sufrir más violencia.

Mariana, escondida desde una cabina telefónica, lo vio entrar en una tienda y salir con una niña a quien le calculaba unos 14 años. En ese momento, él tendría unos 25. Ambos se pararon a conversar al pie de la cabina, entonces, ella me cuenta: “yo salí y esa china corrió, habrá sabido quién era yo”. Antes de que él pudiera hacerle algo: “Yo cogí un ladrillo de esos que ponían al pie de los teléfonos públicos para alcanzar a marcar y le dije: ‘usted me toca y yo le volteo la jeta de un ladrillazo’”. Él la soltó y ella, en seguida, mientras su esposo se escondió en un terreno baldío que había ahí cerca, entró en la tienda a quejarse con el tendero, que era el papá de la niña. El hombre sacó un arma y salió a buscar a Luis, pero se devolvió antes de llegar a donde se encontraba. Mariana no sabe por qué, solo supone habría recapacitado y querría evitarse problemas con la policía. En vez de buscar a Luis, reaccionó dándole una paliza a sus dos hijas y a la mamá, frente a todos los espectadores que tenían a su alrededor.

Como decía, Mariana en esta ocasión había decidido enfrentar de forma directa la violencia, y esto produjo más violencia. Ella misma ejercía violencia contra Luis, amenazándole con un ladrillo en la mano (aunque lo hacía para defenderse ante la posibilidad de ser atacada por él). Pero, la acusación de Mariana ante el tendero generó más violencia: este hombre golpeó a la amante de su esposo; a la hermana y a la mamá también, aduciendo que todas eran unas sinvergüenzas. Me parece, en este sentido, que la acusación de la infidelidad de su esposo con el

padre de la joven reflejaba las lógicas de dominación masculina en las que Mariana fue educada. Contrario a lo que se hubiera podido esperar, ella no reprochaba lo sucedido al mismo Luis sino a la mujer adolescente: le dijo al papá con ira, que “educara bien a su hija”. Era una manera de presentar el ejercicio de paternidad como una tarea de control sobre las mujeres: hijas o esposas. Implícitamente, la principal responsable de la situación (y la que, efectivamente, fue castigada) era ella. De este modo, de nada le valía enfrentar a Luis porque él siguió saliendo con otras mujeres.

Mariana afirma que fue la única vez que confrontó directamente a su esposo al respecto de sus infidelidades, porque su hija estaba recién nacida. Pero el resto del tiempo que vivieron juntos, no volvió a sacárselo en cara. De hecho, a veces ella le hacía la comida y se la dejaba servida y ahí podía quedarse dos y tres días, porque él no volvía a la casa. Ella dice que no se angustiaba ni lo iba a buscar, porque ya sabía que estaba con alguna otra mujer:

Era muy perro. Nosotros duramos como 7 años, pero no... a veces duraba 3 días que a la casa no llegaba, yo me iba a trabajar y llegaba por la noche y la comida que le dejaba, ahí amanecía. No viví más con él por eso. Yo me iba a trabajar, no me angustiaba porque ya sabía que andaba por ahí. No me ponía a buscarlo ni a preocuparme ni nada. (Comunicación personal, 17 de enero de 2018)

Esta situación, que otras considerarían como inadmisibles, pasó a ser parte de las dinámicas de su cotidianidad, en forma de sufrimiento para Mariana, quien reconocía como injusta esta forma de violencia, pero se sentía impotente ante ella. Mariana había aprendido de su abuela, cuando era niña, que: “el hombre no se toca”. Acorde a esto, la opción que debía seguir era sufrir en silencio, haciéndose ella misma cómplice de su victimario. Aunque Mariana reconocía la violencia, se sentía impotente ante esta, y, con ello, la legitimaba.

Otras veces, cuando Luis llegaba tarde por la noche, Mariana salía de su sensación de impotencia y ejercía resistencia pacífica: no lo dejaba acostarse con ella. Entonces él se hacía en la cama cuna de la niña, en la sala de la dueña de casa o se volvía a ir. Esta era la protesta de Mariana, ante la violencia a la que se enfrentaba a diario. Sin embargo, el comportamiento de ella era paradójico: aunque se rebelaba contra él no dejándole acostarse a su lado, le permitía volver a la casa luego de dos o tres días sin aparecer, situación que se repitió durante siete años. Asimismo, Mariana reconocía de forma implícita la autoridad de Luis: le hacía la comida incluso cuando no llegaba y lo atendía cuando estaba. Es decir, consideraba injusta la infidelidad de Luis, pero aceptaba su sometimiento ante él.

La complejidad de esta situación se entiende mejor a la luz del ideario de hogar conyugal que tiene Mariana, relacionado con el papel femenino de hacerse cargo del servicio doméstico: “Yo llamo un hogar estar en las buenas y en las malas, que llegue su esposo de trabajar y usted lo atienda”. Después de siete años de sufrimiento, Mariana me explica que finalmente decidió terminar con eso, salir de la situación de impotencia y separarse definitivamente de Luis: “Eso no es vida, eso no es un hogar. Dos, tres días sin que aparezca, eso no es una vida, ni un ejemplo para los hijos. Eso es un infierno que uno vive”. Luis volvió a buscarla en otras ocasiones con intención de que volvieran a estar juntos, pero Mariana nunca le permitió que se quedara de nuevo en su casa, ni aceptó irse con él:

Cuando él viene aquí me dice: ‘¿qué más, mi amor?’. Yo le respondo: ‘Sí señor’. ‘¿Por qué no me ha llamado?’; ‘Porque no me ha quedado plata para llamar...’; ‘Usted trabaje y trabaje y chilla más que una caja de pollos’. ‘Eso es problema mío’. O me dice: ‘¿Cuándo viene?’; ‘¿A qué me voy a allá? Más bien mándele saludos a su señora, dígame que se cuide’. Pero qué voy a hacer yo allá con un tiesto de esos que no lo valoró a uno, ahora sí quiere que uno corra. (Comunicación personal, 17 de enero de 2018)

Aunque ella decía que no le angustiaban las ausencias e infidelidades de Luis, es evidente que sí la violentaban: no sólo en su honor o vanidad femenina, sino también porque iban en contra del proyecto de familia que ella deseaba lograr. Las condiciones de realización de un hogar conyugal como lo deseaba Mariana, en su relación con Luis, estuvieron muy por debajo de las condiciones potenciales (Galtung, 1969; 2017). Durante ese tiempo, Mariana reconocía las formas más directas y visibles de violencia, pero aquellas formas de dominación, legitimadas por aspectos culturales y simbólicos (Bourdieu, 2000a), a veces no las percibía. De su desconocimiento o de su incapacidad para percibir esos aspectos culturales, en ese momento concreto, dependían sus sentimientos y reacciones ante la violencia. Ante esas formas más patentes, respondía principalmente con resistencia y, ante aquellas menos perceptibles, con sometimiento. Actualmente, luego de reflexionar y repensar durante años sobre sus experiencias, Mariana cuestiona parcialmente la educación que recibió, porque favorecía el orden social masculino, así como también, continúa rechazando a Luis porque no la valoró. Esto demuestra que Mariana ha sufrido a lo largo del tiempo por la infidelidad de Luis, de maneras distintas y de forma persistente.

Una vez, Mariana descubrió que su esposo andaba con otra, porque cuando sonó el teléfono de la casa ella se adelantó a contestar y resultó ser una de sus amantes. La mujer que llamó había tenido un aborto e iba para el hospital. Mariana se opuso a que Luis fuera a verla y él, de la rabia,

intentó golpearla. Pero ella me explicó que, como la habían golpeado tanto durante toda su vida, el sólo hecho de pensar que él también quería pegarle, la llenó de ira. Con el palo de la escoba y cuantas cosas se le cruzaron, se defendió y le pegó a Luis, quien finalmente desistió. No fue a ver a la otra mujer, sino hasta la mañana siguiente y, como siempre, regresó a los dos días. Mientras tanto, Mariana permaneció sufriendo en silencio. Ella era radical ante la violencia física, no la toleraba. Había aprendido a terminar con esta siendo niña, ejerciéndola cuando se atrevió a golpear a uno de sus tíos. Pero, los otros tipos de violencia no eran tan visibles para ella, ni sabía cómo pararlas. De pronto, porque había crecido en un contexto que promovía el orden social masculino; de pronto, porque estaba apegada a su sueño de constituir un hogar como el que nunca tuvo. En todos los casos, sentía que de nada le servían sus esfuerzos por evitar las infidelidades de Luis.

Durante nuestra conversación, Mariana me muestra una foto grande<sup>20</sup> del rostro de su primer esposo<sup>21</sup>. Es a blanco y negro, está un poco deteriorada y muestra la cara de un hombre joven, con abundante pelo oscuro y rizado. Cuando le pregunto por qué conserva esa fotografía si le trae tantos malos recuerdos, me dice que es por sus hijos, que ella sí tuvo intención de romperla (de hecho, la imagen está rasgada), pero que Sofía le pidió que no lo hiciera. Me comenta que su hija quiere a su papá: “Así él nunca le haya dado nada”. En cambio, Jorge, su otro hijo no. Todavía conserva mucho rencor en el corazón por el abandono y la dolorosa infancia que vivió. Aunque Mariana dice que le da igual, a mi parecer no es muy convincente: la forma cómo lo expresa, un tono de su voz rencoroso al mencionar que su hija sí quiere a su papá y los relatos de Sofía, muestran más bien que le incomoda la afinidad que su hija siente por su padre.

Me parece llamativo que, aun así, haya conservado durante tanto tiempo esa fotografía. De hecho, de otra pareja que tuvo más adelante en su vida, no conserva imágenes. Lo que me lleva a pensar que quiso mucho a Luis y conservar su foto era una forma de mantener la esperanza de que cambiara y volviera para quedarse.

Cuando le pregunto por qué se había ido a vivir con Luis si andaba con tantas mujeres al tiempo, me dice que, cuando lo conoció, parecía juicioso. Se conocieron en un Instituto en el que ambos estudiaban, para validar la primaria. Antes de vivir juntos, salieron por un año, en el que

---

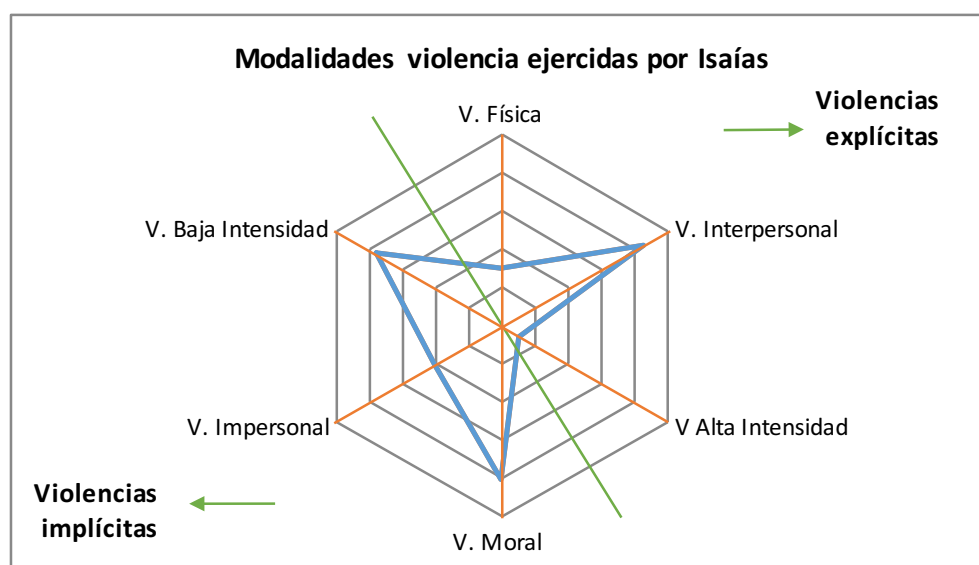
<sup>20</sup> No incluí esta foto en el relato, porque nunca pude hablar con Luis para solicitarle autorización para usarla y porque tanto Mariana y Sofía preferían que, en concreto, esta foto no la incluyera.

<sup>21</sup> Utilizo la palabra “esposo”, aunque no estuvieran casados, porque Mariana se refiere así al hablar de él.

Mariana lo veía en el Instituto e iba de sorpresa a visitarlo en su casa para ver en qué andaba y siempre lo encontraba solo y tranquilo. Jamás se había imaginado lo que vendría.

Mariana salió de la dominación masculina de la vida del campo, con sus tíos y abuelos, para pasar a vivir otra manifestación de dominación masculina, esta vez ejercida por su pareja. Se trata de un continuo de violencias y sufrimientos (Scheper-Hughes & Bourgois, 2003) pues, aunque Mariana deja de recibir golpes físicos, continúa siendo víctima de otras manifestaciones de violencias de dominación. Su pareja la maltrata moralmente con su infidelidad y la indiferencia ante sus sentimientos y sufrimientos, a causa de eso. Tanto esto, como las constantes ausencias de Luis, atentan contra el ideal de hogar que Mariana desea construir.

Con la gráfica 6, presento de manera simplificada la configuración de modalidades de violencia ejercidas por Luis, en la relación de pareja con Mariana. Esta gráfica también me servirá para comparar más adelante, las modalidades de violencia sufridas por su hija, en una situación similar.



Gráfica 6: Modalidades de violencia ejercidas por Luis contra Mariana.

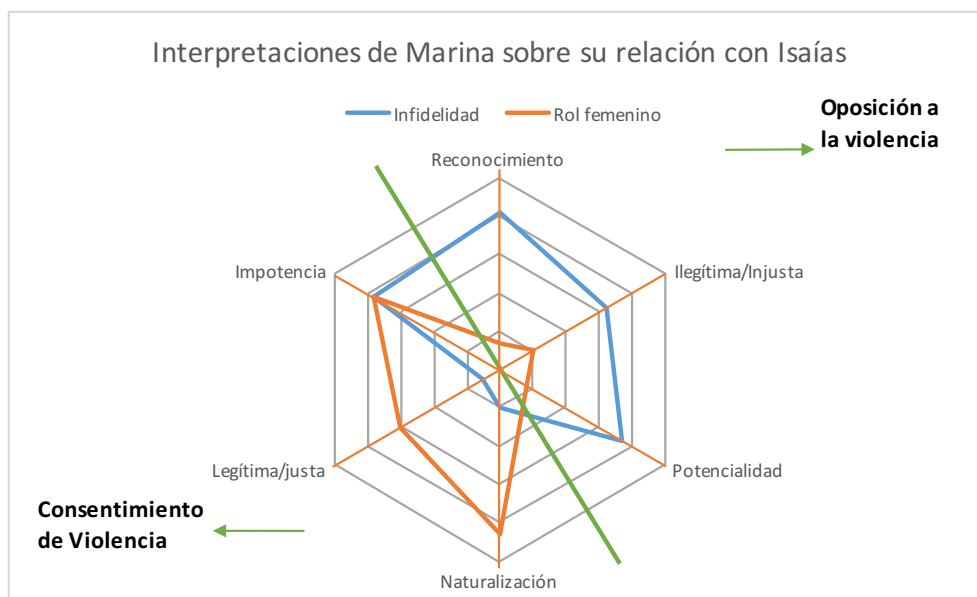
A diferencia de la infancia de Mariana, en esta otra etapa de su vida, la violencia física había disminuido notablemente, pero quedaron formas de violencia moral, manifestada en las infidelidades, engaños, ausencias de Luis, que mermaban la dignidad de Mariana y la inferiorizaban ante su marido, como mujer y esposa. La dimensión “física” de la violencia, sin embargo, no había desaparecido del todo. Si Luis no golpeaba a Mariana – aunque intentó hacerlo en algunas ocasiones –, sus ausencias y su comportamiento errático

vulneraban sin duda las condiciones de vida de su familia. Por lo mismo, se trata de una violencia interpersonal y de baja intensidad, pues el victimario es perfectamente identificable y la situación se da en un ámbito doméstico, en la pareja. Es de baja intensidad, por tratarse de una violencia de dominación, que aprueba un orden social jerarquizado. Y porque la forma de proceder de Luis, como sus ausencias, en muchas ocasiones, constituía no tanto violencias “explícitas”, como violencias que resultaban de sus omisiones.

Si enfatizo, en mis descripciones, la dimensión interpersonal de la violencia (analizando principalmente las interrelaciones entre los dos miembros de una pareja), es evidente que estas dinámicas violentas no se entienden por fuera de un contexto estructural. Así, la dimensión impersonal (en el sentido de que va más allá de las interacciones entre dos personas singulares) de la violencia hace referencia a la dominación masculina en una pareja de clase popular, a una cultura y a unos modos de vivir adoptados y aceptados por ambos.

Cuando Mariana me explica que el ideal de hogar que ella deseaba tener se resume en “que llegue su esposo de trabajar y usted lo atienda”, pone en evidencia su frustración por no haberlo logrado. Porque ella no podía llevar a cabo el rol femenino de cuidar de su marido, como esperaba hacerlo, pues él no siempre iba a dormir a la casa. La violencia, por tanto, no es solamente lo que Luis hace o deja de hacer, sino también las acciones que Mariana desea realizar y no puede hacerlas, por las ausencias de Luis. Ausencias que impiden a Mariana llevar a la práctica los sueños. Es, entonces, una violencia hecha en conformidad y como consecuencia de las normas dominantes de masculinidad y feminidad.

En la gráfica 7, he querido analizar las interpretaciones de Mariana sobre un mismo caso – su relación con Luis – desde dos puntos de vista. Me he interesado, por un lado, en cómo Mariana percibía la infidelidad de Luis y, por otro, en cómo interpretaba la sumisión ante su esposo. El contraste entre las dos interpretaciones permite entender que Mariana vivía una situación de tensión permanente, entre lo que ella esperaba de un hogar conyugal y lo que realmente vivía.



Gráfica 7: Interpretaciones de Mariana sobre la violencia ejercida por Luis cuando vivían juntos y sobre su papel como esposa de Luis.

En la línea de color azul, el primer eje ilustra la visibilidad de la violencia, manifestada en la incomodidad de Mariana, ante la costumbre de Luis de coquetear con otras mujeres y no volver a su casa durante dos o tres días. Ante lo que ella me manifiesta “ese es un infierno que uno vive”. No solamente sentía la violencia, sino que, lo veremos en el segundo eje, la percibía como injusta.

Mientras, la línea naranja representa la otra cara de esta situación: Mariana no interpretaba el “sometimiento” a su marido como una forma de violencia, tampoco la consideraba como una injusticia, y no quería oponerse a ella: se sentía en la obligación de cocinarle y atenderle. A cambio, ella recibía infidelidad y mentiras. Considero esto como una forma de “sometimiento”, porque los cuidados de Mariana no eran valorados ni correspondidos en la misma proporción. A pesar de eso, mientras vivía con Luis, continuaba procurándoselos. Es decir, Mariana era cómplice de la violencia de dominación ejercida en su contra.

El segundo eje muestra la tensión sobre la legitimidad de la violencia. En la línea azul, vemos el punto ubicado hacia la parte exterior, en el radio de la condena moral sobre la violencia, para representar la injusticia que sentía Mariana, frente a la infidelidad de Luis. El hecho de no lograr el hogar que soñaba le producía mucho sufrimiento y le generaba rabia: “ese no es un ejemplo para los hijos”. No obstante, la línea naranja presenta una situación distinta con el punto ubicado hacia el lado izquierdo, el de la legitimidad de la violencia. Mariana no consideraba injusto el hecho de someterse como mujer ante su esposo, de encargarse del trabajo doméstico, aun cuando él parecía no valorar esos cuidados de su esposa.

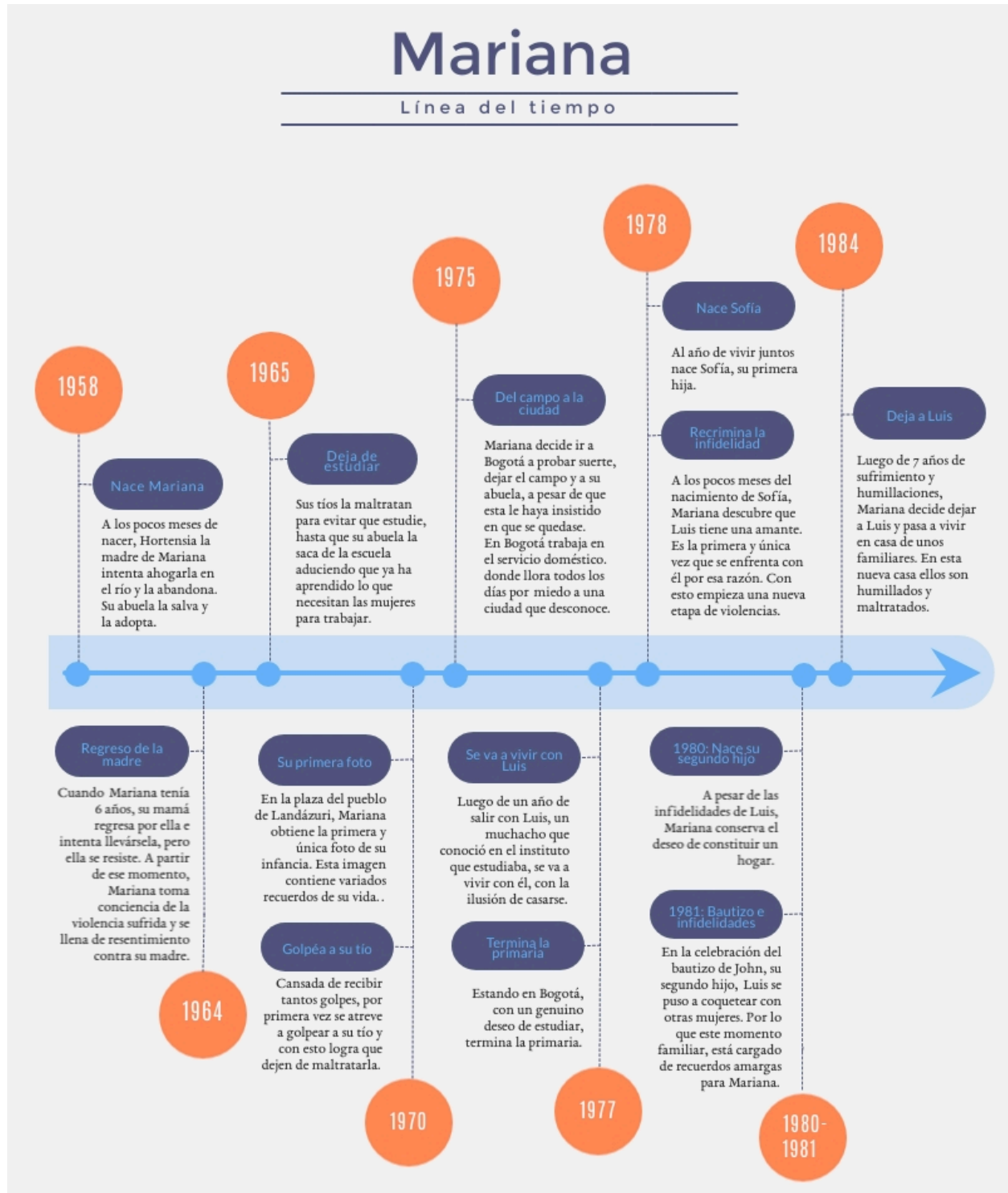
Finalmente, el tercer eje – que gira en torno al sentimiento de “potencialidad” ante la violencia – muestra, en la línea azul, que los puntos en ambos radios se alejan del centro. Con esto, se busca representar la tensión interior de Mariana por las posibles respuestas que podía ejercer ante la violencia. Por un lado, el relato de Mariana indica que ella, en algunas oportunidades, se sentía capaz de oponerse explícitamente a estas situaciones que ella identificaba no solamente como violentas, sino como injustas. Ella cuenta que, una vez, le sacó en cara a Luis su infidelidad y que, en otra ocasión, se opuso a que fuera a ver a una de sus amantes que había perdido un bebé. Sin embargo, en la mayoría de los casos, su sentimiento de potencialidad ante la violencia no implicaba querer enfrentar de manera directa la situación, sino poner en marcha estrategias de resistencia más indirectas (como el hecho de no permitir a Luis dormir en la misma cama con ella) o de resiliencia (consideraba, por ejemplo, que como tenía cómo mantenerse, no tenía por qué recriminárselo).

Sin embargo, el relato evidencia a la vez los fuertes sentimientos de impotencia de Mariana. Aunque rechazaba la infidelidad de Luis, terminó renunciando a enfrentarle. Esta situación (y este debate interior de Mariana con relación a lo que vivía) muestra cómo, en muchas situaciones de violencia, pueden coexistir sentimientos complejos de potencialidad e impotencia. El hecho de querer evitar la confrontación frente a una situación que genera sufrimientos y sentimientos de injusticia, no quiere decir que desaparecen todas las formas de resistencia o resiliencia.

La situación es mucho más clara en el caso de la línea naranja: el tercer eje presenta un nivel bajo de potencialidad y alto de impotencia (y, obviamente, este alto nivel en el sentimiento de impotencia está relacionado con las ambigüedades anteriores). Como lo hemos visto, Mariana no entendía como violencia o como injusticia el hecho de servir a su esposo: no sentía, en este contexto, la necesidad de resistirse ante una situación que concordaba con su ideal de relación de pareja. De ciertas formas, Mariana no aceptaba la infidelidad de su marido, pero seguía convencida de la importancia de seguir cuidándolo. Su sentimiento de impotencia respondía en esa situación, a desear cuidar a su pareja y no poder hacerlo.

Sin embargo, la situación cambió: después de siete años, Mariana asumió una nueva capacidad de agencia y decidió dejar a Luis, rompiendo así con la situación que la desgastaba y mermaba la estabilidad de su familia. Pienso que, quizá, el imaginario de hogar que esperaba Mariana, la educación que había recibido, el miedo a reconocer que había fracasado, entre otras cosas, la motivó a mantenerse durante 7 años con Luis, llevando a cabo lo que consideraba debía ser su aporte como mujer a ese sueño. Mientras, Luis actuó conforme a ciertos patrones de virilidad, alejados de la idea de constituir una familia estable.

Incluyo a continuación una línea del tiempo de Mariana, para recordar al lector los principales momentos de su vida.



Gráfica 8: Línea del tiempo de la vida de Mariana

### 2.3 Conclusiones:

El caso de Mariana sirve para mostrar que el sufrimiento “no escapa al vínculo social” (Le Breton, 1999, pág. 10). Pues los factores sociales que produjeron su sufrimiento se materializan en el seno de su familia: su madre, al poco de nacer intentó ahogarla y su abuela, aunque la salvó, la agredió físicamente y permitió que sus tíos la golpeen y la subestimen. Su pareja la agrede de manera moral y continua con sus infidelidades. No obstante, estos no son los únicos factores generadores de sufrimiento en la vida de Mariana, hay también unas condiciones sociales, económicas e, incluso, culturales que lo provocan.

Tanto en el campo como en la capital colombiana, Mariana comparte con sus victimarios las mismas circunstancias de carestía y esto permite comprender algunos de los maltratos a los que estuvo sujeta. Por la escasez material en que vivía su familia, la prioridad era que tanto ella, como sus tíos trabajaran la tierra desde muy pequeños; sus tías fueron enviadas a ciudades para trabajar o a otras fincas. No le permitieron continuar estudiando no sólo por ser mujer, sino porque en su contexto no eran necesarios los estudios, pues la mayoría de sus tíos (me refiero a sus tíos hombres) tampoco terminaron la primaria. En el campo, los conocimientos legitimados estaban relacionados con la subsistencia más inmediata: el trabajo manual, la agricultura, la ganadería y la comercialización de productos con otros campesinos.

Cuando Mariana migró a la ciudad, constató algunas de las marcas que la violencia estructural había dejado en su vida, hasta el momento. Pues, sus condiciones sociales limitaban algunas de sus posibilidades de realización (Galtung, 1969; 2017), como la falta de preparación y de identificación para acceder a un empleo o las dificultades para sacar la cédula de identidad, sin padres que la hubiesen reconocido ni fecha de nacimiento. Más adelante, por sus propios medios y por un genuino interés de aprender, terminó la primaria.

No obstante, muchas de las dificultades que enfrentó Mariana no eran sólo consecuencia de su condición social o de género, sino también de su condición de “hija ilegítima”. La historia de Mariana no es la historia de cualquier mujer del campo, como las de sus tías, con quienes vivió en la misma casa. Su condición de hija ilegítima la hizo más vulnerable e influyó para que Mariana fuera abandonada por sus padres, no hubiese sido aceptada por el esposo de su madre, fuera maltratada por sus tíos y abuelos, y no tuviera apellidos ni se conociera cuándo había nacido.

En este sentido, me parece importante resaltar que muchas de las situaciones de violencia descritas en este capítulo son hechas contra una niña. Mariana era la menor de todos los niños de su casa. Por tanto, el maltrato y las privaciones a las cuales se vio sometida fueron efectos de la violencia estructural durante su niñez y, a su vez, prueba del abuso de autoridad de sus mayores. Empero, el caso de Mariana también permite evidenciar que, como víctima, si bien, padeció el sufrimiento y la violencia, no lo hizo de manera pasiva. Muy al contrario, Mariana resistió la violencia, de formas diversas, por lo que sus relatos constituyen la historia de una víctima activa.

Asimismo, este caso permite reflexionar sobre una de las cuestiones más difíciles de las experiencias de las violencias. Por un lado, las interpretaciones contrastadas de la violencia; y, por otro, sobre la complicidad ante la misma. En este orden de ideas, la vida de Mariana muestra uno de los aspectos más característicos de la dominación simbólica: cuando los dominados son cómplices o consienten la dominación a la que están sujetos (Bourdieu, 2000b). No obstante, teniendo en cuenta las interpretaciones contrastadas, este caso también permite complejizar la idea de la dominación ejercida con consentimiento por parte de las víctimas.

Por un lado, no es lo mismo consentir a la violencia porque no es visible para la víctima, como cuando Mariana consideraba normal “servir” a su esposo; segundo, cuando la víctima consiente a la violencia porque la considera justa, como en el caso de Mariana, siendo niña, que recibía el castigo como “merecido; y, tercero, porque la víctima se siente impotente ante la violencia, como cuando Mariana no podía parar las infidelidades de su esposo. Por otro lado, ninguna situación de “consentimiento” a la violencia puede ser considerada como absoluta o definitiva, entre otras cosas, porque, con el tiempo, las circunstancias pueden cambiar (una misma situación puede volverse visible o invisible, o puede cambiar la valoración que se haga, pasando de la aceptación como justa a reprobarla o, al contrario).

Mariana aprendió a no aceptar la violencia física de la cual había sido víctima en su niñez y aprendió a enfrentarla de diversas formas: rechazando a su madre, sorteando a sus tíos, adelantando el trabajo doméstico para evitar conflictos e incluso usando la violencia para frenar la violencia. En general, se sentía capaz de hacer algo para cambiar su situación. Asimismo, las experiencias de violencia durante su infancia y adolescencia la moldearon como persona. En el transcurso de los años, acumuló sentimientos de amargura y rencor por las experiencias que vivió, en especial por la violencia ejercida por su madre. Este sufrimiento la llevó a solucionar su estado interior a través de un proceso de reconciliación, que, si bien, no ha modificado de forma sustancial

la relación con su mamá, sí le ha servido a ella para aminorar los sentimientos negativos que le producen sus recuerdos. De la misma forma, cuando entabló su primera relación amorosa, no permitió que su pareja la maltratase físicamente, pues no estaba dispuesta a sufrir nuevamente de esa forma. Sin embargo, si hubo cierta continuidad en cuanto a las formas de violencia “moral”: la infidelidad de su pareja.

Mariana creció en un ambiente que fomentaba la supremacía del hombre ante la mujer: “el hombre no se toca”, oyó repetir muchas veces a su abuela. No obstante, después de varios años, fue capaz de terminar con esa relación y tomó la decisión de no someterse más a la violencia moral de su compañero. Rompe con esa sumisión al dejarlo, no porque considere injusto someterse a él, sino porque reprobaba sufrir a causa de sus infidelidades.

### **Capítulo 3**

## **Sofía: un caso de resiliencia y perdón.**

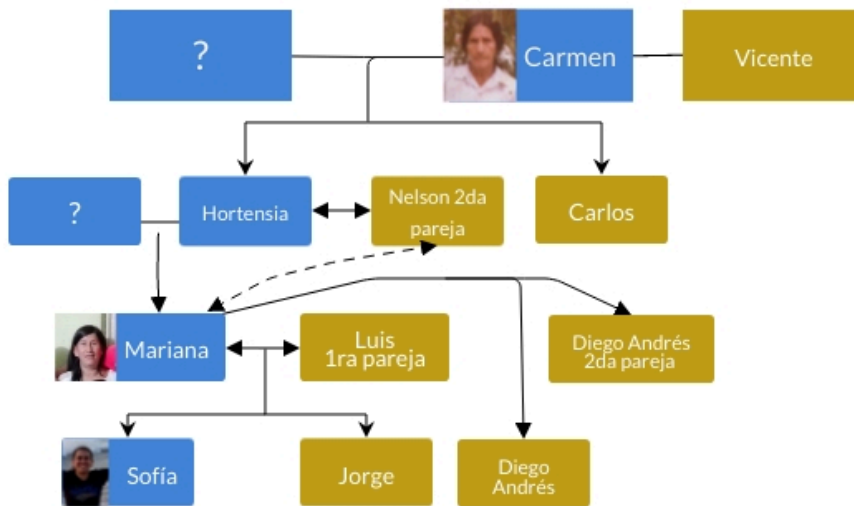
En este capítulo, a través de las fotografías y los recuerdos de Sofía, la hija mayor de Mariana, describo cómo ella, su madre y sus hermanos experimentaron sensaciones de inseguridad y desamparo, ante situaciones de vulnerabilidad o sufrimiento, ligadas a sus condiciones materiales de existencia, en un contexto marcado por la escasez y el patriarcado. Intento reconstruir cómo Sofía ha interpretado estas situaciones y cómo las ha enfrentado, conforme a su género y edad. Para tal fin, describo cómo ella ha desarrollado conductas, sentimientos, pensamientos y relaciones con otras personas. Procuro presentar la relación entre la violencia estructural y la violencia simbólica – en concreto, las formas de dominación entre dominados –, a través de las vivencias de Sofía y sus hermanos en casa de sus primos; y en la relación entre Sofía y el padre de sus hijos.

Este caso me permite enfatizar la condición de vulnerabilidad en la que han vivido Sofía y sus hermanos, como niños sin casa y sin padre. En un contexto en el cual su mamá (Mariana) tenía dificultades para emplearse, han permanecido durante años en constante incertidumbre, viviendo en casa de un tío. Debido a estas condiciones sociales precarias, se encontraban en una situación de particular vulnerabilidad ante los riesgos propios de la existencia (Castel, 2008). Se veían expuestos a distintos tipos de violencias, empezando con una de tipo estructural, de la cual se desprendían y, por la cual, se potenciaban violencias de dominación. Estas, a su vez, se normalizaban en la vida cotidiana que llevaban en casa del tío, donde eran maltratados y humillados.

La historia de Sofía permite describir el funcionamiento de la dominación, en la que se mezclan sometimientos, sufrimientos pasivos, aceptaciones, violencias, pero también resistencias, entendidas como capacidad de aguante y de rechazo a lo que la ha perjudicado; y, principalmente, de resiliencia como capacidad de sobreponerse al sufrimiento o de fortalecimiento ante las dificultades o padecimientos. Por eso, a través de esta historia, procuré destacar la manera de enfrentar estas violencias con resiliencia, resistencia, perdón y solidaridad.

A continuación, incluyo el árbol genealógico de Sofía:

### Árbol Genealógico de Sofía



Gráfica 9: Árbol Genealógico de Sofía.

### 3.1 La infancia de Sofía: un continuo de violencias.

Cuando Mariana y Luis se separaron, él se fue a vivir con una de sus amantes, mientras a ella la recibió un tío en su casa – un hermano de su mamá – porque no tenía dinero para pagar arriendo. De aquella época, tienen pocas fotografías, quizá porque es poco lo que quieren recordar o porque invertir en fotografías en la escasez en la que vivían, era un lujo. Sofía, la hija mayor de Mariana, me muestra una fotografía a blanco y negro, en la que está su mamá con una sonrisa que me transmite placidez y alegría, acompañada de sus dos hijos. La niña parada junto a ella, pegando su espalda a la mamá, manifestando timidez, pero también seguridad bajo la protección materna. El niño sentado en las piernas de su mamá, con los ojitos cerrados y la boca entreabierta, como si fuese a llorar.

Según me explica ella, están junto a una ventana de la casa del tío materno. A través de esta fotografía, vienen recuerdos de aquella época que se pueden resumir en esta declaración de Sofía: “Hace mucho tiempo fui a un psicólogo, porque a mí me daban depresiones y en la primera cita me dijo: ‘usted tiene secuelas de su infancia, por eso se mantiene así, se estresa’”.

Se supone que se habían separado del papá para acabar con “el infierno” en que vivían, como lo describe Mariana. Sin embargo, me revela Sofía que lo que sucedió después fue peor aún:

ella y su hermano permanecían encerrados en una habitación en la casa del tío durante todo el día, mientras su mamá se iba a buscar trabajo o conseguirse algo para mantenerlos. No veían la luz del sol, no conocían la calle, ni las personas. Se habituaron tanto a ese entorno que tuvieron que llevarlos a un psicólogo, porque cuando les abrían la puerta no salían y si veían personas se ponían a llorar.



*Fotografía 5: Mariana con su hija Sofía parada junto a ella y su hijo Jorge sobre sus piernas. Archivo: Álbum familiar de Mariana. Fecha aprox. Año 1982.*

Mariana los dejaba encerrados porque, me contaba Sofía, sus primos les pegaban. No los dejaban acostarse en las camas, debían dormir en el suelo. Cuando querían ver televisión, si sus primos se los permitían, debían sentarse en el suelo, no podían usar los sofás. Resultó ser una solución paradójica: pues la mamá, por evitar exponerlos al riesgo de ser golpeados y humillados, ejercía otro tipo de violencia física sobre sus hijos, encerrándolos, por considerarla menos perjudicial. El resultado fue un continuo de violencias (Scheper-Hughes & Bourgois, 2003;

Bourgois, 2009a), que permaneció durante el tiempo que vivieron con sus tíos y que ha carcomido las vidas de Mariana y sus hijos. Con la sola contemplación de la fotografía, es imposible vislumbrar las marcas que ha dejado en ellos la violencia que vivían cotidianamente; pero sin la fotografía hubiese necesitado mucho tiempo para llegar a la profundidad del relato y las emociones de ellas. Por ejemplo, Sofía me manifestaba que fueron incrustándose muchas heridas en su corazón: “Nuestra niñez fue dura. A mi mami, le tocaba humillarse por un plato de comida para nosotros, nos pegaban, nos maltrataban”. De cierta forma, se repetía una situación similar a la que Mariana había vivido en su infancia. Su familia los acogía, les daba donde vivir, pero los maltrataban física y moralmente. Todo esto sucedió en un contexto de dominación de clase y género. Esta doble vulnerabilidad – no sólo ligada a la situación de escasez material, sino a la ausencia de una figura masculina que respondiera por ellos – parecía justificar las agresiones y las humillaciones por parte de la misma familia.

En la misma conversación, más adelante, explica Sofía: “le daban duro a mi hermano, porque él sí se ponía rebelde y le castigaban. A Andresito, mi hermano menor [que nació cuando ya vivían con el tío], él lloraba mucho y mi tío lo metía dentro de la alberca porque le despertaba a la nieta”. Ella prefería quedarse callada y ayudar “en el oficio de la casa” para ablandar la situación y evitarse inconvenientes. Vivían en un contexto de pobreza, hambre y exclusión social, avivada por sus propios primos quienes los marginaban y maltrataban física y moralmente. Todo propiciaba un entorno de violencia íntima y doméstica (Scheper-Hughes & Bourgois, 2003). Mariana describe parte de esta situación con las siguientes palabras:

Me separé del papá de mis hijos, ellos sufrían mucho. Yo me separé. Ella [una de las primas] me hacía la guerra: ‘¿Quién la manda a tener hijos?, Yo que tengo hijos, yo sí soy casada’. Me humillaba. Eso le pegaban a Sofía, a Jorge. Eso era terrible la situación con ellos. (17 de enero de 2018)

Sofía, Jorge y Andrés crecieron viendo a su mamá sufrir porque no tenía con qué pagarles el colegio, darles de comer, ni nada. Mariana dice que su segundo hijo le preguntaba: “¿por qué lloras mami?” Y ella, para que no se preocupara, le decía que le dolía la cabeza. Sofía, en cambio, siendo un poco mayor, se daba cuenta de la situación, pero no decía nada. En su interior decidió dejar el colegio, alegando que a ella no le gustaba estudiar, pero la verdad es que no quería ver a su mamá sufrir. La decisión de Sofía no responde solamente al deseo de ayudar a su mamá, es consecuencia de las condiciones estructurales en las que vivían. Haciendo una comparación, se podría decir que, en la situación de pobreza de esta familia, estudiar era un lujo del que Sofía quiso

privarse para que tanto ella como su mamá y hermanos pudieran comer. La decisión de dejar de estudiar dejó marcas en la vida de Sofía y sus hijos, que iré relatando más adelante.

Ver fotografías de cuando era niña, con el uniforme de su colegio, le produce en su interior sensaciones de nostalgia, melancolía y dolor, por no haber terminado el bachillerato en esos momentos. Por eso, reflexionando sobre su pasado, Sofía expresa con cierta tristeza: “Entonces, ya cuando uno tiene los hijos y uno llega a cierta edad, uno piensa la importancia que era estudiar”. Aunque tiene la certeza de haber apoyado siempre a su madre, desde lo que podía hacer siendo adolescente; los sentimientos de tristeza y nostalgia por no haber estudiado permanecen en ella, como huellas que la violencia estructural dejó en su vida.



*Fotografía 6: Sofía de niña con el uniforme de su colegio, en la localidad de Bosa, al sur de Bogotá. Archivo: Álbum familiar. Año apróx. 84-85.*

Por esto mismo, Sofía vivió durante años con rencor contra su papá: pues ella y su hermano sabían que a sus medio hermanos – con las respectivas mamás –, les pagaba apartamento o casa, mientras ellos, por no tener donde vivir, soportaban desprecios cotidianamente. Ellos no aprobaban esos maltratos. Sin embargo, por su situación de doble-vulnerabilidad (ligada a la pobreza y a la

dominación masculina), tenían que sumirse a estas expresiones de violencia intrafamiliar que legitimaban la autoridad masculina de su tío y, con esta, la de su familia.

Cuando se lo recriminaron a su papá, él les dijo que eso era responsabilidad de su mamá. Pues ella había decidido resolver su vida con su familia y nunca quiso que él le diera nada, a pesar de habérselo ofrecido varias veces. De hecho, le propuso comprarle casa en Soacha, pero ella se negó rotundamente, alegando: “Yo, por allá, a esos huecos no me voy, eso tan feo...”. Y ahora, sentencia Sofía: “La vida es tan curiosa y tan organizada que, después de cuarenta años, la que compró la casa en Soacha soy yo y ella va a llegar a vivir allá. Dio tantas vueltas y le toca llegar donde maldijo”. Dos formas distintas de interpretar un mismo hecho violento: para Mariana aceptar algo venido de su antigua pareja podría haber sido como humillarse a sí misma o dar pie para que él continuara haciéndolo. No obstante, para Sofía era la solución a la violencia que sufría de sus tíos y primos; además, a diferencia de su madre, ella consideraba que recibir beneficios de su padre no implicaba sufragar humillaciones.

Para los niños, enterarse de esto fue como un balde de agua fría. Pues Sofía pasó su niñez y adolescencia preguntándose “¿por qué nunca nadie se preocupó de saber cómo estábamos?”. Creció con sensación de desamparo y abandono, bajo condiciones objetivas de desprotección, a las que se sumaba la violencia cotidiana, patentizada en las humillaciones y golpes en casa de su tío y las burlas en su colegio por no tener papá. Vivían con ese tío porque, en principio, fue el único que los acogió. Sin embargo, con los años, Sofía supo que su mamá era muy sumisa con sus tíos (“de lo que cuenta mi papá”, me aclara). Según él, expresa Sofía, los tíos influyeron para que no viviera con él. Muy probablemente los tíos sí influyeron, pero para Mariana lo que determinó su decisión de separarse de Luis fueron las constantes infidelidades. Fueron 7 años de humillaciones y Mariana ya estaba cansada de esa vida.

Mientras Sofía me cuenta esto, baja la voz para que su mamá, que se encuentra en la habitación contigua, no la escuche. Mariana, en cambio, en las entrevistas no me menciona que Luis le haya ofrecido una casa. Puedo suponer que su silencio corresponde a su arrepentimiento, a la vergüenza por los desprecios de su familia, al dolor por haber hecho sufrir a sus hijos o a que el ofrecimiento no haya sido expreso o claro. Pues ella sí es reiterativa en decirme que Luis la buscaba, le ofrecía de todo, no cumplía con nada y volvía a los tres o cinco años. En todo caso, dentro del contexto en el que vivían en ese momento, la decisión de no aceptar la casa en Soacha podría entenderse como una forma de auto-marginarse porque esto la obligaba a continuar

sometida a la autoridad de su tío. Pero también me pregunto, ¿qué precio habría tenido que pagar ella por aceptar una casa de Luis?; ¿Habría tenido que convertirse en una amante ocasional?; ¿Habría tenido que depender de él?

Como Mariana no me habla del tema, no es posible definir qué la llevó realmente a tomar esas decisiones. Sin embargo, sí recuerda con arrepentimiento que su abuela, quien la crio, le pidió que regresara a vivir con ella en Bucaramanga, pero ella se negó. Regresando en el tiempo sobre sus actos, ella misma no entiende por qué no volvió, pues, según ella, podría haber conseguido trabajo más fácil y su abuela le hubiera ayudado a cuidar los niños.

El hecho es que Mariana y sus hijos vivieron durante 10 años en la casa del tío quien, asimismo, le insistía que viviera con él. Pero esto no era gratis. Con el tiempo, le cobraba arriendo y, aunque lo pagaba, ni ella ni sus hijos tenía derecho sobre nada en esa casa. Al contrario, los tíos y primos actuaban con indiferencia ante sus necesidades y carencias. Más allá de la violencia interpersonal de la familia del tío hacia la familia de Sofía, hay unas condiciones estructurales que producen dicha indiferencia (Scheper-Hughes & Bourgois, 2003) y afectan a ambas familias, pero con más intensidad a la de Sofía, por estar en situación de mayor vulnerabilidad.

Vivían con tres primos, bastante mayores a ellos. Cuenta Sofía que:

La mayor era la más ofensiva, el menor nos defendía y el otro era denigrante, pero nunca nos tocaba. O sea, le decíamos si podíamos ver televisión, y él nos decía: ‘sí, pero en el piso’. Nosotros nos sentábamos arrinconaditos ahí, por ver solo la película (comunicación personal, 17 de enero de 2018)

Me atrevería a decir, a partir de los relatos de Mariana y Sofía, que el tío las mantenía en la casa, porque además de pagarle un arriendo, ellas se encargaban del oficio doméstico, mientras, la prima, manifiesta Sofía, “aprendió a no hacer nada”.

En medio de estas dificultades, Mariana quedó embarazada de nuevo, pero de otro hombre con quien tuvo una relación corta e inestable. Nunca vivieron juntos porque él no quiso reconocer ante sus papás que tenía mujer e hijo. Sólo se enteraron cuando Mariana, según me cuenta ella, averiguó donde vivían los papás del muchacho y se presentó ante ellos con el bebé. Me explicaba que le creyeron a ella sin conocerla, porque sabían que su hijo era muy mentiroso. Pero ella nunca supo a qué otras mentiras hacían referencia. Después de esto, terminó la relación, pues él se enfureció por haberlo puesto en evidencia. Solo durante los primeros cuatro años del niño, el papá estuvo pendiente de su manutención. Luego no volvieron a saber de él. Por todo esto, me explica

Sofía, su hermano también vive resentido con su padre. Mariana habla poco de este hombre y con menos interés. Ni siquiera menciona su nombre, aunque al solicitárselo me dice que se llama Diego Andrés. Tampoco guarda fotografías de él. Si bien ella me cuenta que sufrió con esta relación, “no se queda con las cosas”, pasa rápido. Pensaría que leve es el resentimiento o el dolor, porque poco intensa fue la relación, (en comparación con su primera pareja que sí amó mucho). Quizá, por eso, de él sí conserva fotografías.

Cuando nació el tercer hijo de Mariana, ella tuvo una infección tan fuerte que perdió el conocimiento y estuvo hospitalizada durante quince días. Mientras tanto, la prima la despojó de la cama y la habitación que usaba, argumentando que iba a casarse y necesitaba ese lugar para poner sus cosas. Si habían sufrido todo tipo de ofensas y humillaciones, esto llegaba a los niveles de la crueldad. Porque con los maltratos físicos y a las ofensas verbales que eran habituales, los humillaban, pero, por lo menos, tenían donde guarecerse. Sin embargo, quitarle el único espacio físico que usaban y al que tenía derecho porque pagaban por él, demostraba la indiferencia de su familia, ante una mujer debilitada por la enfermedad, con tres niños pequeños, uno de ellos, recién nacido.

Sin embargo, me cuenta Mariana que esto, en vez de hundirla más, la fortaleció. Todavía enferma y adolorida, salió a buscar donde llevarse a sus hijos. No fue de inmediato que pudieron cambiarse de casa, pero al regresar ella del hospital, no se quedaron mucho tiempo más con su familia. Inicialmente, se fueron a una pieza oscura y húmeda, sin muebles. Consiguieron sólo un colchón, donde dormía la mamá con el bebé, mientras que los niños mayores, para acostarse a dormir, extendían ropa en el piso. Por la humedad, todos terminaron enfermos de las vías respiratorias. Tanto las precarias condiciones de habitabilidad, como las dificultades de salud que estas contrajeron para todos, no son más que los efectos de la violencia estructural. Aunque habían logrado independizarse de su familia y, con esto, poner fin a sus manifestaciones de violencia directa, la precariedad los mantiene en un continuo de experiencias de sufrimiento (Scheper-Hughes & Bourgois, 2003). Sin embargo, Mariana, un ejemplo de resiliencia, no desfalleció. Volvió a trabajar como operaria en una fábrica. Ahora, me cuenta con optimismo que le sorprende no haber tenido recaídas, pues pasó un año hasta que se recuperó del todo, pero en ese tiempo no dejó de trabajar.

Tanto Sofía como Mariana ven el nacimiento de Andrés, el hijo menor, como un cambio para la familia. Después de eso, Mariana consiguió ese trabajo más estable, aunque todavía débil

por la infección que había padecido. Pudo independizarse de su familia y en palabras de Sofia “nos fuimos y empezamos a vivir nuestra vida”. Sobre esos momentos de pobreza, pero de felicidad por su libertad y su paz familiar, comenta Sofia con alegría: “Nosotros ya sabíamos que el 15, cuando le pagaban a mi mami, comíamos carne o pollo. Ese día era de celebración. De cumpleaños nos daban un huevito tibio”. Esta historia permite reflexionar sobre las carencias materiales y la capacidad de resiliencia, pues Mariana y sus hijos no vivían su pobreza como miseria, ni se describen como víctimas. Al contrario, narran sus vidas con optimismo y, con esto, demuestran la capacidad de sobreponerse a su situación.



*Fotografía 7: Sofia de niña, posando para una fotografía de estudio. Archivo: Álbum Familiar. Fecha aprox. 1986.*

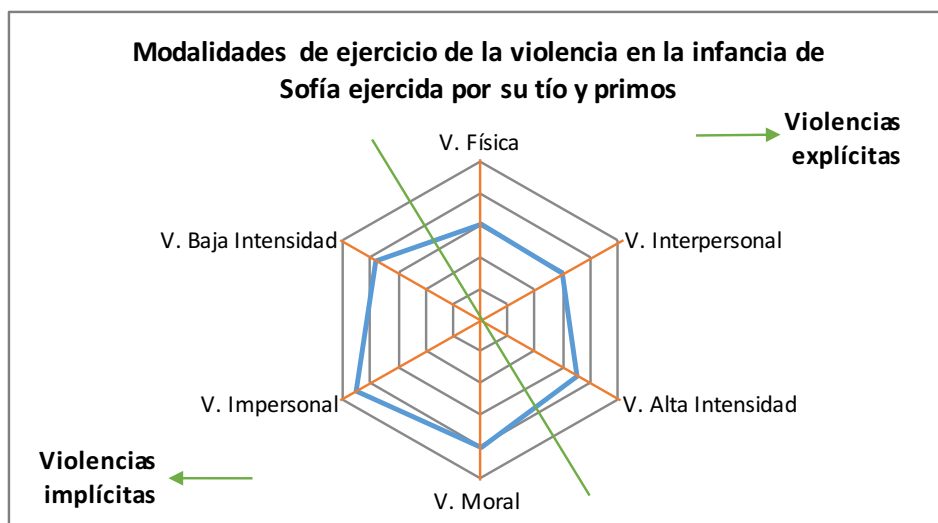
Sofía, analizando su vida en retrospectiva, manifiesta con satisfacción:

“Para mí, ver ahora televisor es como vivir lo que no viví en mi niñez. (...) Me siento libre, que puedo salir, que puedo comprar, que puedo hacer lo que quiera a la hora que quiera. Eso es lo que siento, libertad de poder sanamente ser libre. Eso es lo que yo siento: la paz y la tranquilidad... que hay veces que uno se estresa, pero son cosas que no son tan graves”. (Comunicación personal, 17 de enero de 2018)

También me cuenta que la prima murió hace unos años como consecuencia de una grave enfermedad, y que, cuando ella falleció, hubo un cambio enorme en toda la familia. Se acabaron los problemas, las peleas, todo se normalizó. “Ella fue tan terrible con nosotros”, me dice Sofía, “y, por cosas de la vida, ahora los hijos están sufriendo. Yo digo, qué tristeza que uno haga algo malo y no paga uno, sino los hijos”.

El tío les insistió durante muchos años que volvieran a vivir en su casa, pero con esa experiencia, no quisieron volver. Ellas me dicen que no le guardan rencor: durante todo ese tiempo, lo han visitado y mantienen una relación cordial con él. De hecho, finalizando el primer trimestre del año 2018, por problemas económicos, se vieron obligadas a aceptar el ofrecimiento del tío. Sofía había pedido un préstamo para comprar un apartamento. Ella, todos los meses, fue pagando la cuota correspondiente a la entidad que le prestó el dinero, pero esta organización no hizo el desembolso a tiempo a la constructora, razón por la cual no le entregaron su vivienda cuando estaba previsto. Como no tenía forma de seguir pagando arriendo y el resto de los gastos de su familia, Sofía optó por vivir con este tío. Ella me cuenta que les ha ido bien, que las cosas son distintas, porque ella trabaja, tiene su sueldo y nadie tiene porque humillarla: “de pequeños sufrimos mucho, entonces uno ya no aguanta que nadie venga a pisotearlo a uno”. Mariana me cuenta también que no guarda rencores y que ayuda al tío en lo que pueda, como madrugar para hacer filas extensas para tramitar autorizaciones de citas médicas.

En la gráfica 9, a continuación, represento el conjunto de violencias que padecieron Sofía con su mamá y sus hermanos durante el periodo de tiempo que vivieron con sus parientes.



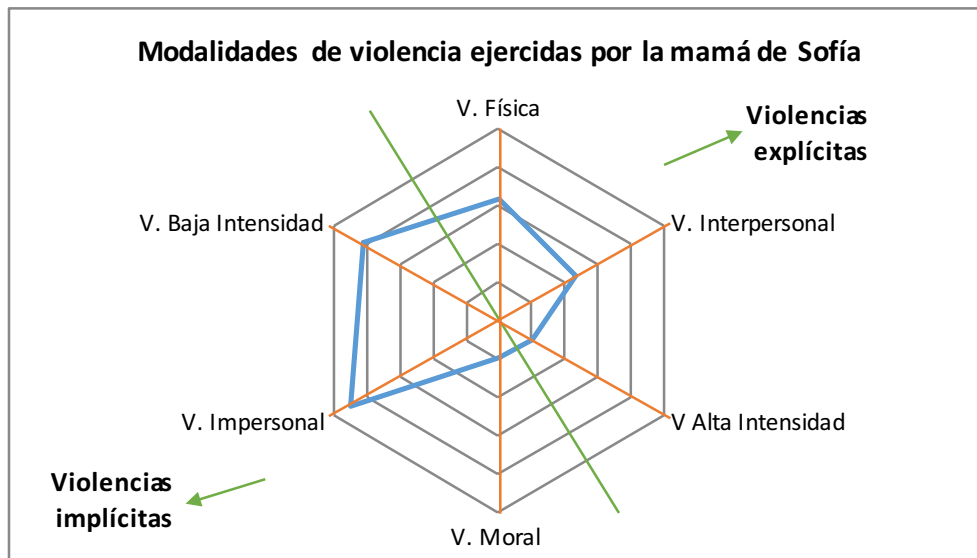
Gráfica 10: Modalidades de ejercicio de la violencia en la infancia de Sofía ejercida por su tío y primos.

Las modalidades de violencia hasta aquí descritas muestran tensiones entre las posibles formas de violencia. Si bien, es palpable la violencia física que sufrieron Sofía y sus hermanos a manos de su tíos y primos que los golpeaban, me parece mucho más intensa la violencia moral de la que fueron víctimas, por las heridas en su dignidad. Pues, en realidad, el menosprecio motivaba esos maltratos físicos: el desalojo, los agravios, las constantes humillaciones, insultos verbales y la indiferencia ante sus necesidades.

Se trataba también de una violencia simbólica, de dominación, porque la familia del tío adoptaba una posición de superioridad, basada en la diferencia de bienes materiales y en la carencia de una figura masculina que los cuidara, configurando una estructura jerárquica y de dominación en el micro mundo social en el que vivían. A los primos pobres, los consideraban y trataban como invasores porque no tenían donde vivir ni papá que los protegiera, aunque les pagaban arriendo. Ellos ejercían una violencia con intensidad que podríamos llamar “intermedia”, por la intimidación de los tíos y primos sobre Sofía, sus hermanos y su mamá; entrelazadas con violencias más agresivas como el maltrato físico.

Además, es un caso evidente de violencia interpersonal articulada con formas de violencia impersonal. Se trata de violencia directa, porque los victimarios se pueden identificar: el tío y su familia, quienes los golpeaban e insultaban. No obstante, esta violencia tenía lugar como consecuencia directa de las condiciones estructurales y de precariedad en las que vivían tanto los tíos y primos, como Sofía y su familia. Como violencia estructural, es impersonal: el victimario no se puede identificar. Sin embargo, sus consecuencias dejaron marcas profundamente dolorosas en las vidas de quienes las sufrieron

La gráfica a continuación representa una situación particular, la violencia no intencional que ejerció Mariana sobre sus hijos:



Gráfica 11: Modalidades de ejercicio de la violencia en la infancia de Sofía ejercida por su madre.

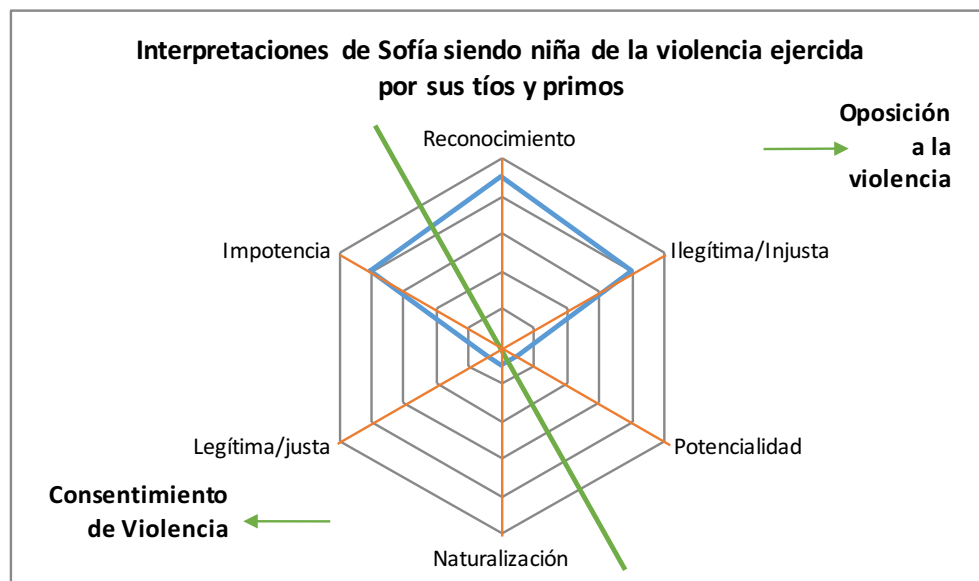
La gráfica 10 sirve de instrumento para mostrar las paradojas de la violencia. Esta no se encuentra siempre motivada por el desprecio o la crueldad: también puede ser ejercida con buena intención, sin deseo de violentar y para evitar otro tipo de sufrimientos. En el caso ilustrado, la madre ejerce violencia física por amor encerrando a diario a sus hijos, menores de edad, en una habitación oscura, para evitar inconvenientes con su tío y sus primos. Pese a la buena intención de la madre, dicho encierro socavaba la siquis de los niños.

Esta violencia se ejercía de manera directa (o interpersonal), ya que la madre puede ser claramente identificada como la persona que encerraba a los niños. Pero esta inscripción de la violencia en “interacciones específicas” no debe impedir ver la dimensión “estructural” que enmarcaba estas experiencias: las dinámicas violentas tenían también una dimensión impersonal evidente (ligada, en particular, a la precariedad de las condiciones materiales de existencia de la familia). No es difícil imaginar que Mariana hubiera actuado de manera muy distinta, si las circunstancias externas hubiesen sido amables. El hecho de encerrar a sus hijos constituía para ella, dadas las circunstancias en las cuales vivían (caracterizadas, a la vez, por la ausencia de recursos propios y por la presión de un ambiente violento), como la única manera que había encontrado para protegerlos.

Se trataba de una violencia que podríamos llamar de “baja intensidad” (consistía en privar a los niños de la libertad de jugar y de usar otros espacios en la casa), la cual, de hecho, buscaba prevenir violencias de más alta intensidad (como los golpes o las formas intimidación que, posiblemente, los tíos y los primos podían ejercer). Sin embargo, el hecho de hablar de una

violencia de “baja intensidad” no implica que sus efectos tengan consecuencias limitadas. El carácter repetido de estos encierros tuvo, de forma evidente, repercusiones muy profundas sobre los niños y su proceso de construcción.

En la gráfica 11, que presento a continuación, ilustro las interpretaciones de Sofía siendo niña de la violencia que sufrió en su infancia.



Gráfica 12: Interpretaciones de Sofía siendo niña de la violencia que sufrió en su infancia.

En ese entrelazamiento de violencias, Sofía reconoce la violencia en varias de sus manifestaciones. Se queja de la violencia física, por las veces que ella o sus hermanos fueron golpeados. Pero, como los golpes no venían solos, también tiene vivo el recuerdo de las humillaciones y maltratos que la hirieron en su dignidad y en su síquis. También reconoce y palpa el hambre, la falta de vivienda, la angustia de su madre por las carencias materiales; sufre las burlas en la escuela y la marginación de su familia por ser huérfana de padre. Si bien, ella no llama a esto violencia estructural o de dominación, según sea el caso, siendo niña sí consideraba injustas esas situaciones, por eso, se preguntaba (de forma similar a su mamá ante la violencia de sus tíos) “¿por qué nunca nadie se preocupó de saber cómo estábamos?”.

Pero si Sofía parecía tener una consciencia clara de las diferentes formas de violencia que la afectaba y las consideraba indudablemente como injustas, se sentía, por lo general, impotente ante ellas. Durante su infancia, optó por replegarse ante sus victimarios. Sin oponerse ni resistir, su forma de enfrentar fue callando, trabajando en el servicio doméstico en la casa de sus tíos para evitar ser sometida a la brutalidad de la violencia física y renunciando a estudiar. Callar y encargarse de las tareas del hogar son las formas como ella

enfrentó la violencia de su familia. Era una forma sumisa, porque asumía la conducta que sus victimarios esperaban de ella.

Sin embargo, Sofía, al igual que su madre, no puede ser considerada como una víctima pasiva. Ella asumió unas estrategias que se adecuaban a sus posibilidades, según su edad, su género y sus condiciones materiales de existencia. Aunque se sintiera impotente, su silencio y trabajar en el servicio doméstico disminuían la violencia directa, por lo menos, contra ella y su mamá. Aunque no confrontaba a sus adversarios, sí sorteaba los maltratos y aliviaba en alguna medida la tensión en que vivían. Del mismo modo, la renuncia a estudiar puede interpretarse como el reflejo de un sentimiento de solidaridad con su mamá, quien sufría la misma suerte que ella ante su familia.

Cabe destacar que esos actos de violencia los sufrieron Sofía y sus hermanos cuando eran niños. Con esto quiero decir, que hay un agravante en esa violencia porque se dirigía contra personas particularmente vulnerables: niños, menores de edad. Hecho, que pone de manifiesto el abuso de poder del tío y sus hijos, así como la fuerza de la impotencia que debían sentir Sofía y sus hermanos. Ellos, aun siendo niños, reconocían la injusticia, se sentían desamparados ante aquella situación, experimentaban continuamente sensaciones de inseguridad y riesgo social (*Castel, 2008b*). Estas experiencias dejaron en ellos recuerdos dolorosos, marcas de la violencia en sus vidas y en su mente, que los afectaron como personas. Por su corta edad y su posición subordinada ante sus familiares (por ser los inquilinos, no los dueños de la casa), la impotencia era como impuesta: con las humillaciones los obligaban a someterse a su arbitrio.

La frecuencia de los maltratos y desprecios, acompañada de una asimetría en las relaciones entre familiares, parece llegar a una rutinización o normalización de la violencia (Bourgois, 2009a; 2009b), al punto de invisibilizar algunos abusos. Muestra de ellos es el hecho de pagar un arriendo, encargarse del servicio doméstico, pero no tener derecho a nada en la casa. Ante lo cual, no protestar ni enfrentar la situación, se puede considerar como una forma tácita de aceptación de la injusticia.

### **3.2 “El sueño de mi vida es casarme”**

A raíz de una fotografía del primer cumpleaños de su hija, me cuenta Sofía cómo conoció a Sergio, el padre de sus hijos. En la fotografía están ambos, él abraza a la niña con más fuerza, mientras Sofía sonríe con placidez. La foto me transmite alegría y cariño. Detrás de ellos cuelgan serpentinas y bombas de color amarillo y rosado. Delante tienen un ponqué de tres pisos, decorado con crema blanca y fresas. Sobre el último piso yace la vela en forma de número uno y, al lado,

hay tres botellas que parecerían ser de vino espumoso. Todo muestra la ilusión de los padres por celebrar el primer año de su bebé. Pero Sofía, en vez de contarme sobre su hija, me cuenta su historia de amor frustrado.

Conoció a Sergio porque él llegó a vivir en la misma calle en la que residían Sofía y su familia. A veces, al cruzarse caminando por el barrio se saludaban, pero nunca hablaban. Al año empezaron a hablar, porque, me revela, su mamá no la dejaba salir de su casa. Ella había vuelto a estudiar y él iba a buscarla allá. Pero, expresa ella, “yo no me acercaba, porque como mi mamá no me dejaba, me daba miedo que me regañara”. Finalmente, “él habló con mi mami, le pidió permiso y empezamos a salir. Duramos 5 años de novios, pero peleábamos cada rato”. Ella le terminaba porque andaba con varias mujeres, pero él volvía siempre y ella le perdonaba, pensando que cambiaría.



*Fotografía 8: De Izquierda a derecha, Sergio, Laura y Sofía en el primer cumpleaños de Laura. Archivo: Álbum familiar. Año 2000.*

Sofía confió en él e, ilusionada con la idea de constituir un hogar, accedió a irse a vivir con él. Pronto, terminando el año 1999, recibieron con felicidad a su primera hija. Inicialmente, vivían solos en un apartamento, montaron un pequeño supermercado, todo lo trabajaban juntos. Pero, los problemas no se hicieron esperar: “no quiso cambiar, siempre al pie del papá, lo que dijeran los papás. No quiso prosperar”, explica Sofía. Me cuenta ella que él no tenía el empuje para trabajar.

Cuando se aburría de un trabajo, lo abandonaba o lo acababa. Por eso, dejó de hacer pedidos para abastecer el negocio.

Además, el papá de él hizo un préstamo que no pagó y como Sergio era el garante, se vieron obligados a pagarlo y perdieron el negocio. Sofía me cuenta que ella intentó resolver la situación, persuadir a su suegro de que pagara su préstamo. Pero de nada le valió, porque su esposo no estaba dispuesto a enfrentar a su padre. Aparte de no hacer pedidos, como ya no quería trabajar en eso, se peleaba con los proveedores, bajo el pretexto de que todos esos hombres eran los “mozos” de Sofía, porque ella administraba la tienda. A lo que ella me comenta que se aguantó por sus hijos. Aunque no calificaba de violenta la actitud de Sergio, se sentía humillada por sus comportamientos, en la medida en que ella esperaba que él compartiera la ilusión de trabajar juntos y construir un hogar estable, con mejores condiciones económicas que las de su infancia. Estas cosas fueron convirtiéndose en heridas que Sofía acumulaba en su interior.

En Sergio, tal como lo describe Sofía, encontramos un hombre doblemente dominado. Sumiso a sus padres y de condiciones socioeconómicas precarias, que no lograba prosperar. Asimismo, la condición “dominada” de Sergio desde el punto de vista socioeconómico contrastaba con su pretensión de ser “dominante” al interior de su hogar. Por el hecho de ser hombre, pretendía imponerse en la esfera doméstica, pero, con su comportamiento celoso, como el hecho de decir que ella tenía amantes y menospreciar a su esposa diciéndole que sin él ella no podría hacer nada, lo que logró fue el efecto contrario, de manera que fue perdiendo la estima de su esposa.

Sofía me cuenta que él prometía prosperar, pero, según ella, él no se esforzaba<sup>22</sup>. Al contrario, acababa con los proyectos que tenían. Para ella, lo más importante era “salir adelante”, tener una casa propia, cierta solvencia económica, que sus hijos pudieran estudiar. Sin embargo, se dio cuenta de que, con él, eso no era posible. Por eso pienso, que las palabras de Bourdieu (2000b), describen la situación de Sergio: “todo contribuye así a hacer del ideal imposible de la virilidad el principio de una inmensa vulnerabilidad” (pág. 69). En el comportamiento de Sergio, se ve plasmada la dinámica de relacionamiento que propone la dominación masculina (Bourdieu, 2000b), que persigue mantener el poder y la autoridad sobre las personas que considera débiles. Se trata de una masculinidad tóxica (Sinay, 2006), porque Sergio se concebía a sí mismo como superior a su mujer, mientras a ella la veía débil y dependiente de él. De ahí que le repitiera que

---

<sup>22</sup> Cabe aclarar que no pude hablar con Sergio y que, por eso, no cuento con su punto de vista sobre lo sucedido. Lo que sé de él es a través de Sofía y sus hijos. Conforme a los relatos de ellos, hago el análisis que presento aquí.

sin él ella no lograría nada. Así como esto, otras formas de opresión, humillación y violencia pueden ser utilizadas para conseguir esa dominación y someter los derechos de las personas a quienes se considera inferiores (Soto, 2013) generando relaciones malsanas. En este caso, la toxicidad de ese tipo de masculinidad se constata en los efectos que tuvo para Sergio, Sofía y para la familia en su conjunto, como lo relato a continuación.

Entre tanto, durante la conversación, llegamos a una fotografía en que Sofía está en embarazo, ya avanzado, pues el vientre es bastante prominente. Luego de compartir en varias ocasiones con ella, me parece que ser madre la llena de satisfacción. Se nota preocupada por sus hijos, he visto cómo les insiste para que sean juiciosos con el estudio y los anima para que no se contenten con el bachillerato. En varias ocasiones, me ha comentado que no buscó otro hombre y, si tuvo novio, nunca lo dejó entrar a su casa, por cuidar a sus hijos. Podría decir que su vida son sus hijos. Por todo esto, me llama la atención la expresión en el rostro de ella en esa fotografía, pues me transmite tristeza. Me parece que mi interpretación sobre la imagen se acerca a la realidad de sus sentimientos en el momento en que fue tomada la fotografía.

Pues, cuando Sofía quedó embarazada por segunda vez, me cuenta ella, Sergio no quiso pagar nada porque decía que no tenía dinero y que ese hijo no era suyo. Sofía me explica que, como ella había empezado a estudiar los sábados, él decía que el niño era hijo de alguno de sus compañeros. “Entonces” -comenta ella- “eso me dolió mucho y fue lo que me hizo pensar qué estoy haciendo acá si él no quiere salir adelante”. Era Mariana la que asumía los gastos del embarazo, incluso el arriendo de algunos meses. Además, me dice Sofía, cuando empezaron a vivir juntos, él llegaba primero donde los papás y luego sí iba a la casa. Lo mismo, al levantarse: se iba donde los papás y, luego, volvía a estar con su esposa e hijos: “todo para él eran los papás”. Y, además, él le decía que no la podía llevar porque sus papás no la querían. Era evidente que las prioridades de él eran distintas a las de Sofía, entonces resultaba imposible pensar en un proyecto de familia en común.

Con esto, Sergio violentaba de forma directa y moral a su mujer. Pues, la humillaba con esos comentarios, pero también la menospreciaba mostrándole que su prioridad era estar con sus papás. Hechos que, para Sofía, no eran indiferentes, al contrario, se convertían en heridas que ella iba acumulando. Además, Sergio, no cumplía con las expectativas de marido que ella tenía.



*Fotografía 9: Sofia embarazada de su segundo hijo. Archivo: Álbum Familiar. Año 2002.*

Durante el embarazo, cuenta Sofia, Sergio insistió en que ella le había sido infiel, porque según él ese hijo no era suyo. Si bien, esto despertó cuestionamientos en Sofia para dejar de ser tan sumisa, este hecho, demuestra el funcionamiento asimétrico de la relación, impregnada de un “orden social masculino” (Bourdieu, 2000b). Porque, mientras Sergio la maltrataba moralmente por hechos que no eran reales – pues ella asegura que nunca estuvo con otro hombre – ella sí pudo comprobar que él le había sido infiel cuando vivieron juntos. Pero ella le perdonó y, al parecer, no se lo sacaba en cara. Si Sergio había sido infiel, pienso que no tenía la autoridad moral para reclamar a Sofía por suposiciones no comprobadas, no obstante, ante Sofía sí la tenía porque ella lo aceptaba.

Cuando perdieron el negocio, en 1999, tuvieron que irse a vivir a casa de los papás de Sergio. Esto empeoró la situación. En junio de 2002, cuando nació Damián, el segundo hijo, después de tanta humillación, Sofía consiguió “la fuerza para decir esto se acabó, acá no hay vida, no hay futuro”. Tomó la decisión de irse y terminar como fuera su bachillerato. Pero eso no fue

inmediato, pues sólo hasta el 2004, se separaron definitivamente. En todo caso, como no tenía dinero, estudiaba con cuadernos prestados y trabajaba en empleos temporales e inestables, con baja remuneración, que iba consiguiendo. El instituto en el que estudiaba quedaba en Bosa San Pablo, a pocas cuadras de donde vivía, lo cual facilitaba su movilidad. Además, como la gente del instituto era la misma que la de su barrio, se conocían y ayudaban entre sí. Explica ella: “me regalaban los cuadernos de los que ya habían acabado de estudiar; rompía hojas para hacer mis tareas; y empecé a estudiar y a trabajar. Fue fuerte y me tocó cosas muy duras, pero logré sobrellevar eso”.

Tras estos sucesos, Sofía dejó de asumir pasivamente las humillaciones de Sergio y decidió romper la relación con él. Había aguantado sumisa, no porque no hubiera nada que hacer (como si había sido el caso cuando era niña en casa de sus tíos), sino porque, hasta ese momento, ella tenía la esperanza de que las cosas mejorarían con Sergio. Al igual que su madre, Sofía había aguantado con la esperanza de cumplir su sueño de construir una familia. Sin embargo, a los 6 años, se dio cuenta de que no era la persona que ella esperaba (su sueño no se iba a cumplir). Entonces, decidió continuar sin él.

Sin embargo, Sergio le decía que ella no iba a ser capaz, que no podría salir adelante sin él, intentaba subestimarla. Estas frases dichas en un contexto de doble dominación – de clase y género – como en el que vivía Sofía, cobran la fuerza de sentencias, con efectos performativos. Porque, justamente, la falta de condiciones sociales de posibilidad para las mujeres da mayor fuerza a la dominación masculina. Esto, me lleva a reflexionar sobre la ejecución de la dominación a través de estructuras de poder – en este caso, un orden social masculino – que funcionan como instrumentos de inferiorización (Bourdieu, 2000b). En este caso, Sofía y, así como ella, cualquier otra mujer que “acepta” su supuesta inferioridad y se comporta de acuerdo a esta, “consiente” a la violencia de la cual es víctima. Por eso, el hecho de decir “son inferiores” hace que se vuelvan inferiores “de verdad”; haciendo que esos veredictos “se conviertan” en realidades<sup>23</sup>.

Por eso, esas frases tallaban en lo más profundo de Sofía. Como me lo explica hoy, se sentía muy insegura. Siempre había vivido con su mamá, quien, para protegerla, no la dejaba salir.

---

<sup>23</sup> “Cuando un individuo o grupo de individuos es mantenido en situación de inferioridad, el hecho es que es inferior; pero sería preciso entenderse sobre el alcance de la palabra ser; la mala fe consiste en darle un valor sustancial cuando tiene el sentido dinámico hegeliano: ser es haber devenido, es haber sido hecho tal y como uno se manifiesta; sí, las mujeres, en conjunto, son hoy inferiores a los hombres, es decir, que su situación les ofrece menos posibilidades: el problema consiste en saber si semejante estado de cosas debe perpetuarse” (Beauvoir, 1949).

Luego, con el papá de sus hijos, la situación de encerramiento y de dependencia se prolongó: nunca salía sola, no sabía desenvolverse por la ciudad, etc. A pesar de haber nacido y vivido siempre en Bogotá, nunca había salido de la localidad de Bosa. En este contexto, se ha considerado – y se sigue considerando – como una persona con baja autoestima: “Yo siempre he tenido una autoestima como bajita, he sido una persona muy miedosa. Me ha tocado llorar, sufrir, llegar tarde, oraciones, pedirle a Dios que me ayude...”. El relato de sus experiencias permite entender cómo este sentimiento – lejos de reflejar un rasgo de carácter estrictamente individual – constituye el resultado lógico de un largo proceso social de construcción (y de destrucción) de la personalidad.

Sofía dice que, durante años, lloró mucho. Le daban depresiones. Si veía una familia o una pareja, se ponía a llorar: “Yo siempre he querido casarme, vivir hasta abuelitos, o sea, cambiar toda la vida que vivimos con mi mamá, que no tuvimos nuestro papá cerca de nosotros, que no supimos lo que era eso”. Compartía con su mamá el sueño de tener un hogar conyugal. Sin embargo, como no funcionaron las cosas con Sergio, se decepcionó mucho: “Yo quería casarme, tener un hogar, uno no trabajar, sino estar ahí, cuidarnos [...] Pero, siempre era todo el papá y la mamá de él”.

Mientras había permanecido con Sergio, Sofía había soportado humillaciones por sus hijos. Luego de separarse, recobró parte de su autonomía. Pero la separación no fue total. Al respecto, la actitud de Sofía fue diferente de la de su madre, quien había preferido cortar toda comunicación con Luis y, a pesar de los altos costos, no aceptar la casa que supuestamente él le había ofrecido. Sofía, para evitar que sus hijos sufrieran lo que había vivido cuando era niña, quiso mantener contactos cercanos con Sergio. Quería evitar que sus hijos sufrieran las burlas que ella y sus hermanos habían vivido en el colegio “por no tener papá”. Quería evitar, también, que sus hijos sufrieran por el comportamiento de un papá, incapaz de cumplir con sus expectativas. Sofía comenta que, en buena parte de su niñez y adolescencia, no vivió con Luis, ni sabía dónde encontrarlo. Cada 5 años, el aparecía, les prometía de todo y volvía a desaparecer por otros 5 años más. El dolor había sido doble: por un lado, la violencia de sus compañeros de colegio y, por el otro, la decepción de las promesas incumplidas de su padre, a las que se habían sumado los sentimientos de impotencia, porque, en esos momentos, no tenía nada que le permitiera cambiar su situación. Pero, una vez adulta, reconociendo como injusta esta violencia y teniendo en cuenta su experiencia, Sofía decidió hacer todo lo posible para impedir que sus hijos la revivieran. Por eso, Sofía acordó con Sergio que él vería a sus hijos con frecuencia y así lo han hecho. No obstante,

esto la ha obligado a mantener una relación con Sergio, que, para ella, ha sido desagradable y dolorosa.

Por lo mismo, Sofía se deshizo de las fotografías en que estaban los dos. Sin embargo, al igual que su madre, guardó aquellas en que están sus hijos:

Estas son fotos de cuando viví con el papá de mis hijos. De él, no hay fotos porque todas se las devolví. Por ahí, hay una que otra que estamos los dos juntos, que se las respeté porque eran las fotos donde estaba la niña... Eran del álbum de la niña, entonces no toqué esas fotos. Lo mismo con lo del niño, pero lo que pertenecía entre él y yo no... Todo eso fue: 'adiós'. Y el resto roto. (comunicación personal, lunes 19 de septiembre de 2016)

Podría haberlas botado todas, pero en su deseo de evitar a sus hijos el dolor de la orfandad paterna, ha preferido conservar las fotografías en las cuales aparecen con su papá. Podemos resaltar, de nuevo, el carácter complejo – e incluso paradójico – de la violencia. Sofía decide hacerse violencia (y soportar el desagrado de ver a su exesposo), por amor a sus hijos (evitarles el sufrimiento que puede generar el hecho de “borrar” al papa). Pero las fotografías en que estaban solo los dos, las rompió, como una forma simbólica de acabar con el pasado, de olvidar o de ablandar el sufrimiento “porque con él me ilusioné mucho, porque las expectativas fueron muchas y todo lo que prometió no era”.

Esta conversación surgió a raíz de otra fotografía en la que están Sofía, Sergio, sus hijos y una primita, en una celebración de cumpleaños. En esta imagen, todos parecen muy felices, en especial Sofía, que sonríe con fuerza mientras sostiene a su hijo menor. No obstante, como ya lo he explicado, mientras vivió con Sergio, no fue feliz. Esta fotografía, lejos de evocar un buen recuerdo familiar, Sofía preferiría romperla para evitarse recordarlo.



*Fotografía 10: De izquierda a derecha, Sergio, Laura, una prima de ellos, Damián y Sofía. Archivo: Álbum familiar. Fecha: 2003.*

Cuando se separaron, ella se fue con los niños a vivir con su mamá. Pero Sofía dice que era difícil, porque Mariana la instigaba para que volviera con Sergio. Debido a que él buscaba a su antigua suegra para victimizarse ante ella y darle otra versión de las cosas, con la esperanza de que pudiera convencer a su hija. Aunque esto le traía conflictos con su mamá, Sofía no cedió.

Inicialmente, Sofía trabajaba por días en lo que conseguía: restaurantes, casas de familia, hoteles, lavanderías, etc. No era fácil obtener empleos bien pagados, pues no había terminado el bachillerato. Laboró un año como auxiliar de cocina, de una chef de Faber-Castell, pero ella me explica que como intentaban humillarla, prefirió irse. No siempre encontraba empleo pero, según su testimonio, se las arreglaba para pagar el arriendo mensualmente. Trabajaba durante el día y estudiaba por la noche, por lo que veía poco a los niños, que estaban dormidos cuando llegaba y muchas veces también cuando se iba. Era Mariana quien cuidaba de ellos. Los fines de semana pasaban con el papá. Recuerda con melancolía cuando Laura, su hija, llorando, le decía: “No quiero que te vayas”. Ella la consolaba con la esperanza de que pronto terminaría, pero por el momento, tenía que estudiar.

En medio de sus angustias, llegó un nuevo vecino al barrio (el barrio San Pablo, de la localidad de Bosa, donde Sofía vivió siempre), con su familia. Un señor costeño, muy amable, que se conmovió al verla con los ojos hinchados de tanto llorar porque no tenía dinero para mantener

a sus hijos. Esta familia la acogió y la invitó a que fuera con ellos al culto al que asistían en una iglesia cristiana. Ella cuenta que, ahí, en medio de cantos y alabanzas que hacían todos los asistentes, alzando los brazos y moviéndose a derecha e izquierda, manifestando su felicidad, ella lloró como nunca y le pidió a Dios que le ayudara a conseguir un trabajo estable. Al finalizar la ceremonia, el vecino preocupado le dijo que le ayudaría y la llevó donde una señora que podría conseguirle empleo. Eso sí, previamente le hizo prometer que no lo haría quedar mal.

El vecino le presentó una señora que le podía agenciar un puesto en una empresa de seguridad, como celadora, pero antes debía hacer un curso, que tenía costo. Como Sofía no tenía dinero, me dice, que pensó que no podría hacerlo. Sin embargo, esta señora le comentó que su labor era ayudar a la gente, que ella se lo daba y, a cambio, Sofía decidía con qué le pagaba, cuando ya estuviera trabajando. Podía llevarle un mercado, dinero o lo que considerara. Así hicieron y ahora Sofía lleva más de 10 años trabajando como guarda de seguridad en Almacenes Éxito, de la 134 con novena, en Bogotá. Sobre esto, menciona Sofía con satisfacción: “No le hice quedar mal, si salgo, salgo con la cabeza bien alta. Mi Dios me mandó ese señor para que me ayudara” (comunicación persona, 17 de enero de 2018).

Aunque este trabajo le dio estabilidad económica, pues gana casi dos salarios mínimos, con contrato a tiempo indefinido y tiene seguridad social, el tiempo de dedicación a sus hijos siguió siendo escaso. Sus horarios, desde el inicio, han cambiado según las necesidades del almacén y las temporadas comerciales. En promedio, tarda dos horas en ir desde su casa y dos horas y media o tres en regresar. Algunas veces, cuando le toca el horario de la tarde, si termina de trabajar muy entrada la noche, se queda a dormir en casa de una prima que vive en el norte de la ciudad. En general, tiene poco tiempo para descansar, cuando le apremian las necesidades económicas, también trabaja los días de descanso. Sus hijos demandan manifestaciones de afecto, pues cuando la ven está cansada o dando órdenes sobre el funcionamiento de la casa y lo que considera debería ser su dedicación al estudio.

Sofía ha trabajado como celadora para lograr, con esfuerzo, que sus hijos estudien, comprar una casa propia y cuidar de su mamá. Ella se compara con Sergio y confirma que sí pudo “salir adelante sin él”. También, se reafirma en que su decisión de dejarlo fue la mejor, porque él, hasta hace poco, seguía viviendo con sus papás. Eso hace pensar a Sofía que él, en realidad, no ha querido prosperar y, por eso, no hizo nada por “independizarse” antes. A ella, le duele que, aunque él tenga un puesto de dulces y aromáticas cerca al aeropuerto, le diga que nunca tiene dinero.

Porque esto le obligó a ella a asumir sola la totalidad de los gastos de los niños, durante muchos años. También reconoce un cambio positivo en la actitud de Sergio, desde que formalizó una relación con una señora.

Sin embargo, la dominación masculina permanece: si bien, él responde poco por los hijos, conserva su figura paternal de autoridad, porque Sofía quiere evitar que los niños sufran burlas como ella cuando era niña por no tener papá. Pese a los esfuerzos de ella, el ejercicio de paternidad de Sergio suele limitarse a llevarlos a casa de los abuelos a pasar el domingo y, si tienen suerte, a cine y a tomar un helado. Me consta que también llama varias veces al día para preguntar cómo están o qué planes tienen. Lo que evidencio es que, tanto a Sofía como a sus hijos, les duele que él se desentienda de sus necesidades económicas. Desde que está viviendo con la otra mujer, comentan ellos, reciben mensualmente la pensión que les corresponde, pero ellos piensan que no es su papá, sino la misma señora quien la paga, pues es ella la que llama y está pendiente de que reciban el dinero.

Sergio sigue pidiéndole a Sofía que vuelvan a vivir juntos y prometiendo cambiar, incluso, ahora que vive con otra mujer. Cada vez que puede le dice a Sofía, conforme a lo que ella me cuenta, que, si ella le perdona, él se casa y hace todo lo que ella quiera. Pero ella ya no le cree. Pues él, apenas ahora con 45 años, dejó de vivir con sus papás para vivir con una mujer que, según Sofía, lo mantiene. Además, los hijos le dicen a la mamá que él no cambia. A Sofía, le decepcionó que él prefiera que fuera ella la que siempre empuje, la que proponga, haga o lleve la delantera, en vez de tener motor propio y deseos de salir adelante. Esto responde a la construcción del mundo social de Sofía, aquel que aprendió e incorporó durante su vida: la organización de una sociedad que asigna al hombre una posición privilegiada, así como el rol de proveedor y autoridad del hogar. Con esto, también el de emprendedor, de ir por delante para mantener a su familia. Rol, según la visión de Sofía, que la mujer está obligada a ocupar, cuando el hombre no lo ha asumido. Esta estructura mental es una forma de perpetuar el orden social masculino (Bourdieu, 2000b) y las asimetrías entre hombres y mujeres. También, por esto, a Sofía le molesta que él prefiera ocupar, ante ciertas circunstancias, la posición “débil” de la relación, que históricamente se le ha asignado a la mujer. Lo paradójico es que, Sofía optó por su autonomía cuando decidió dejar a Sergio y se ha dado cuenta de que ha podido cumplir sus metas, ha logrado sacar adelante a sus hijos sin el apoyo de su antigua pareja y, como ella me dice, “he hecho más sola”; aún, después de comprobar

que como mujer sí puede, continúa reclamando a Sergio no haber asumido el rol que según ella le correspondía; sigue esperando que él ejerza su responsabilidad paterna de mantener a la familia.

Superar estas situaciones, para Sofía, no fue fácil. En medio de sus sentimientos de fracaso por la separación de Sergio y por no haber logrado su sueño de hogar y familia, Sofía, después de años de intentos, alcanzó una gran victoria: graduarse como bachiller en el año 2005, cuando tenía 27 años. Haciendo referencia a las fotos de ese momento, explica, con un tono de voz que manifiesta satisfacción: “Cada vez que las veo, me acuerdo de *mi primer triunfo*, que fue terminar de estudiar... A pesar de que mi mami me dio el estudio, no quise”. Y en otro momento en la conversación, Sofía manifiesta, “cuando uno tiene los hijos y uno llega a cierta edad, uno piensa la importancia que era estudiar”.

En realidad, no fue que no haya querido estudiar, su decisión no fue por falta de voluntad. Muy al contrario, fue consecuencia de las condiciones de precariedad en que vivía. Dejar de estudiar para Sofía era, por un lado, una forma de enfrentar la violencia directa de sus familiares y, a la vez, una manera de aligerar la carga económica que esto suponía para su madre. Por otro lado, era consecuencia de la violencia estructural en su vida, pues si no hubiesen vivido en tanta escasez, no hubiese hecho falta ese desprendimiento. Ahora, luego de años de vivir dificultades por carecer de títulos académicos y preparación para ocupar otras posiciones laborales, ella se da cuenta de la importancia de estudiar y se recrimina a sí misma por las oportunidades que posiblemente perdió. No obstante, el problema que Sofía se planteó en su adolescencia cara al estudio no era una cuestión de deseo o voluntad de estudiar, sino de necesidad imperante de medios para subsistir.



*Fotografía 11: Sofía, el día de su grado como bachiller, junto a su novio de aquel momento y en compañía de sus dos hijos. Archivo: Álbum familiar de Sofía. Año 2005.*

Nos detenemos a mirar una fotografía en que está ella con toga y birrete, sosteniendo su diploma de manera que pueda verse ante la cámara. Está acompañada de sus dos hijos y de otro muchacho que, al igual que ella, lleva el atuendo específico de los grados, quien muestra también su diploma. A raíz de esta fotografía, me cuenta que, después de Sergio, tuvo otra relación, con el muchacho de la fotografía, unos años menor a ella, compañero del instituto donde terminó el bachillerato. Mientras estuvo con este muchacho, si él iba a la casa a visitarla, Sofía no sabe cómo, Sergio aparecía para celarla. Llegó un momento que ella le mentía diciéndole que no había nadie en la casa para que la dejara en paz y no le permitía entrar.

Si no hubiéramos visto juntas esta fotografía, probablemente no me hubiese contado con espontaneidad de él. Pues, cuando hablamos de sus relaciones, menciona siempre de forma general que tuvo otras parejas, pero concluía el tema diciendo: “De pequeños sufrimos mucho, entonces uno ya no aguanta que nadie venga a humillarlo”. A pesar de eso, esta relación fue importante para Sofía porque él le ayudó a superar sus miedos, le enseñó a movilizarse en transporte público por Bogotá, le transmitió confianza, la impulsó y, con eso, me dice ella, aumentó su autoestima. Pero, me explica Sofía: “Ya no es lo mismo, uno ya no confía en las personas”. Además, él quería tener hijos y ella, por las circunstancias en las que nació su segundo hijo, se había operado, por eso no veía posibilidad de construir un hogar con él y prefirió terminar con la relación.

Este relato, Sofía lo hiló rápidamente con otro, a través de una fotografía en que está con sus hijos. Lo que ella expresa es que quería un recuerdo tierno de sus niños, pero en realidad su

rostro le trae a la mente la “tusa” por la que estaba pasando en ese momento y la constante preocupación económica como cabeza de familia. Pues acababa de terminar con su novio (con quien llevaba saliendo dos años) y, para ese momento, todavía no había conseguido un trabajo estable. Lo que se había tomado con la intención de conservar un momento familiar agradable, es en realidad un recuerdo de un mal momento. Pero esto, sólo se puede saber hablando sobre las fotografías, mientras las vemos, porque es en ese instante cuando se despiertan los recuerdos.

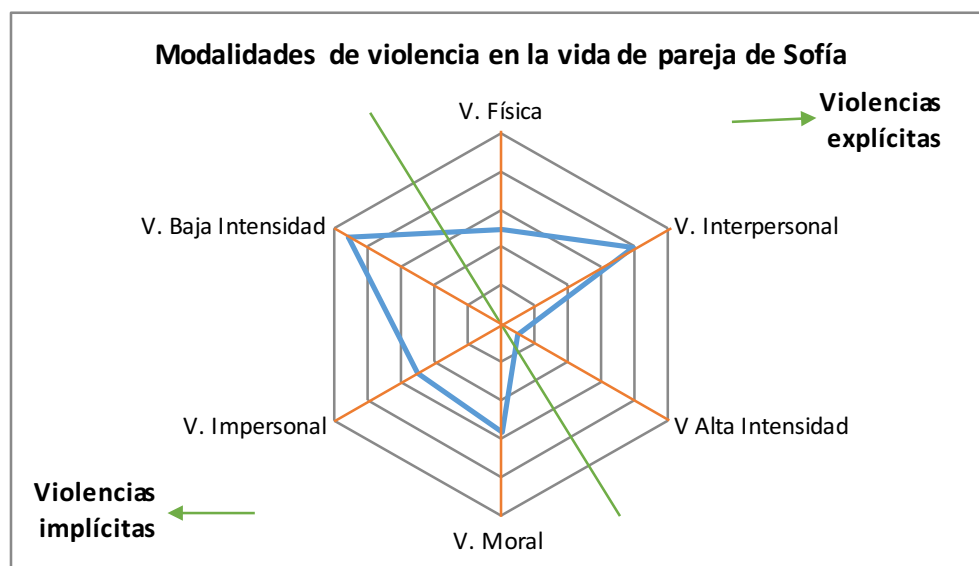


*Fotografía 12: Sofía con sus dos hijos, Laura y Damián. Archivo álbum familiar. Año 2006.*

Desde el 2004 lleva separada de Sergio: “Yo le di su oportunidad, pero él no la supo aprovechar”. Todo este tiempo, se ha dedicado a sus hijos y ha constatado que, sola, ha podido cumplir sueños sin necesidad de estar con él (o con otro hombre): ha viajado a algunas ciudades dentro del país, entre estas Santa Marta, donde hizo realidad otro sueño, el de conocer el mar. Alcanzó el mayor de sus triunfos que es tener vivienda propia: con esfuerzo, logró comprar un apartamento, que espera se lo entreguen pronto. Mientras tanto, Sergio continúa con la esperanza de convencerla y, aunque actualmente vive con otra mujer, le pide que vuelvan: “Él todavía me dice: ‘Sofía, por los niños’ o ‘Si usted me dice que sí, lo dejo todo y nos vamos’”. Pero Sofia lo

tiene claro, y así se lo manifiesta: “No mijito, en mi proyecto de vida, usted no figura”. Entonces, se queda callado y le dice: “Pero usted debería pensar en los niños”. Y ella le responde: “No señor, los niños están muy bien”. Y termina explicando: “Yo estuve muy enamorada, yo sufría mucho, pero como dice el cuento, cuando al águila le quitan los ojos se da sus totazos, pero reacciona. No valía, once años con él y nunca cambió”.

En la gráfica 13, represento de manera simplificada las modalidades de ejercicios de violencia sufridas por Sofía durante su relación con Sergio.



Gráfica 13: Modalidades de violencia en la vida de pareja de Sofía

La violencia ejercida por Sergio sobre Sofía se puede resumir como un caso de violencia moral, interpersonal y de baja intensidad. Moral porque Sergio subestimaba constantemente a Sofía y la celaba, acusándola de infidelidad. Aunque él no la agredía físicamente, si le causó daños físicos, como la pérdida del negocio, que, para Sofía, hacía parte de su proyecto familiar. Además, el hecho de que, como papá, no se haya preocupado por solventar las necesidades materiales, puede ser interpretado como una violencia física contra sus hijos y la mamá de ellos, porque los priva de un bienestar material al cual tienen derecho. Pero también, porque la responsabilidad sobre los niños que debía ser compartida entre padre y madre, recayó únicamente sobre la mamá. Sofía tenía el sueño de ser ama de casa<sup>24</sup>, pero, ante la pasividad de él

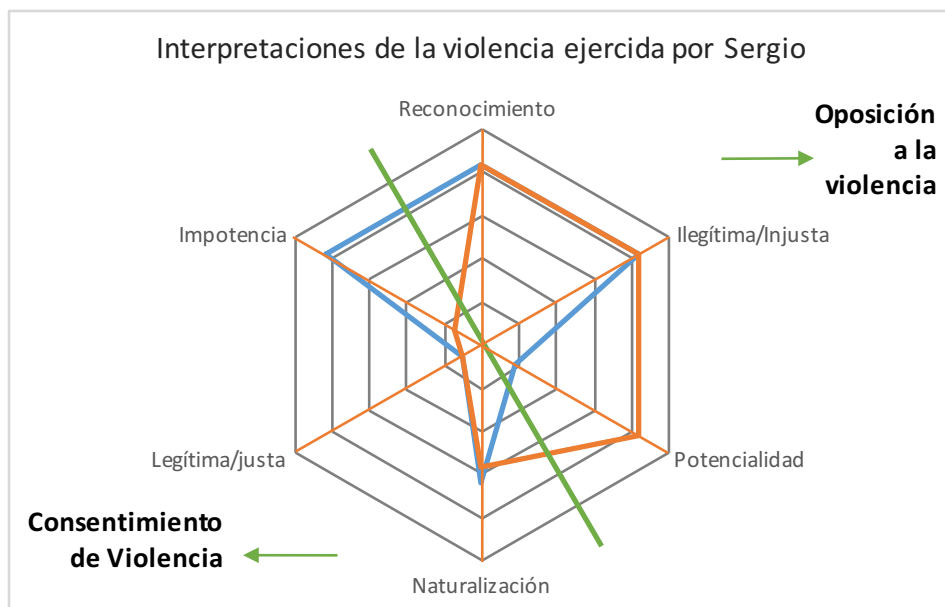
<sup>24</sup> Deduciendo de sus relatos, Sofía tiene incorporado un modelo de dominación masculina, según el cual, a ella le corresponde el trabajo de la casa, con la consecuente dependencia económica del hombre. Por lo mismo, le asigna al hombre la responsabilidad de solventar las necesidades de la familia. Esta visión es paradójica, pues de forma implícita está “consintiendo” a una relación asimétrica entre ambos sexos, en la que pone en desventaja a la mujer.

y las humillaciones mientras vivieron juntos, prefirió separarse: “He hecho más sola, hemos disfrutado más los cuatro [hablando de su mamá y sus dos hijos] que con él y estoy más tranquila”.

Se trata de una violencia directa, hay un victimario identificado y unas agresiones explícitas, pues quien humilla a Sofía es su esposo. Pero esta forma de proceder de Sergio, responde a una estructura social con un ordenamiento jerárquico, en la que el hombre se ubica en la posición superior. Con esto, como muestra la gráfica, quiero decir que la violencia directa de Sergio contra Sofía está fundada en un tipo de violencia impersonal.

Asimismo, se trata de una violencia de baja intensidad por ser de intimidación: agresiones a la dignidad de Sofía como mujer, como trabajadora, que tienen su origen en una violencia de dominación masculina (Bourdieu, 2000b). Sergio subestimaba a su mujer, porque tanto él como ella consentían en un orden social que privilegia al hombre y pone a la mujer, de manera sistemática, en posición inferior.

En la gráfica 14, que presento a continuación, comparo las interpretaciones de Sofía en dos momentos de su vida, sobre la violencia sufrida en su relación con Sergio. Con la línea azul, represento sus interpretaciones de la violencia mientras vivió con él y con la línea naranja las interpretaciones actuales. Si bien, son producto de años de reflexión sobre su propia vida, para Sofía era evidente e injusta esta violencia, pero inicialmente prefería aguantar esas humillaciones por sus hijos y continuar viviendo con él.



Gráfica 14: Interpretaciones de Sofía sobre la violencia ejercida por Sergio durante su relación.

En la gráfica 13, en el extremo del reconocimiento de la violencia y en su valoración como injusta la línea azul que representa el pasado y la línea naranja que representa sus interpretaciones actuales, coinciden en ambos momentos de la vida de Sofía. Pues, tanto en el momento en que sucedieron las cosas, como ahora, Sofía se ha sentido lastimada por las agresiones verbales, infidelidades y desplantes de Sergio; pero, principalmente, se ha sentido decepcionada, porque considera que él no ha cumplido sus promesas: nunca quiso casarse o constituir con hogar con ella, ni prosperar económicamente. Sofía reprueba la conducta de Sergio, tanto su falta de valía, las humillaciones como la dependencia hacía sus padres.

Ella identifica estas formas interpersonales y directas de la violencia. Empero, esto no sucede con la dominación masculina (*Bourdieu, 2000b*) como lo demuestran las líneas de ambos colores de la gráfica. A este tipo de violencia la naturaliza, al punto de sentirse ofendida cuando Sergio no actuaba conforme a esta estructura social. Para ella, lo natural es que el hombre trabaje por fuera y lleve la delantera, mientras la mujer se encarga del hogar y dependa económicamente de él. Sofía, aún ahora (como lo muestra la línea azul) tiene tan incorporado en su ser esta estructura, que la violencia simbólica (*Bourdieu, 2000b*) se ejerce sin que su ella oponga resistencia.

Con el tiempo, Sofía ha cambiado su forma de responder ante algunas modalidades de violencia. Cuando vivía con Sergio, su respuesta era de sumisión (como lo muestra la línea azul), aunque no absoluta, pues intentó que su suegro asumiera su deuda para no perder el negocio. Pero, el resto del tiempo, ella declara que aguantaba, muchas veces en silencio, no porque no pudiera hacer nada, sino por darles a sus hijos el hogar que ella nunca tuvo. Con el tiempo, se dio cuenta de que eso no la llevaba para ninguna parte, así que decidió separarse. A partir de ese momento, cambió su forma de enfrentar las humillaciones de Sergio. A través de la línea naranja de la gráfica, se ve reflejado que asume una posición activa. Esa representación, corresponde a un proceso de años en que ella va adquiriendo autonomía y confianza en sí misma. Así, desde la separación hasta la actualidad, lo evita; aunque él le pide volver, ella no acepta e, incluso, lo rechaza explícitamente; no espera que él le resuelva sus problemas económicos, sino que se ha hecho cargo de sus hijos, con independencia. Sin embargo, la violencia de dominación todavía tiene efectos en su dimensión emocional, pues conserva sentimientos de insatisfacción, porque, si bien ha cumplido muchos de sus sueños y ha logrado sacar adelante a su familia, tuvo que renunciar a un sueño muy importante para ella: el de constituir un hogar conyugal.

En medio de la adversidad, las personas encuentran fuerzas para resistir. Considero que, en el caso de Sofía, su mayor motivación han sido sus hijos. Ellos la han estimulado para no desfallecer, a pesar de las dificultades que se le han presentado. Gracias a esto, encuentro en ella la capacidad de sobreponerse al

dolor y a la adversidad. Ella reconoce como violencia las humillaciones que ha recibido durante su vida. En la actualidad, aunque no siempre fue así, ha superado mucha de la impotencia del pasado y se rebela contra esas humillaciones, no generando más violencia, sino procurando salir adelante: “Porque de verdad, hay personas que son malas y quieren pisotearlo a uno, humillarlo, entonces, uno se cae y vuelve mil veces y dice, no, pero por qué, si yo trabajo, tengo mis cosas, por qué me van a humillar. No les estoy pidiendo limosna ni mucho menos”.

En un contexto de violencia estructural y precariedad económica, como en el que vivía Sofía, la solidaridad de su vecino (una persona en igual condición de vulnerabilidad) ayuda a cambiar profundamente las condiciones de vida de ella y su familia. Por un lado, está el hecho de que un hombre se involucró, creyó en ella (en contraste a las sentencias de Sergio: “sola no vas a poder”) y, casi sin conocerla, se arriesgó a ayudarla. Por otro lado, Sofía efectivamente consiguió el trabajo y lo mantiene hasta la actualidad. Como consecuencia, logró la estabilidad para construir su autonomía.

Gracias a estas condiciones que ayudaron a Sofía y a su capacidad de sobreponerse, veo cómo el sufrimiento, en este caso concreto – producido por los entrecruzamientos de violencia infringidos sobre Sofía a lo largo de su vida – la ha minado como persona (por eso se considera de baja autoestima), pero también la ha fortalecido y eso le sirve para proyectarse a futuro: “He luchado, pero no he terminado”.

### **3.3 Ante el sufrimiento y la violencia: resiliencia y reconciliación.**

La orfandad paterna y las consecuencias concretas que esta tuvo, dejaron heridas en la vida de Sofía, que todavía permanecen. Son marcas de las violencias que han afectado su sentido de valía, su dimensión afectiva, sus relaciones sociales, su salud. Para sobreponerse a estos sufrimientos, me cuenta Sofía, que llevó a cabo un tratamiento psicológico. De hecho, el día en que la conocí, había reanudado otro tratamiento para que le ayudaran a superar la dificultad que tiene para manifestar afecto a sus hijos y para aprender a manejar el estrés que le genera tener toda la responsabilidad económica de su familia. El médico la remitió al psicólogo, porque ambas situaciones estaban afectando su salud física.

En el 2014, durante el primer tratamiento, decidió hablar con un sacerdote, quien le insistió en perdonar de corazón para liberarse de esa opresión interior:

El padre me decía: ‘olvida tu pasado para que puedas salir adelante’. Pero es difícil, veo una familia que está mal y recuerdo esas cosas. Todo eso se cicatriza en uno. Son

muchas cosas que se guardan en el corazón. (comunicación personal, 17 de enero de 2018)

Incluso, el sacerdote le recomendó que visitara a su papá, a los familiares que le habían hecho daño para perdonar y recomponer las relaciones, porque, como ella me decía en la misma entrevista: “muchas cosas que me hicieron enfermar y ponerme muy delicada en el ser de mi corazón”. Inicialmente, lo ponderó sola, luego lo habló con su mamá, quien la apoyó en su proyecto.

Acogiendo la sugerencia, quiso conocer su familia paterna. Me dice que le parece increíble que tuvo que esperar 37 años para conocer a sus abuelos y familiares paternos. Su principal objetivo era recuperar la paz en su corazón, acabar con ese vacío con el que creció, sentirse acogida por su papá y familia, para aminorar la sensación de abandono. Sobre la experiencia de haber estado con su papá, me explicaba: “Fui y compartí con él... Estuvimos mucho tiempo y como que ese hueco se cerró del todo y, ya, uno descansa, en esa paz y esa tranquilidad”.

Con todos los sufrimientos acumulados e incorporados desde su niñez, el proceso de perdón que empezó hace algunos años, aún sigue vigente: “mi tarea es de empezar a ayudar, de que no sigan las cosas, sino de perdonar (...) duré muchos años luchando y no podía, entonces digo, yo vivía con rabia, con rencores y eso no me permitía salir adelante”. Para explicarme mejor esta idea, me dice que su hermano Jorge, el que le sigue, trabaja con la motivación de no tener la vida de su infancia: “Él guarda todavía rencor. Yo me acuerdo, pero trato que eso no sea tan fuerte para mí. Yo doy gracias a Dios de que todo ha salido bien”.

En esa fase inicial, no sólo visitó a su papá, sino a otros familiares, con quienes prefirió compartir un momento para rehacer los lazos que estaban rotos. A otros, los perdonó en el silencio de su corazón sin buscarlos ni verlos. Como empezó a ir de un lado al otro del país, Sofía me confiesa que su mamá se preocupó, pensando que iba a morir y que quería dejar las cuentas saldadas con todos. La mamá le preguntaba: “¿Sofía estás bien? ¿Estás segura de que te sientes bien? ¿Por qué estás haciendo todo esto?”.

Me cuenta que antes de ir de visita donde su papá, lo llamó y le dijo: “Lo que usted hizo en su vida, en su juventud, usted es quien tiene que darle cuentas a Dios, no a nosotros. Plata, no le puedo dar, porque yo no tengo plata, pero puedo ir y acompañarle”. Todo esto, con la intención de que no se interpretara su visita como un deseo de conseguir dinero o parte de alguna herencia cuando él muera.

Esto me lo contó cuando le pregunté si conservaba alguna fotografía de su papá. Ella me respondió, sacando su celular para mostrármela: “Una no más. Una de... de antes, una antiquísima que mi mami la tenía guardada. Y, estas fueron las que tomamos cuando fuimos con los niños... Pero, como dicen por ahí, no hay rastros de él... [y se ríe]”. También le pregunté si, para ella, era importante conservar aquella fotografía antigua de su papá, a lo que me respondió que no. Me sorprendió, porque Mariana, al contrario, consideraba necesario conservarla, por sus hijos, en especial por Sofía.

Me mostró la foto desde su celular, que no se veía muy bien por la pequeña pantalla, en que está con su papá, su mamá y su hijo. Sofía está con cara de satisfacción. Al papá se le notan los 40 años que han pasado<sup>25</sup>. La tomaron en la finca en la que vive él, en la Popa, una vereda del municipio de Girardot, en el Tolima; rodeados de mucha vegetación de clima cálido y húmedo. Ese día, me cuenta ella, fueron de paseo al río y su papá pescó. La finca queda cerca del río Magdalena. Para llegar hasta ahí, caminaron por entre potreros con mucha vegetación: “Nos metimos al río, nadamos, nos hundíamos por poquitos porque nos daba miedo la profundidad, a pesar de que mi papá nos cuidaba; y miramos los peces que se metían por entre las piedras”. Su papá llevó una atarraya. Con lo que pescó, prepararon, entre todos, un sancocho de pescado. A Sofía, le calló mal la comida, pero su papá le dijo que comiera tranquila, que él le daba un remedio seguro para ese mal.

El remedio consistía en tomarse unas cervecitas. Más tarde fueron juntos a una tienda, donde se quedaron hasta la media noche, tomando una tras otra. Según Sofía, Mariana iba cada media hora para ver cómo estaba, sorprendida de lo que hacía su hija, que estaba dichosa bebiendo con su padre. Pues conforme ellas me cuentan, Sofía nunca sale ni toma. Le decía a Luis que ya se devolvieran, porque Sofía se iba a enfermar con todo lo que había comido y tomado. Pero nada servía para pararlos, ellos siguieron tomando y bailando durante horas. ¡Estaban felices!

---

<sup>25</sup> En la fotografía que incluyo más adelante, la cara del papá sale difuminada, a petición de Sofía y su madre.



*Fotografía 13: De izquierda a derecha: Sofía, Luis, el papá de Sofía; su hijo Damián y a bajo, Mariana, la mamá de Sofía. Fecha: enero de 2015.*

Cuando al fin volvieron a la finca, me decía Sofía, refiriéndose a su mamá, que no durmió por estar pendiente de ella, por si le pasaba algo por haber bebido tanto. Se levantó al día siguiente como si nada, cosa rara, porque me explicaba que ingerir alcohol le cae muy mal. La mujer con la que vive ahora su papá le decía a Mariana con cierto tono de ironía: “Su hija como que es alcohólica”. Y Mariana, preocupada como estaba, le respondía: “No, ella no es alcohólica, si ella no sale. Del trabajo a la casa y no más... Lo que está haciendo ella acá, no lo hace en Bogotá nunca”. En fin, Sofía sintió que había cumplido satisfactoriamente con su objetivo: tejer lazos con su papá, perdonarlo y reconstruir su corazón. Sintió que se había acercado a la paz que necesitaba. No obstante, las secuelas de la violencia que vivió en su infancia por carecer de padre siguen presentes en ella.

Su papá le pidió que se fuera a vivir con él, pero ella se negó. Hubiera implicado dejar a su mamá, quien siempre había estado con ellos y quien les había dado todo: “En cambio usted no. Usted se ha dedicado a sus hijos, a sus cosas y a nosotros no”, le dijo. Respuesta que me deja cierta inquietud, pues ella plantea que la razón para no irse a vivir con su papá es el cuidado de su mamá.

Es decir, que posiblemente, si Mariana no viviera con ella o ya hubiese muerto, sí se iría a vivir con él. Me llama la atención, porque esto me permite ver que la forma de pensar de Sofía está muy marcada por la dominación masculina (Bourdieu, 2000b).

Luis también le propuso a Sofía que le comprara parte de la finca, para que se construya una casa y tenga donde llegar. Es un proyecto que Sofía no descarta, pero, por ahora, sus esfuerzos están concentrados en el apartamento que compró y en el estudio de sus hijos. Me sorprendió que considerara la oferta, pues si su papá nunca le dio nada, conforme ella cuenta, sería razonable pensar que, en un proceso de reconciliación, Luis, acogiendo la intención de Sofía de reconstruir lazos, él le seda ese pedazo de terreno. Como una forma de saldar con generosidad, su ausencia o su indiferencia.

Por ahora, a Sofía lo que sí le gustaría hacer, es volver a visitarlo, pero no ha tenido el dinero para hacerlo. Entre otras cosas, porque para ella es importante llevarle un detalle “para demostrarle a él que las cosas no son sólo la plata... también el detalle de compartir”, porque, me explica:

Mi mami nos ha enseñado que, si hacemos una visita, llevamos el pan... Entonces, no soy capaz de llegar donde mi papá sin nada. La otra vez que fui le llevé un par de medias y él quedó como sorprendido... Él nunca hizo eso con nosotros. (Comunicación personal, 17 de enero de 2018)

Aunque los procesos de reconciliación han ayudado a Sofía a que disminuyan los sentimientos de sufrimiento, dolor y resentimiento contra su papá, la relación entre ambos no ha cambiado sustancialmente. Continúan sin frecuentarse, aunque hablan de vez en cuando. Él va a visitarla, si está en Bogotá y le queda tiempo. Es una situación similar a la de Mariana con su madre. Cuando Mariana fue a verla, logró superar la sensación de abandono gracias a que Hortensia la recibió con afecto, pero la relación entre ambas no se ha estrechado y las marcas del abandono materno continúan en ella.

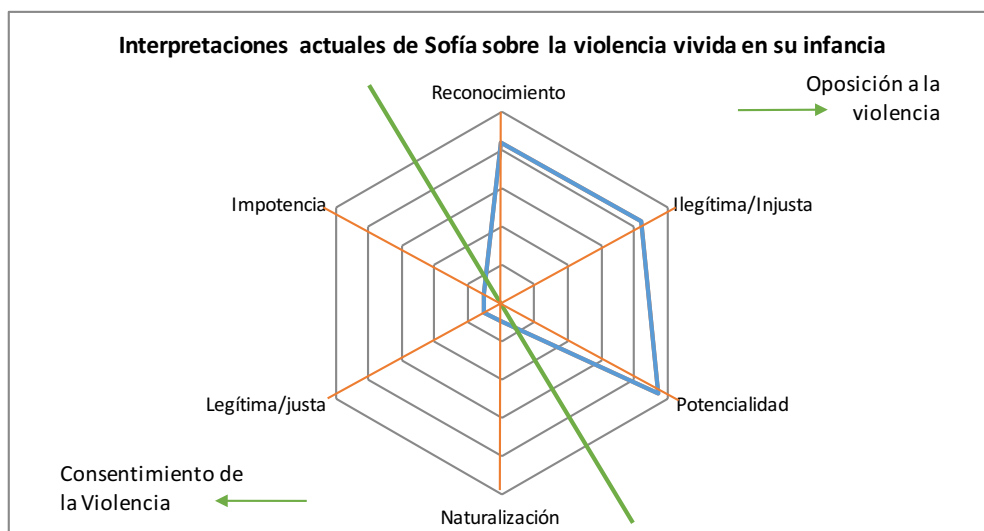
En ambos casos, los procesos de reconciliación las ayudaron a sentirse acogidas por sus progenitores, en respuesta a la sensación de abandono con la que vivieron tantos años. Esto las alivió interiormente, les dio esperanza, al tiempo que redujo el rencor y la amargura. Empero, las consecuencias de las violencias permanecen en la vida de ambas.

En el caso de Sofía, la ausencia de su padre en un contexto de violencia estructural condujo, a que ella, su madre y sus hermanos vivieran un continuo de violencia y sufrimiento (Scheper-Hughes & Bourgois, 2003; Bourgois, 2009a; 2009b), que entorpeció sus condiciones de

realización. Por mencionar un ejemplo entre varios, a penas, a los 27 años terminó el bachillerato y, hasta la fecha, no ha podido concluir una carrera técnica que empezó a los 36 (ahora tiene 40 años), porque sus horarios laborales no se lo permiten. La falta de títulos académicos, como ella me explica, ha impedido que pueda cumplir su sueño de cambiar de trabajo o ascender en la empresa donde está ahora.

Además, esta situación invita a reflexionar sobre los efectos de la dominación masculina. Pues, pone en evidencia la sumisión de la mujer ante el hombre, de Sofía ante su padre. Porque, en este proceso de perdón, ella se resigna, acepta o se conforma ante la injusticia de la que fue víctima. Con esto, no quiero insinuar que deba seguir en una cadena de resentimientos y rencores, sino que paralelo al proceso de perdón, también veo necesario, que Sofía, como cualquier mujer en circunstancias similares, sepa darse el lugar que le corresponde. Pues, me parece que a ella le pasa lo que West y Fenstermaker (2010) explican que, como parte de la condición dominada, las mujeres más victimizadas son menos propensas a protestar y, pienso que también, pueden tener más dificultades para reconocer las disparidades entre hombres y mujeres.

Además, la reconciliación de Sofía con su papá supuso nuevamente un proceso de abnegación por parte de ella para superar la amargura en la que se sentía atrapada y reconstruirse a sí misma. Pudo tomar otro camino, pero este fue el que decidió y ella considera que sirvió, porque logró la paz que necesitaba. Esto me lleva a pensar otra vez que, en algunas ocasiones, el uso de la violencia – en este caso, de la violencia moral hacia sí misma – sirve para parar la violencia – o la interpretación de la violencia, que Sofía había mantenido durante muchos años y que le hacía daño.



Gráfica 15: Interpretaciones actuales de Sofía sobre la ausencia paterna y la violencia sufrida en su infancia.

En la trayectoria de vida de Sofía, es posible apreciar cómo las interpretaciones sobre la violencia se han modificado con el tiempo. Ella, durante años, cargó con el rencor y el resentimiento contra su papá, contra los primos con los que vivió cuando era niña y, siendo adulta, contra su exesposo. Aunque ya no vivía con ellos, su prima la más ofensiva había muerto y ella había tomado la decisión de terminar la relación con Sergio, esos recuerdos seguían lastimándola internamente. Esas personas – aún en su ausencia – seguían violentándola. Esta persistencia del sufrimiento tenía cierta relación con las interpretaciones que ella había hecho sobre los comportamientos y las ofensas de ellos. Es claro que ella no era solamente consciente de las múltiples formas de violencias que la habían afectado, tanto físicas como morales, sino que las consideraba como injustas e ilegítimas<sup>26</sup>. Como lo muestra la gráfica: las interpretaciones de Sofía en la actualidad están todas del lado de la oposición a la violencia.

Todo esto dependía de las interpretaciones que ella había hecho sobre los comportamientos y las ofensas de ellos. Es claro que para ella la violencia, física y moral, fueron visibles e ilegítimas. Ante algunas situaciones, que Sofía consideraba injustas, ella ha conservado sentimientos de impotencia. Por ejemplo, cuando ella se pregunta, por qué nadie se preocupó por saber cómo estaba ella y sus hermanos. En el fondo de este cuestionamiento hay un reclamo a su padre por haberlos abandonado. También, porque la ausencia paterna contrajo una cadena de traumas y sufrimientos, que a lo largo de su vida siguieron hiriéndola, le quitaban la paz y la enfermaron síquicamente. Por eso, un psicólogo le digo en consulta: “usted tiene secuelas de su infancia, por eso se mantiene así, se estresa”.

No obstante, aunque en otros casos, en que ella reconocía la violencia, no la legitimaba y ejecutaba acciones para enfrentarla, ella se sentía inconforme porque no cambiaba su situación. La sensación de abandono y desamparo no se aliviaba, no había logrado construir un hogar en el que no se repitiera la historia de separación de sus padres. Había pasado muchos años resistiéndose internamente, peleando con ella misma por su pasado.

De acuerdo a las tensiones sobre las interpretaciones de la violencia con las que he venido trabajando, había dividido el concepto de consentimiento en tres: se consiente a la violencia porque no es visible; se consiente a la violencia porque se la considera justa; y se consiente a la violencia porque se siente impotente ante ella. Sin embargo, la situación de Sofía me permite introducir una cuarta tensión que responde a otra manera de pensar la violencia, relacionada con el perdón. Sofía, reconoce que lo que hizo su papá estuvo mal, que eso le hizo daño, pero, asimismo, se da cuenta de que no puede cambiarlo.

---

<sup>26</sup> Se puede decir sin embargo que, seguramente, algunas situaciones que podrían ser interpretadas como violentas no lo eran por parte de ella; y también que algunas situaciones que podrían ser interpretadas como injustas, tampoco lo eran por parte de ella. Como la dominación masculina en su relación de pareja o la violencia laboral estructural, que presentaré más adelante.

Acepta el maltrato, sin considerarlo justo ni merecido, sino, como una realidad ineludible en su vida. Por eso, buscó otra manera de enfrentar la violencia y, finalmente, optó por el camino del perdón. Una senda que parece ambigua, pues voluntariamente acepta la violencia, para superarla.

Subjetivamente, Sofía ahora está mejor. No siente con tanta intensidad el rencor, rabia o malestar. Y esto, le ayuda a proyectarse positivamente a futuro. Aunque, por el momento, sus condiciones materiales de realización continúan iguales, pienso que mejorarán cuando le entreguen el apartamento que compró. No obstante, la compra de la vivienda no es una consecuencia directa del proceso de reconciliación ni de su voluntad personal. Aunque, ha influido, pues hace parte de su proyecto de vida, es consecuencia de las posibilidades económicas gracias a la seguridad que le aporta un trabajo estable y las facilidades que le ofrece la empresa donde trabaja, para obtener un préstamo.

Veo dos formas de interpretar el perdón en el caso de Sofía: el “perdón como sumisión” y el “perdón como fuente de tranquilidad”. El primer caso, se puede asociar con una forma de resignación o sumisión, en cuanto exige dejar en el pasado, “olvidar” el daño recibido. Para esto, reconoce el daño, pero decide dejar de sufrir por él. En paralelo, en el caso de Sofía, el perdón funciona como una forma de transformar el sufrimiento en paz. Ambas interpretaciones del perdón se complementan. Para Sofía, resignarse ante las situaciones demasiado duras que vivió le genera más paz que permanecer en la lucha contra ellas, como hacía antes. Sin embargo, ella no necesariamente ha olvidado el acto de violencia: este puede seguir viviendo en sus recuerdos, pero con el perdón ha logrado transformar sus sentimientos e interpretaciones, de manera que no le hagan tanto daño. Por lo menos, es lo que ella intenta hacer para mantener la paz.

Para llegar a esto, Sofía necesitó visitar a su papá, compartir con él, sentir físicamente que tiene un padre, que es acogida por él. En este sentido, ella no sólo estaba intentando perdonar, sino también intentando llenar el vacío interior que dejó la orfandad paterna. Pero no buscó el encuentro personal en todos los casos en que perdonó, posiblemente porque no necesitaba curar otro tipo de heridas. También, procuró perdonar a Sergio y eso le ha servido para relacionarse con él con más tranquilidad; pero no por eso volvió con él. Pienso que, en esta situación, además de descargarse del resentimiento, Sofía ha sabido exigir más respeto por parte de su exesposo.

### **3.4. Superar las heridas de la violencia: proyecto de vida y estabilidad laboral.**

Como parte del proceso que Sofía ha llevado a cabo para recuperar su vida y sanar las heridas, diseñó un proyecto de vida con las metas que se propuso alcanzar, las cuales considero

son otras formas de asumir su capacidad de agencia frente a las violencias y sufrimientos padecidos. Esta idea surgió en el 2015, cuando, según ella, se dio cuenta de que no hacía nada en su vida. Entonces asistió a unos talleres y reuniones sobre superación personal, en los que enseñaban a los asistentes a diseñar sus proyectos. Todo lo escribió en un papel, que me mostró la primera vez que fui a su casa. Es una hoja blanca, sobre la cual ha dibujado con esfero negro una pirámide que representa el nivel de prioridades de sus metas. La tiene pegada en la puerta de su armario para verla y recordarla a diario. Una de sus prioridades es perdonar, pero quiere también lograr algunos cambios en su vida. Mientras me muestra la hoja, me explica que no quiere seguir trabajando en seguridad. Empezó a estudiar para tener otra profesión, su casa propia, carro y poder viajar.

Con muchísima ilusión, me muestra una fotografía de ella con los brazos abiertos en una playa de Santa Marta: el día en que conoció el mar. Esta imagen representa, para ella, uno de los hitos de su vida, tanto porque está cumpliendo un sueño acompañada de sus hijos y su mamá; como porque hacía parte de ese proceso de liberación interior.

Para mostrarme la foto, prende el computador. Se mete a su cuenta de Facebook, con cierta dificultad, pues no acostumbra a entrar a esta plataforma. Siento que está dispuesta a sortear cualquier dificultad, porque, para ella, es muy importante mostrarme esa fotografía. Ante tanta emoción, procuro compartir los mismos sentimientos y le pido que me cuente más del viaje. También me muestra otras fotos en que está con sus hijos, primos, sobrinos, la mamá. Viajaron varias personas con ella, menos su hermano menor. Entonces, me cuenta que, al principio, estaba preocupada y, por eso, no quería compartir fotos en Facebook para que su hermano no se sintiera mal por no estar con ellos.



*Fotografía 14: Sofía el día en que conoció el mar, en Santa Marta. Marzo de 2016.*

Asegura que todavía hay cosas que le faltan, como aprender a manejar sus hijos, pues pelea mucho con ellos; o tener más seguridad personal, porque, si bien ha trabajado en adquirir autoestima, ella reconoce que todavía le queda camino por recorrer: “pues (...) me ha tocado estudiar mucho para eso, (...) me he dejado caer como muy fácil. Siempre me ha tocado como superarme en muchas cosas, pero ahí vamos”. En relación con sus hijos, procura trabajar en cómo manifestarles cariño, porque ellos reclaman que los abrace o los bese. Sofía me explica que asume esto como una falla. Pues, por fuera de su casa, es divertida, conversadora, ayuda a la gente, mientras, con los suyos es rígida, estricta, porque siente la responsabilidad de educarlos. Aunque ella les dice que los quiere, y es evidente que es así – son parte importante de la motivación de su trabajo y esfuerzo –, sus hijos esperan manifestaciones físicas de cariño, compartir tiempo en familia, para sentirla más cerca. Sofía me explica que su mamá no era muy expresiva y eso fue lo que aprendió, pero cuando ve familias que se demuestran afectuosamente el cariño, le gustaría hacer lo mismo. No obstante, dice ella, cuando llega a su casa se le olvida, lo cambia por “su papel de mamá responsable”. Pero, de esta forma, aleja a sus hijos y todos sufren. Para consolarlos les dice: “tengan paciencia, las cosas conmigo no han sido tan fáciles, he aprendido a defenderme en la vida”.

Otro propósito de su proyecto de vida se concretó cuando empezó a estudiar una carrera técnica en Cencabo, un centro de capacitación para el trabajo que tiene convenio con el Sena. Se está preparando para ser auxiliar administrativa. Estudia en la sede de Soacha, que queda cerca de su casa, y procura hacerlo compatible con su trabajo como guarda de seguridad, pero por sus horarios laborales no siempre ha sido posible. Paga 60.000 pesos de matrícula al mes y va dos veces por semana. “En Cencabo no hemos tomado fotos, (...) pero siempre las tomo y las guardo en mi corazón. Las tengo ahí, muy represaditas”. Para ella, es muy importante estudiar: espera, con esto, mejorar sus condiciones de vida y que se le abran nuevas oportunidades laborales para llevar a cabo sus planes. Donde trabaja actualmente ha pedido ascensos, aunque la felicitan por su buen desempeño, no la han promovido. Al contrario, según lo que ella me comenta, siente que sus jefes han beneficiado a compañeros que llevan menos tiempo o que quizá no han sido tan consagrados como ella a su trabajo. Este conjunto de situaciones la incomodan por la injusticia que encuentra en ellas, pues son formas de violencia moral, de baja intensidad, que obstaculizan sus proyectos. Pero también le ha servido para aplicarse más y buscar nuevas oportunidades.

Para ilustrarme su ambiente laboral, me contó cómo un compañero se ofreció a ayudarla, pero en realidad, él aprovechó las circunstancias para mentir y dejar mal a Sofía. Afortunadamente, ella pudo aclarar la situación, aunque esto le generó varios problemas con su jefe directo. Este es sólo un ejemplo, de diversas situaciones similares que Sofía enfrenta en su trabajo.

No ha logrado el ascenso que tanto desea, no porque trabaje mal o le falte voluntad, al contrario, cuenta con diplomas de felicitaciones y la confianza de sus jefes por el buen ejercicio de su labor. Según ella, esto sucede, porque sus compañeros adulan a sus jefes para obtener beneficios y porque ella no ha podido terminar su carrera. A pesar de que ha solicitado un poco de flexibilidad en los horarios para tomar los cursos que le faltan para graduarse, no se la han concedido. Pero, asimismo, en el instituto en que estudia, no siempre abren los cursos que le faltan o las exigencias en tiempo, no siempre son compatibles con su trabajo.



*Fotografía 15: Reconocimiento público a Sofía y a algunos de sus compañeros en su lugar de trabajo. Fotografía de la cartelera en que fueron publicados. Álbum personal, digital. Fecha: diciembre 2016.*

Cuando Sofía habla de sus metas, se entusiasma: habla muy rápido, pasa de una historia a otra, todo para explicarme cómo se ha propuesto poner en marcha su nuevo proyecto de vida. Vuelve sobre la idea de que, gracias a su lucha o a su propio esfuerzo, ha logrado salir adelante. Esto me invita a reflexionar sobre la necesidad de tener en cuenta la dimensión social en sus ejercicios de superación personal. Pienso que la insatisfacción y la impotencia de Sofía se mantendrán, mientras continúe atribuyendo a su voluntad personal la responsabilidad del logro de sus metas. Relativizando así, los factores estructurales y sociales que impiden cumplirlas. Con esto, no quiero decir que sus esfuerzos no tengan sentido, son necesarios e importantes, pero no son suficientes, cuando “compiten” con la construcción asimétrica de su mundo social. También pienso que su forma de ver las cosas responde a que ella por mucho tiempo se ha sentido insegura, pero ha constatado que es capaz de emprender proyectos que mejoran sus condiciones de vida. Pues no es una cuestión sólo de voluntad personal, sino de las estructuras sociales en que está insertada. Por ejemplo, me dice que con la “reflexión religiosa” su vida cambió, porque perdonó y, con entusiasmo, afirma: “todo lo que he pedido a Dios me ha dado”. Para ella, es como si su proceso de reconciliación y haber definido un proyecto de vida, transformó ya su vida. En realidad, su vida continúa con muchas de las dificultades que enfrentaba antes de perdonar, lo que ha cambiado es su forma de interpretarlas. Perdonar le sirvió para mirar su pasado con tranquilidad y, más bien, proyectarse a futuro.

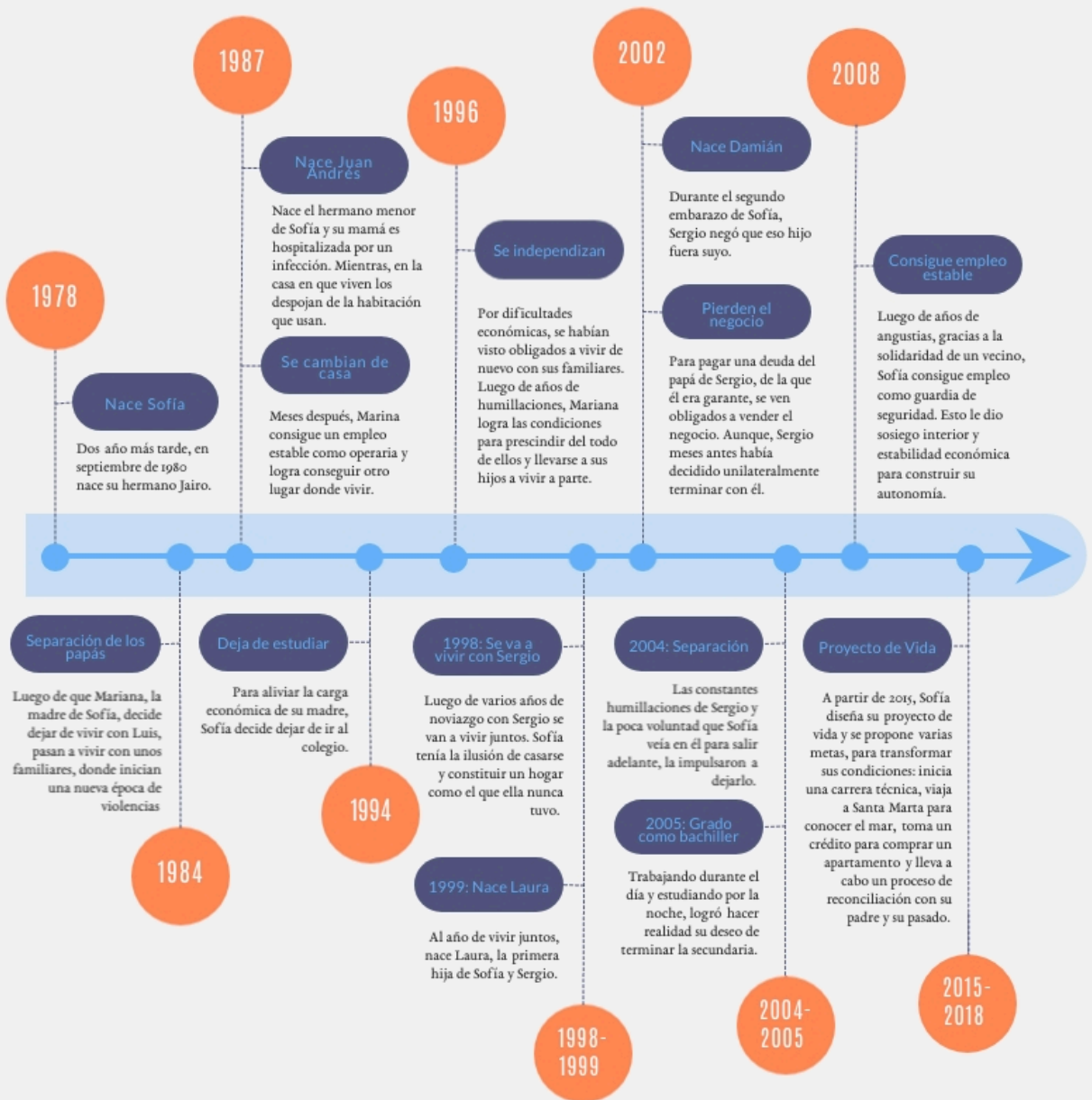
Según ella, los cambios que va logrando son resultado de meditar sobre su propia vida y aprender de sus experiencias: “una lucha fuerte, de bajonazos, momentos buenos y malos”, como los describe. “A veces digo, si mi mami pudo con tres hijos, porque yo no voy a poder con dos. Si

esta época es más fácil que la que vivimos”. Pero, la mejora en las condiciones de vida de su mamá, sus hijos y de ella, no son consecuencia única y directa de su esfuerzo personal. Gracias al trabajo que consiguió como guardia de seguridad, logró en gran medida “reducir los riesgos sociales” (Castel, 2008b) a los que estuvo expuesta en su infancia, durante el tiempo que vivió con Sergio y cuando recién se separó de él. Ha evitado que las formas extremas de violencia que ella enfrentó cuando era niña y en su adolescencia, se repitan en la vida de sus hijos. También, gracias a esto, adquirió cierta autonomía y estabilidad para re-construirse como persona. Pienso, que todas estas acciones no sólo han mejorado sus condiciones de vida, también han sido formas de aliviar el sufrimiento y darse un lugar en su entorno social.

A continuación, para ayudar al lector a ubicarse en lo narrado hasta ahora, presento de forma gráfica, a través de una línea de tiempo, los principales momentos de la vida de Sofia.

# Sofía

## Línea del tiempo



Gráfica 16: Línea del tiempo de la vida de Sofía.

### 3.5 Conclusiones:

Al igual que en el caso de Mariana, en la vida de Sofía analizo las modalidades e interpretaciones de violencia y cómo se interrelacionan. Ambas, madre e hija, padecen diversidad de formas de violencias, que vulneran su dignidad. La diferencia está en los efectos en la vida de cada una, en parte, por las interpretaciones que ellas hacen de las violencias. En ese sentido, pienso que el caso de Sofía me permite destacar la dimensión personal e interpretativa de las experiencias de violencia y sufrimiento, estrechamente unidas a su dimensión social (Le Breton, 1999).

Los relatos de Sofía también me permiten hacer un análisis de la doble dominación, una de género y otra de clase. En cuanto a la primera, muchas de las humillaciones que recibió Sofía en su infancia, fueron consecuencia de no tener papá; hecho que aumentaba el sufrimiento de ella como niña, que añoraba un padre y no lo tenía. Estas manifestaciones de violencia de dominación se articulaban con violencias interpersonales, ejercidas casi siempre, por miembros de su familia; y con otras indirectas, como las violencias estructurales –la pobreza y la marginación-, que intensificaban y motivaban las formas de violencia más tangibles.

Los efectos de la violencia estructural en la vida de Sofía se manifiestan, durante su infancia y adolescencia, en la escasez material, en parte, por la inestabilidad laboral de su mamá; las necesidades básicas insatisfechas, como la carencia de un lugar donde vivir, y en su decisión de dejar de estudiar para aliviar la carga económica de su mamá. Pero también, en el maltrato que recibía en casa de sus familiares, razón por la cual, su mamá la encerraba cuando era niña para protegerla. La misma situación de escasez fomentaba el maltrato físico y moral entre los miembros de la familia, con todas las paradojas que esto conlleva. Estas situaciones ayudan a comprender cómo “las desigualdades sociales operan en el centro de la violencia estructural” (Farmer, 2007. Pág. 71). Porque en la casa de sus tíos, todos compartían la misma condición social. No obstante, había una jerarquía en ese microcosmos social que ponía en desventaja a Sofía y sus hermanos, quienes, aunque pagaban arriendo eran tratados como intrusos.

Tanto en el caso de Sofía como en el de Mariana, las formas de violencia intrafamiliar, también se dirigían a menores de edad. Eran violencias “normalizadas” (Bourgois, 2009a; 2009b) por su frecuencia, por las condiciones materiales en que vivían y la misma vulnerabilidad de las víctimas y victimarios. Por su persistencia en el tiempo, las modalidades morales como las

humillaciones, las ofensas verbales, los desprecios fueron muy perjudiciales para la construcción de Sofía, en especial, para su sentido de valía.

En su relación de pareja, se da una prolongación de este tipo de violencias que también afectaron su autoestima. Sergio la humillaba como esposa, como mujer y como trabajadora subestimaba sus capacidades. La inseguridad, el miedo y el sentimiento de inferioridad son consecuencias de la dominación masculina en la dimensión emocional de Sofía. Pero, también lo es la frustración por no haber hecho realidad su sueño de constituir un hogar conyugal y envejecer junto a su esposo; por estar obligada a salir a trabajar para mantener a sus hijos, en vez de dedicarse a las tareas del hogar y cuidar de su marido, como ella esperaba. Esta visión demuestra que ella había incorporado la estructura mental de la dominación masculina, según la cual el hombre es quien debe trabajar por fuera y ser el proveedor del hogar. En este sentido, el desengaño de Sofía aumentaba, pues su exesposo no asumió la responsabilidad de solventar las necesidades de la familia.

No obstante, conseguir empleo le dio a Sofía estabilidad y autonomía. Pues fue el medio para construir un hogar en paz, suplir las necesidades básicas de sus hijos, aminorar los efectos de las violencias y reducir los “riesgos sociales” (Castel, 2008) de su familia, en un contexto de precariedad. El trabajo remunerado se convirtió para Sofía en el atenuante de sus sufrimientos y dificultades (Le Breton, 1999), así como el medio que le proveyó las condiciones para reconstruirse como persona.

Sobre las interpretaciones de las violencias, para ella la directa o interpersonal es visible e ilegítima, mientras, a las violencias implícitas como las de dominación, las naturaliza. Aun así, a lo largo de su vida, a través de procesos personales de reflexión y terapias psicológicas, va tomando conciencia del daño que ha sufrido y va transformando sus sentimientos de impotencia.

Ante el abandono y la indiferencia de su papá, ella reconocía la violencia, en especial por las consecuencias que tuvo en su infancia; y la consideraba injusta. Aunque llevó a cabo acciones efectivas para evitar la reproducción social del sufrimiento en la vida de sus hijos, ante su situación personal se sentía impotente e insatisfecha. Por eso cultivó y conservó sentimientos de amargura y resentimiento en contra de su papá, durante muchos años. Ante la violencia de sus familiares y de su esposo, ella asumió inicialmente una actitud sumisa, como estrategia para evitar la violencia o por el bienestar de sus hijos, pero también cultivó rencor contra sus victimarios.

Los sentimientos de amargura, rencor, inferioridad e impotencia eran consecuencia de la violencia estructural en la que había vivido, así como de la asimetría en las relaciones entre hombres y mujeres. Sentimientos que alimentaron durante algunos años la sensación de desesperanza ante la posibilidad de mejorar su situación. Además, en Sofía el resentimiento era consecuencia de su forma de interpretar la violencia, el cual perpetuaba el daño incluso en ausencia del victimario. Le quitaba la paz y la fue enfermando tanto psíquica como físicamente. Asimismo, la sensación de amargura se nutría de lo que ella consideraba sus fracasos, como no haber logrado el modelo de hogar que soñaba, no contar con títulos académicos que la acrediten para buscar otros empleos o sus carencias económicas. Este conjunto de cosas, mantenían a Sofía en conflicto con ella misma.

Dentro del entramado de interpretaciones que hace Sofía, ella se atribuye la responsabilidad de los efectos de algunas violencias. Por ejemplo, se siente culpable por no haber terminado el bachillerato en su adolescencia o porque no ha terminado la carrera técnica, con la cual aspira a conseguir un empleo de su agrado, con mejores ingresos, condiciones y horarios. Es decir, ella imputa a su voluntad personal, los obstáculos que la violencia estructural impone a sus posibilidades de realización (Galtung, 1969; 2017).

Luego de reflexionar sobre su pasado y sobre las consecuencias de la amargura en su vida, Sofía decidió llevar a cabo un proceso de reconciliación, motivado por una forma distinta de interpretar las violencias. Como había explicado al inicio, el concepto de violencia puede remitir a vivencias variadas, que pueden ser analizadas desde las modalidades de ejecución del acto violento, así como desde las interpretaciones. Todo sufrimiento remite a un significado que depende de la interpretación de cada persona, y, de ese significado depende, a su vez, la intensidad del sufrimiento (Le Breton, 1999).

Las valoraciones y significados que da Sofía a las violencias, me permiten introducir una cuarta tensión en el conjunto de interpretaciones de la violencia. Pues se trata de otra manera de verla, relacionada con el consentimiento a la violencia y el perdón (Consentimiento - Perdón vs. Oposición – Resentimiento), que permitió a Sofía enfrentar interiormente la violencia y superarla.

Sofía reconoce la violencia durante su infancia o en su relación de pareja, y escoge aceptarla; pero no por eso, la considera legítima ni merecida. Al contrario, la rechaza. Viéndose impotente ante ella y ante el daño con el que ha convivido, opta por el camino del perdón. Parece ambiguo, porque acepta la violencia, para superarla. De hecho, Sofía logra sobreponerse, resolver

su malestar interior y proyectarse a futuro, mirando con paz su pasado porque ha dado un nuevo valor a esas experiencias, un nuevo significado a ese sufrimiento. A su papá, dejó de verlo como “agresor”, para verlo como deseaba o necesitaba: como un padre. Con esto, llenó el vacío que generaba en su corazón la sensación de abandono, que le hacía sufrir.

También parece ambiguo, pues el perdón requiere de un acto de sumisión: porque reconociendo la violencia implica renunciar a luchar. Es aceptar y olvidar la violencia para dejar de sufrir. Asimismo, vemos cómo a Sofía perdonar le da paz. Pero, aceptar el daño, dejarlo en el pasado es en realidad renunciar a luchar en la forma en que siempre lo había hecho, para afrontarlo de una forma diferente que es fuente de tranquilidad para ella, en la medida que supera el resentimiento. Los hechos violentos permanecen en sus recuerdos y sus consecuencias aún se pueden palpar en la vida de Sofía, su madre y sus hermanos; sin embargo, con el perdón ha transformado la interpretación que hacía de estos, de manera que no continúen lastimándola.

En este proceso de reconciliación, la reparación es paradójica: Sofía busca a su padre para saldar la deuda por él: el encuentro físico le permitió a ella constatar la paternidad y con eso transformar su interior. Sin embargo, perdonar a un padre que nunca ejerció la paternidad, por la necesidad de sentirse acogida, aceptada o por el hecho de sentir la filiación, es un acto de sumisión, que ayuda a aliviar la dimensión afectiva de Sofía. En ese sentido, también es un acto impregnado de dominación masculina, porque, finalmente ella termina rindiéndose ante la violencia paterna.

Pero eso no quiere decir que perdonar a su papá sea un acto absurdo. Al contrario, para Sofía, el diseño de su proyecto personal y el proceso de reconciliación con su padre, son un punto de inflexión en su vida, pues son formas distintas de afrontar la violencia. Gracias a eso, cambia los sentimientos negativos que había cultivado a raíz de las experiencias de maltrato, rechazo o abandono, por sentimientos de paz y esperanza que le dan mayor sentido a su vida.

## **Capítulo 4**

### **La tercera generación: ¿reproducción social de la violencia?**

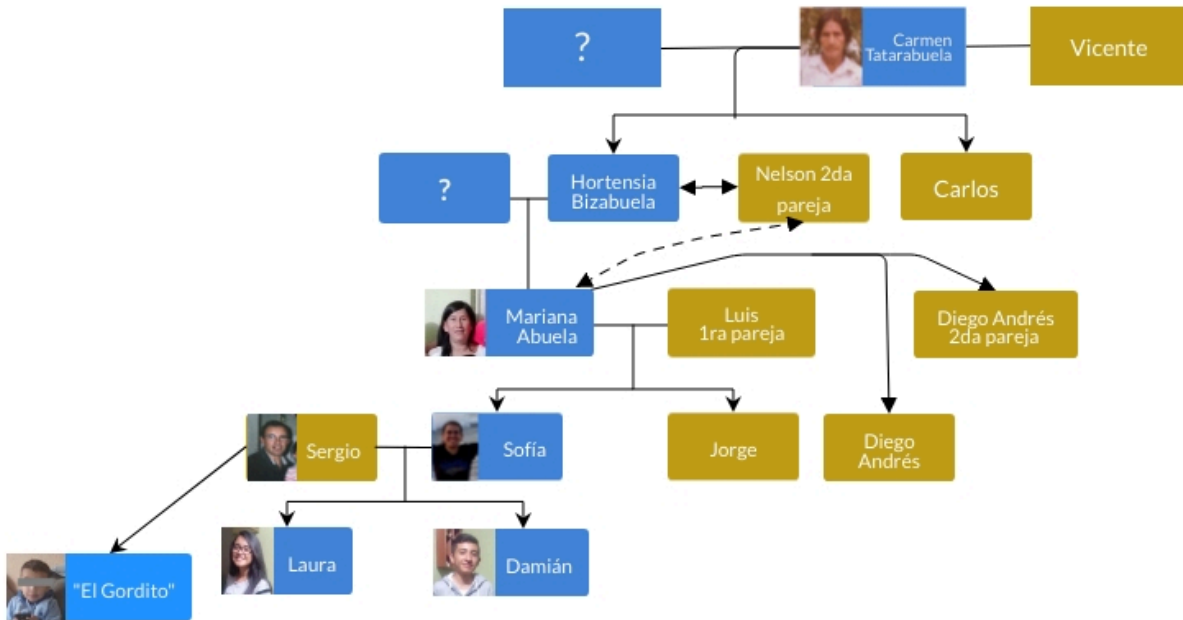
En este capítulo, he indagado sobre la reproducción social del sufrimiento y la violencia, comparando las modalidades de violencia vividas por la abuela y la madre, con las de la última generación; así como las interpretaciones sobre la violencia que hace cada una de ellas. Las experiencias de violencia, en este caso, me permiten evaluar los cambios en la intensidad, frecuencia y forma de las violencias de una generación a otra, así como en las formas de interpretarlas. Me he interesado, en concreto, por evaluar cómo las condiciones materiales de existencia y la adquisición de capitales culturales, influyen en la forma de percibir la violencia. Me detengo en las violencias estructurales y de dominación, así como los efectos que estas tienen, conforme a su condición de clase, género y edad. Para eso, he tomado el caso de Laura, la hija mayor de Sofía y Sergio; y el caso de “El Gordito”, un niño de 3 años, medio hermano de Laura y Damián, por parte de papá.

El caso de “El Gordito” me permite evidenciar cómo opera la dominación masculina en un contexto de precariedad y cómo esto afecta a la construcción del niño como persona. También, me permite analizar cómo algunos modelos de masculinidad tienen efectos nocivos para los mismos hombres y sus familias. Presento este caso a través de los relatos de Sofía y Laura, como testigos de las manifestaciones de violencia sufridas por el bebé.

Al reducir la intensidad y frecuencia de las violencias directas en la última generación, son menos perceptibles y, por tanto, más difíciles de identificar. Sin embargo, me parece importante analizarlas, pues siguen presentes; aunque sus víctimas y victimarios no siempre las reconozcan.

A continuación, incluyo el árbol genealógico con todas las generaciones mencionadas hasta ahora. Lo he diseñado para ubicar al lector en los personajes, facilitar la comprensión de las relaciones familiares y los relatos de las protagonistas. Por esta razón, no incluyo a todos los miembros de la familia, sino sólo a quienes hacen parte de los relatos.

## Árbol Genealógico de la Familia



Gráfica 17: Árbol genealógico de la familia del caso presentado.

### 4.1 El Gordito: un caso de solidaridad entre víctimas de violencias de dominación.

Mientras entrevistaba a Sofía, sus hijos trajeron a la casa al “Gordito”, un niño de casi tres años, medio hermano por parte de papá. Como con Sofía, ya veníamos hablando de la relación con su exesposo, la llegada del bebé le sirvió para ejemplificar algunas situaciones, que son útiles para este trabajo, porque evidencian la reproducción social del sufrimiento de una generación a otra. Mariana, la abuela, rechazada por su madre y olvidada por su padre, fue acogida por su abuela que hacía las veces de mamá, pero la maltrataba físicamente. Sofía, aunque sí contó con los cuidados maternos, no tuvo padre que velara por ella y fue agredida moralmente por su familia, en un contexto de doble dominación. Ahora, en las vidas de Laura y Damián, se repite la historia de indiferencia paterna: la mamá cuida de ellos, pero el papá, aunque vive cerca, no siempre se ha comprometido con su educación y su sostenimiento. En el caso del Gordito, el descuido paterno se acentúa. Al principio, Sergio no quiso reconocerlo, no se preocupaba por saber cómo estaba, y la mamá, si bien vivía con él, no le proporciona el ámbito adecuado para su desarrollo.



*Fotografía 16: “El Gordito”. Fecha: 11 de abril de 2018*

Me cuenta Sofía que, cuando nació el Gordito, Damián decayó en el estudio porque pensaba que el bebé lo iba a desplazar de su familia, en concreto, que su mamá estaría más pendiente del bebé y se olvidaría de él. Del colegio, llamaron a la mamá para saber qué pasaba en la familia. Luego de entender la situación, lograron darle el apoyo adecuado para que remontara. Ahora, en cambio, no se despegaba de su hermano. Este miedo que tenía Damián de perder la atención de su mamá es muy revelador: el niño ni siquiera era hijo de ella y su papá, al igual que en su caso, se había desentendido de él. Al parecer, Damián concebía la llegada de un nuevo niño en la familia, como una amenaza para su principal fuente de seguridad: los cuidados y la atención maternal. Su mamá le hizo entender que eso no sucedería y pronto pudo superar su angustia. Esta situación, también me sirvió para comprender cómo, en contextos de vulnerabilidad, la sola presencia de un ser indefenso, cómo la de un bebé, puede considerarse una amenaza.

Le pregunté a Sofía porque se refería siempre al bebé como “pobrecito”. Resulta que Leidy, la mamá del Gordito, pensó que, al quedar embarazada, lograría que Sergio quisiera irse a vivir con ella. Pero no fue así. Según Sofía, para él, era sólo una “aventura, porque siempre ha sido muy pica flor”. Me explicaba que, para conquistarse a las mujeres, les promete de todo, las ilusiona,

pasa el rato y las deja. Pues, mientras fueron novios, le fue infiel en varias ocasiones y una vez cuando vivieron juntos. Pero ella siempre le perdonó.

Me cuenta Sofía que, cuando él supo que Lady estaba embarazada, terminó la relación y no le dijo a nadie que tendría un hijo. Sólo hasta que nació, se enteraron todos. Pues la mujer fue con dos de sus hermanos a presentarle el niño y a pedirle que respondiera por él. Ahora, solo le da algo de dinero. “Por ahí 40 mil para sostener a un niño”, dice Sofía con gestos de desaprobación.

Las formas de actuar de Sergio (centradas, en particular, en la voluntad de multiplicar las “aventuras” con distintas mujeres sin comprometerse con ellas) se entienden en el marco de una forma situada de “masculinidad”, que construye al hombre como un ser dominante, pero irresponsable. De manera interesante, esta construcción particular de lo “masculino” como “irresponsable” hace que ciertos comportamientos que podrían ser contruidos como “desviados” (como el hecho de abandonar a las mujeres y a los niños en contextos de extrema vulnerabilidades) terminan siendo aceptados como “normales” (o incluso como la muestra de una masculinidad “exitosa”). Es en este sentido que algunos autores han desarrollado el concepto de “masculinidades tóxicas”, resaltando la existencia de estructuras mentales dañinas, tanto para las mujeres y para los niños, como para los mismos hombres.

Este relato permite también problematizar la posición de la mamá del Gordito en esa relación y a Sofía como relatora. Según Sofía, la mamá del bebé provocó su embarazo para “retener” a Sergio o para obligarlo a vivir juntos. Esta posible estrategia – a pesar de su fracaso – es también reveladora de las formas complejas de la dominación masculina. De cierta forma, esta situación revela que ella consideraba que su única esperanza de tener una relación estable y duradera pasaba por el hecho de tener hijos con su pareja.

Es importante tener en cuenta que, para reconstruir estas historias, solo tengo los relatos de Sofía (y no los de sus principales protagonistas). Es interesante analizar, en este sentido, su interpretación. Me parece que Sofía, si bien, no está de acuerdo con el proceder de Leidy, lo justifica; mientras que con Sergio es crítica. De hecho, me dice que para Sergio esa relación fue una “aventura” y se refiere a él como “picaflor”.

Poco tiempo después de terminar la relación con Lady, Sergio se fue a vivir con Clemencia, su pareja actual. Sofía supone que Leidy, queriendo hacer familia, se fue a vivir con otro hombre al mes de conocerlo. Pero la solución fue mucho peor, porque ese hombre golpeaba al niño. A pesar de esos maltratos, ella seguía ahí. Prefería, conforme a los relatos de Sofía, esta situación de

violencia física y moral, a otra, según su percepción, marcada por el desamparo material o la indiferencia del hombre con quien ella había querido constituir un hogar. Es evidente que, como en muchos otros casos, la condición doblemente dominada de esta mujer limita sus posibilidades de elección. La precariedad, tanto material como afectiva, permite comprender por qué ella no deja a ese hombre.

Las situaciones presentadas hasta ahora sobre el padre y la madre del Gordito nos ayudan a entender como – en otro momento, en un contexto urbano y con otras personas – se repitan las historias de maltrato infantil, vividas por Mariana y Sofía. El niño vive bajo el amparo de su mamá, pero, según explica Sofía, ella no lo puede proteger ante el hombre con el que convive: como se siente impotente ante la situación, se tiene que callar y aguantar la violencia. Como lo hemos visto, el padrastro – quien hubiera podido asumir el papel de papá – no lo hace y el padre biológico tampoco se hace cargo del niño. De este modo, este se quedó sin protección.

Estas modalidades de violencia son fomentadas por la dominación masculina. En efecto, estas experiencias de violencia son posibles en la medida en que quien la padece, en este caso Leidy, consiente a esas violencias (Bourdieu, 2000b) (y esto repercute en la vida del niño). Por ejemplo, el hecho de permanecer con un hombre que conoció hace muy poco y que maltrata a su hijo, puede ser interpretado como una forma de “consentir” a la violencia. Esta “aceptación” no puede interpretarse sin tener en cuenta las condiciones de precariedad en que vivía Leidy. Como el papá biológico del niño no lo había reconocido y como ella no tenía los medios para mantenerlo, la mamá no tenía muchas opciones entre las cuales escoger. Finalmente escogió una “solución” muy dolorosa tanto para ella como para a su hijo. De nuevo, la violencia de la situación se ha ejercido de manera muy directa, pero se entiende también en el marco de una violencia estructural, más difícil de evidenciar, pero que condicionó sus posibilidades de realización y afectó el bienestar del Gordito.

En un momento de angustia, Leidy llamó al abuelo paterno del bebé para pedirle que recibiera al niño, porque estaba enfermo y ella no podía cuidarlo. Según el relato de Sofía, Leidy había decidido pagarle al hombre con el que vivía para que les diera de comer y cuidara de sus dos hijos, pero eso no sucedía. Cuando el niño llegó a la casa de los abuelos, mostraba con gestos cómo le pegaban y decía constantemente: “ayayay”. “No hablaba, tiradito en una cama, ni se movía”, afirma Sofía. Laura lloraba: “Ay mami, el Gordito está mal, algo le va a pasar”. Entonces, Sofía, preocupada, se apersonó de la situación: fue a ver al niño y habló con su antigua suegra: “Doña

Helena, no suelte al bebé... Aun si tienen que llamar a Bienestar Familiar, no lo entreguen... Dígale a la mamá que usted se queda con el bebé". Luego, me explica Sofía: "Llamé al papá de mis hijos y lo insulté. Le dije: 'usted es un irresponsable, no le importa. Si yo he criado a mis dos hijos, he sido yo quien ha cumplido con ellos'". Él respondió esquivando su responsabilidad: "pero yo qué hago".

El relato sobre el Gordito evidencia de nuevo la existencia de un continuo de violencias que afecta a los más vulnerables (Scheper-Hughes & Bourgois, 2003): violencias físicas y morales; directas e indirectas. De este modo, las manifestaciones cotidianas de violencia en el ámbito doméstico (las peleas de la mujer con el papá del niño y su otra pareja o las de Sofía con Sergio; la indiferencia del papá; las agresiones del padrastro) se articulan con las que son producidas por el contexto de escasez, injusticia y marginación social. Y todas terminan perjudicando la salud del niño.

La abuela llevó al bebé al médico, quien lo encontró enfermo de los pulmones y del estómago. Pero como continuaba con soltura, siguiendo la creencia popular de que el "cuajo" del estómago se le había desprendido, lo mandaron a sobar. El sobandero, cuenta Sofía, estaba sorprendido de que estuviera tan mal. Con esto, aumentaba su preocupación, por lo que, me expresa ella, imploraba a Dios para que cuidara del Gordito.

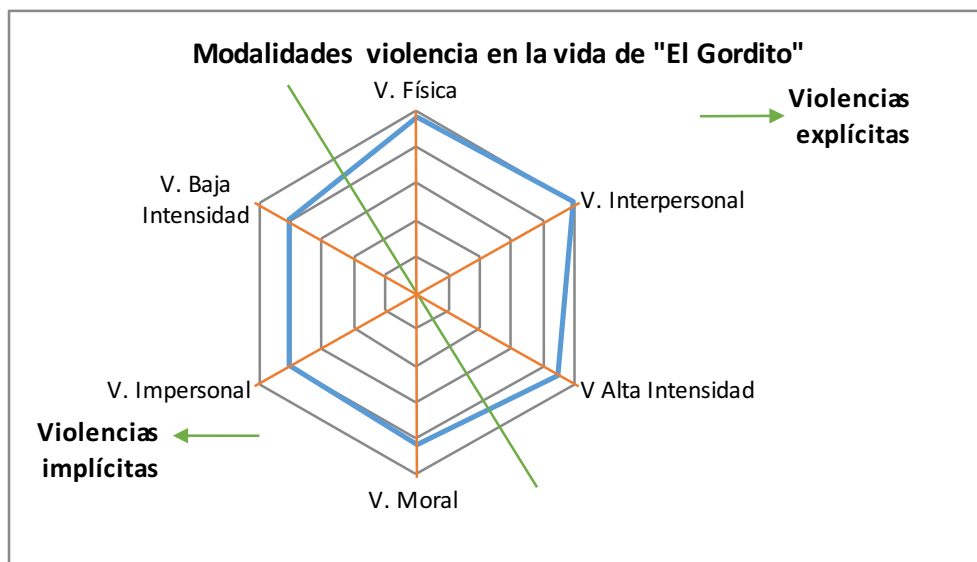
Cuando el niño se recuperó, la mamá se lo volvió a llevar, pero otra vez estuvo mal. Pues, vivían en Fontibón, en una zona muy cercana al río Bogotá donde había zancudos que le picaban mucho, con el agravante de que el niño es alérgico, según me decía Sofía. El hombre con quien ella vivía además de golpearlo, no le daba de comer y cuando llevaban al niño donde su papá, el señor llamaba al abuelo paterno para advertirle que no lo malacostumbrara dándole comida, pues él sólo le daba a diario un pequeño pedazo de pan.

Luego de un largo tira y afloje, lograron convencer a la mamá de dejar al bebé en casa de los abuelos, donde permaneció durante un año. En ese tiempo, el hijo mayor de Leidy le dijo a su mamá que no se quedaría en casa de ese señor, a recibir maltratos y ella logró, efectivamente, irse. Según Sofía, Leidy entendió que su deseo de conformar un hogar no se haría realidad con esa pareja. Ella dejó al hombre y ahora vive con sus hijos, cerca de los abuelos paternos del menor. De esta forma, tiene asegurado el cuidado del bebé, pues lo deja con ellos durante el día, mientras ella trabaja.

Sofía concluyó la historia diciendo: “Yo le decía al padre de mis hijos, por eso yo nunca dejé que nadie se acercara a mis hijos. Yo tuve pareja, pero lejos. Pero no que se quedara viviendo conmigo”. Además, explicó: “A Damián, por miedo, le dio epilepsia, luego se curó. Pero yo me dije, esperemos a que ellos tengan mayoría de edad, ahorita los hombres son sólo burlarse de uno”. Sofía, a través de estas palabras, describe la dominación masculina de su entorno, hombres que creen que son más hombres en la medida en que tienen relaciones pasajeras con varias mujeres, a quienes engañan para entretenerse con ellas.

El Gordito ha despertado la sensibilidad social de esta familia, en especial de Sofía que, siendo ajena a la situación, ha puesto mucho empeño en ayudar al bebé. Para ella, la violencia que sufre “El Gordito” es evidente e injusta. Tanto se ha involucrado en ayudarlo, que sus primas le han recriminado por ayudar al hijo de su expareja. Pero ella me explicaba que, con independencia de las acciones de su papá, él Gordito es un bebé, un ser humano: “Yo no tengo nada que ver con él, pero me da pesar”. Laura, su hija mayor, piensa que al Gordito le va a tocar muy duro por la situación de sus papás y por las peleas para que el papá vele por él. Por eso, ella quiere conseguir un buen empleo cuando sea adulta, para ayudar a su hermanito.

La gráfica 18 ilustra cómo, en el caso del “Gordito”, se mezclan y solapan diferentes manifestaciones de violencias, dentro de un marco de violencia estructural y de dominación masculina que favorecen modalidades de violencia interpersonal, en el ámbito privado.



Gráfica 18: Modalidades de violencia en la vida de “El Gordito”

El caso de el Gordito me sirve para ejemplificar el entrecruzamiento de distintas formas de violencia. El niño es víctima de violencia moral y directa porque su madre lo utiliza como estrategia para retener a su papá, mientras su padre lo niega. Como niño, necesita de personas adultas que cuiden de él, pero su papá se niega a darle ese cuidado. Esto propició un tipo de violencia menos perceptible, pero igual de dañina. Aunque Sergio no lo maltrata, ni le hace daño físicamente, su indiferencia sí afecta el bienestar personal del niño y la satisfacción de sus necesidades básicas. Considero que esto es también una forma de violencia física, que conlleva a otras manifestaciones de este tipo de violencia. Ante la ausencia del padre, la mamá deja al niño con quien hacía las veces de padrastro, pero este hombre lo maltrata.

Podemos evidenciar, en este respecto, como se entrecruzan violencias físicas (el padrastro golpea al niño y no le da de comer) y violencias morales (ligadas al desprecio que acompaña a la violencia física pero también a la violencia de intimidación que representa la llamada al abuelo). Podemos evidenciar también la presencia de una fuerte violencia simbólica, por la asimetría en la relación entre el hombre, como agresor, y la mujer, como víctima, que soporta la situación, creyendo inicialmente que no puede hacer nada por mejorarla. En todos casos, el hecho de maltratar a un bebé que, por su edad, es especialmente indefenso, implica cierto grado de sevicia. Pero, como en otros de los casos que hemos descrito, el abuso de autoridad puede interpretarse a la vez como una forma de reivindicarse a sí mismo como hombre, en un contexto y una estructura social que lo mantiene tan oprimido como la mujer y los niños. En efecto, todos - los padres del niño, el padrastro y el bebé -, son víctimas de violencia estructural que forja el ambiente propicio para que se den ese tipo de abusos e injusticias. Las condiciones materiales de existencia han limitado las posibilidades de elección de la madre sobre el hogar que quiere constituir y la familia que podría darle a sus hijos. Asimismo, ha limitado la satisfacción de las necesidades básicas de todos como la carencia de empleo, alimentos, entre otros. En estas condiciones, la vida de estas personas parece convertirse en una competencia por satisfacer las necesidades particulares (incluyendo las afectivas), pasando por encima de las ajenas.

En medio de estas circunstancias de escasez, la violencia de género pone en desventaja al bebé y a la madre. Ella, como mujer, está en condición de mayor vulnerabilidad, lo cual influye sobre el niño. Según el relato de Sofía, Sergio “usaba” a Leidy para pasar el rato, mientras que ella tenía la expectativa de formar un hogar. Esta disparidad en la relación limita claramente sus posibilidades de realización y obstruye el desarrollo del niño en sus primeros años de vida. Este caso evidencia, una vez más, la fuerza de la dominación masculina y su inscripción en las estructuras cognitivas. Las víctimas parecen

aceptar la supuesta “superioridad” de los hombres, legitimando su derecho de abusar de ellas – o de sus hijos – a quienes ellos consideran subordinados.<sup>27</sup>

Por otro lado, este caso permite analizar la tensión en los niveles de intensidad de las violencias. Como lo muestra la gráfica, hay violencias tanto de baja como alta intensidad. Pues, como explicaba, se entrecruzan violencias de dominación y estructurales, que pueden considerarse de baja intensidad, pero sus consecuencias, como el maltrato físico y los perjuicios en la salud del niño, son más bien de alta intensidad. Además, tratándose de un niño, que por su edad y condición no puede defenderse, es un abuso de poder de los adultos, que merma la salud del menor.

#### **4.2 Laura: la esperanza de las mujeres de la familia.**

Cuando conocí a Laura, tenía 16 años. Estaba en el colegio, pasaba a último año y tenía el sueño de ganarse una beca para estudiar en la universidad. La conocí a través de la amiga que mencioné al inicio de esta tesis y que trabaja en una fundación con programas para adolescentes, enfocados en ofrecer refuerzo académico, talleres de proyecto de vida y consiguen becas para ayudarles a estudiar carreras profesionales, entre otros. Laura participaba en uno de esos programas. Cuando salió del colegio, ganó una de las becas, gracias a la cual ahora estudia economía en la Universidad Católica. Es una de las primeras personas de su familia en acceder a educación superior: ninguno de sus tíos, ni sus papás tiene carreras profesionales, sólo algunos primos lejanos. Por eso, la consideran como la esperanza de las mujeres de la familia.

Así como su mamá y su abuela han conservado fotografías de sus vidas, Laura, desde hace poco, ha empezado a hacer lo mismo, apoyándose en la tecnología actual: las toma con su celular y las publica en redes sociales. Las fotos impresas que tiene son de los álbumes organizados por su mamá y conforman un patrimonio familiar. Para ella, esas fotografías han sido útiles para conocer su propia historia. Por ejemplo, gracias a una tarea del colegio en que le pidieron contar cómo se conocieron sus papás, usó los álbumes familiares, y se enteró de cosas que no sabía sobre sí misma. Entre risas, me cuenta que, gracias a eso, supo cuando perdió su primer diente o que la primera palabra que dijo fue agua. Ella pensaba que había sido mamá o papá.

---

<sup>27</sup> Como mencioné en el texto, yo no entrevisté directamente a Leidy, estas interpretaciones las hago basándome en el relato de Sofía, por lo que sería necesario conocerla más a ella para confirmar estas conclusiones.

También me comenta que mirar las fotografías le ha ayudado a darse cuenta de cuanto ha cambiado, tanto en gustos como físicamente. Por ejemplo, de niña no soportaba las cámaras o que le tomaran fotografías, mientras ahora, ella misma se las toma. También, me dice que se ha dado cuenta de lo apegada que era a su papá, mientras hoy se reconoce mucho más cercana a su abuela. Y que ha tomado consciencia de esto analizando, en las fotografías, las expresiones y emociones que transmiten los rostros.

Sobre esto, le pregunté, como lo había hecho con su abuela y con su madre, si valía la pena conservar fotografías que traen malos recuerdos. La primera vez, en 2016, me contesto que sí, con determinación y seguridad: para darse cuenta que la vida no es fácil y recordar que, a pesar de todo, uno puede salir adelante. En el 2018, volvimos a hablar del tema, pero en esta ocasión me dijo que prefería borrar o botar esas fotos, porque la ponen sentimental y la transportan a esos malos momentos.

El álbum físico de fotos de Laura – que su mamá organizó con especial cuidado y primor – incluye recuerdos desde el día en que nació, como su ombligo, sus primeras uñas y fotos de cada mes de su primer año. Laura me explica que le tomaban fotos de casi todo lo que hacía porque es la primera hija y la primera nieta de sus abuelos maternos y paternos. Todos tenían mucha ilusión con la bebé. Me comenta que le hicieron dos *baby shower* y dos fiestas de su primer cumpleaños: una con la familia de la mamá y otra con la del papá. El contraste es muy fuerte con la experiencia de su abuela: como lo vimos, el nacimiento de Mariana había sido, para su madre, un motivo de angustia más que de alegría (hasta el punto de querer deshacerse de ella) y, a lo largo de su infancia, nunca le habían celebrado el cumpleaños. También contrasta con la infancia de Sofia. Si bien, ella fue bienvenida por sus padres, la inestabilidad en la relación entre ellos y la precariedad en la que vivían imposibilitaron que pudiera celebrarse su nacimiento o sus cumpleaños; y estas dificultades afectaron también su sentido de valía y restringió sus posibilidades de realización.

Laura me cuenta también que, en su familia paterna, la consienten de forma especial. Para ilustrar esto, me dice que, al entrar en casa de sus abuelos paternos, uno encuentra, en el centro de la sala, un cuadro grande con una foto de ella, cuando era bebé. Luego, me muestra una fotografía con su abuelo paterno. Mientras lo señala me dice: “él es mi abuelo, la persona que más me consciente”.



*Fotografía 17: Laura en brazos de su abuelo paterno. Archivo Album Familiar. Año 2001.*

Si bien hay algunas manifestaciones de violencias en la vida de Laura, estas no se pueden comparar – desde el punto de vista de los modos, frecuencia e intensidad – con las que experimentaron su abuela y su madre. Ella y Damián, su hermano menor, han crecido en un hogar que podemos calificar de pacífico, en la medida en que no se dan expresiones explícitas de maltrato. Viven bajo la tutela de la abuela y la mamá, con escasez económica, pero en un contexto familiar tranquilo y cohesionado, que les ha dado seguridad y apoyo. Aunque no viven con su papá, lo ven con frecuencia y comparten con su familia paterna. De manera que no han sentido el abandono o la orfandad, como tampoco el rechazo de su propia familia. No obstante, cuando Laura y Damián eran niños, el papá los golpeaba, según ellos, de manera exagerada como castigo. Cuenta Damián que:

Nos pegaba mucho, cuando chiquitos, yo tenía 8 años y mi hermana 11. Cuando no hacíamos caso, nos encerraba en una pieza y nos pegaba. Decía que si decíamos algo nos pegaba más. Y pues nosotros salíamos corriendo a decirle a mi abuela y, pues, mi papá se ponía bravo. (Comunicación personal, 6 noviembre de 2016)

Laura también me explica: “Hubo una época que me pegaba mucho, porque sí. En ese momento, no le tenía resentimiento, pero sí miedo. Yo veía a mi papá y me daba miedo”. Pero, además de miedo, escuchándola hablar, podía sentir la rabia con que se expresaba, por la injusticia de haber sido maltratada. Para Laura, la agresividad injustificada de su papá, es la razón por la que hoy tienen una relación más bien lejana. Además, agrega que tienen muchas disputas: si su papá le grita, ella le responde y, de esta forma, aumentan el volumen de las voces y escala el nivel de la

discusión. Me cuenta que, hace unos años, estando en casa de sus abuelos, su papá se impacientó e intentó pegarle. Pero ella le cogió la mano para impedirselo y le dijo: “a mí no me vaya a tocar”. Luego, fue a buscar a su abuelo, de quien es la consentida, para decirle: “yo no quiero que mi papá me siga pegando” y él la defendió. Ella piensa que, en ese momento, su papá se dio cuenta de que no podía pegarle “sin razón”: él sí tiene autoridad sobre ella, pero eso no le da derecho a golpearla. Según Laura, su papá le gritaba y pegaba en toda clase de situaciones.

Este modelo educativo se entiende en el marco de una forma de masculinidad que construye a los hombres como necesariamente autoritarios e impositivos (Azamar, 2015; Soto, 2013; Schongut, 2012). De este modo, Sergio ejercía su paternidad a través de mecanismos de violencia física – como los golpes – y moral – como las amenazas y regaños – contra sus hijos. En contraste con su posición dominada en el espacio social y, a pesar de no ejercer la paternidad como su exesposa y sus hijos lo hubieran deseado, Sergio mantenía, en el ámbito familiar, una posición privilegiada, basada en la imposición de la autoridad paterna. Aun así, Laura y su hermano reconocen que su papá suele estar pendiente de ellos, se interesa por lo que hacen y los llama a diario. Sienten, sin embargo, que no aprovecha el tiempo compartido para sostener una comunicación directa con ellos. Comenta Damián, con relación al tiempo que ven a su papá cada semana:

Tres horas pasa con nosotros. Y una hora se la pasa almorzando o con mis abuelos, se pone a jugar parqués, dominó o billar con mis tíos, con los hermanos. Y, pues, si está con nosotros, nos saca por ahí a tomar un helado o a comer algo, llegamos a la casa y se va a la casa de él. Entonces la pasamos muy poco. (Comunicación personal, 6 de noviembre de 2016)

Luego, nos detuvimos en una fotografía del día del bautizo de Laura<sup>28</sup>, en el año 2001, acompañada por sus papás, sus abuelos paternos, quienes la llevan en brazos, y casi todos los hermanos de su papá. Sofía, con una sonrisa gigante, toma del brazo a Sergio. Están todos parados, posando para la foto dentro de la iglesia. Al parecer, cuando ha finalizado la ceremonia. Luego de mostrarme esta fotografía, Laura me cuenta que sus papás se separaron cuando ella tenía 5 años. Me indica que no recuerda muy bien esos momentos. Y añade que no ha sufrido mucho por la separación, porque siempre ha visto a su papá. Como vivía con sus abuelos, a pocas cuadras de su

---

<sup>28</sup> En esta ocasión, no es posible incluir la fotografía, porque en esta aparecen varias personas de la familia paterna de Laura de quienes no cuento con su autorización para publicarla.

casa, lo podía ver a diario. Ahora, él vive en Fontibón con otra mujer y Laura lo ve menos. Sin embargo, él la llama para que, al salir de la universidad, pase por su casa para darle dinero para sus gastos diarios. Eso le permite verlo con cierta regularidad y constatar una mayor preocupación por ella.

Laura me comenta esto para destacar el cambio que ha visto en su padre, con quien el dinero siempre había sido motivo de disputas. Cuando ella le pedía plata para sus gastos personales o cuando necesitaba algo en especial, él respondía a gritos “a mí no me venga decir nada”, para evitar que ella insistiera. Considero que estos rechazos pueden interpretarse como formas de violencia moral ejercidas por el padre sobre la hija, de baja intensidad, que generan insatisfacción en Laura. No obstante, ella no interpreta como violencia la negación de su padre. Aunque sí la percibe como injusta, piensa que las riñas son, en parte, responsabilidad de ella, por su forma de responder y su carácter fuerte.

Más allá de una lectura psicológica del asunto (como si fuera un problema “de carácter”), estas tensiones se inscriben en un contexto en el cual el padre ha evadido sistemáticamente la responsabilidad económica del cuidado de sus hijos. Ahora bien, el hecho de no haberse comprometido con el mantenimiento de ellos constituye una forma de violentarlos, la cual responde a lo que podría ser llamado también masculinidad tóxica (Sinay, 2006), en sentido de una masculinidad que produce daños sobre el entorno familiar. El esquema tradicional de masculinidad (y de dominación masculina) tiende a construir a los padres, por un lado, como los proveedores económicos y de bienes en el hogar, y, por el otro, como los “jefes de familia”, encargados de orientar y tomar decisiones para todos. El tipo de masculinidad que encarna Sergio no corresponde a este modelo. Podríamos hablar, incluso, de una oposición entre una “masculinidad responsable” (en la cual los hombres pretenden “hacerse cargo”, en todos los sentidos, de la familia) y una “masculinidad irresponsable” (en la cual los hombres solo pretenden, y en el mejor de los casos, ejercer su autoridad, sin “responder” por su familia). Si bien esta masculinidad “irresponsable” no constituye un modelo “hegemónico” (en el sentido de casi-universalmente aceptado), sí parece tener cierta aceptación por parte de varios hombres y mujeres. Así, es dicente que Sofía haya preferido no pedirle nada a Sergio (ya que ha logrado, sola, cierta estabilidad económica). Obviamente, se puede interpretar esta falta de reclamos como una búsqueda de dignidad (no quiere “depender” de él), pero es también algo que contribuye a “normalizar” el descuido. No quiero decir, con esto, que Sofía sea culpable. Solamente, que, como

siempre con la violencia simbólica, los dominados pueden contribuir, con algunas de sus acciones, a su propia dominación.

Por ejemplo, cuando Laura cumplió 15 años, me cuenta Sofía, tenía la ilusión de hacerle una fiesta, que, de hecho, fue un hito familiar. Sofía, con mucha emoción, hizo de todo para que saliera lo mejor posible. Mientras habla, busca en el computador las fotos de la fiesta. Conforme va pasando una foto tras otra, me cuenta todos los pormenores del evento. Con sus ahorros consiguió un salón de eventos cerca de su casa, alquiló el vestido para su hija, agenció quien se hiciera cargo de la decoración, la música y la comida para los invitados, que eran los amigos más cercanos de Laura y su familia. Sofía había hablado con Sergio para pagar la celebración entre ambos, por partes iguales, pero él nunca dio nada. Eso sí, en la fiesta estaba él con toda su familia. Pero, además, me cuenta Sofía, en varias ocasiones se acercó a ella para insinuarle que volvieran y disfrutar de la fiesta como si fueran pareja, pero ella lo evadió.

Se trata de una violencia simbólica ejercida por Sergio contra Sofía. Ella consiente a esta violencia, porque, aunque él no cumpla con el compromiso de cubrir parte de los gastos de la celebración, lo invita a él y a toda su familia. Sergio, además de asistir, coquetea a Sofía. Ante estas dos situaciones: asistir sin responsabilizarse de los gastos y asistir para coquetear a Sofía, da la impresión de que ninguno se diera cuenta de la disparidad. Si bien, Sofía se sentía decepcionada, una vez más, por la falta de compromiso de él con sus hijos, igualmente lo invita. Y no reconoce la violencia en las insinuaciones que Sergio intentó hacerle esa noche. Él dice que quiere volver con ella, que está dispuesto a cambiar, pero en el momento que se dio esa situación, con sus obras demostró lo contrario, pues no aportó con dinero a la fiesta.

Como decía, Laura ha constatado cambios en su papá y con esto, la relación entre los dos ha cambiado. Ella supone que Clemencia, con quien él vive ahora, ayudó a que sea mejor. Por eso, Laura la considera a ella una buena persona. Ve más responsable a su papá. Él siempre los llamaba, pero ahora su esposa también le ayuda a estar pendiente de necesidades concretas como escuchar a sus hijos, compartir tiempo juntos, no discutir cuando quiere evadir un tema, en definitiva, Laura me explica “ella ayuda a que sea mejor papá. Yo creo que eso ha influido mucho en la relación, porque ella tiene hijos y sabe que los papás tienen que estar con los hijos”.

En una época, me cuenta Laura, su hermano Damián sólo quería jugar fútbol, no estudiaba, estaba muy necio y casi pierde el año en el colegio. En este contexto, Clemencia decidió hablar con él y llamó a su mamá para saber cómo le estaba yendo en los estudios. También preguntaba

por Laura, que acababa de iniciar la universidad. Ahora ambas mujeres, Sofía y Clemencia, se llevan bien. De hecho, Laura me cuenta que su mamá, para evitar cualquier inconveniente, suele decirle a Clemencia que Sergio no está en su proyecto de vida, “ni por las curvas”.

Laura siente que su papá volvió a buscar a su mamá por celos y capricho, por no querer que esté con nadie más. También porque se dio cuenta de que ella tiene un hogar establecido y él necesitaba alguien que le ayudara a poner orden en su vida: “Pues nosotros sí vivimos en arriendo, pero vivimos bien”. Me cuenta que su mamá se alegró mucho cuando su papá se fue a vivir con Clemencia. Para Sofía, fue como quitarse un peso de encima. De hecho, le dijo a su exesposo: “yo le pedía a Dios que le diera una mujer y se lo llevara lejos, y me concedió todo lo que le pedí”. Según Sofía, la relación entre ellos mejoró. Antes, ella lo trataba con desprecio, sequedad y distancia, para evitarlo. En cambio, ahora, se siente tranquila al hablar con él.

Laura considera que la separación de sus padres fue algo positivo. Me dice que tiene muy pocos recuerdos de cuando eran juntos, pero que todos son de peleas, nunca de compartir un buen momento. También me dice que le gusta la mujer que tiene ahora su papá y que se siente agradecida: “además de ayudarlo a que sea un mejor papá, ha buscado formas de que él mismo arregle su vida”. Siente que, por fin, su papá ha tomado su propio vuelo: a sus 45 años, salió de la casa de sus padres, se dedica a su trabajo de venta de dulces, compró un lote y un carro.

Antes de esto, Laura siente que no había tenido tan buena relación con su papá, por su inestabilidad y sus las distintas parejas. Hablando sobre el Gordito y la posibilidad de tener más medio hermanos no reconocidos, ella explica:

“Mi hermanito no es de la mujer que tiene ahorita, eso demuestra que no era una persona con sus ideales organizados. ¡Cómo vas a ir dejando hijos por todo lado! Se supone que sólo hay tres, no se sabe de más” (comunicación personal, 17 de enero de 2018).

Ella lo expresa con indignación, pero también con resignación. Dice que no le guarda resentimiento a su papá, pero sí distancia y reconoce que no lo quiere como cuando era niña. En su discurso, aparecen manifestaciones claras de decepción, de haber esperado mucho más de él y darse cuenta de que no había cumplido nunca sus expectativas. Quizá por eso me dijo que no le gustaría vivir con él.

Me cuenta también que nunca tuvo buenas relaciones con las parejas anteriores de su papá, porque percibía que les estorbaba: “Yo conocí algunas, no me llevaba bien con esas parejas, porque eran las típicas que querían centrar la atención en ellas, pero si lo conociste con hijos...”.



*Fotografía 18: Laura, con su papá, cuando era bebé. Archivo: Álbum Familiar. Año 2001.*

Durante la conversación, al tiempo que miramos el álbum de fotografías que hicieron sus papás para ella, salen algunas de cuando era bebé en compañía de su papá. Nos detuvimos en una en que ella está muy feliz. Su papá la mira con placidez, mientras la sostiene con cuidado y cariño para que esté de pie. Noto que se le quiebra la voz y se le aguan los ojos. Le pregunto si está bien, pero sólo me responde: “No sé, me pone sentimental”. Paramos un momento la conversación. En silencio, espero sus palabras, pero no logra pronunciar ninguna. Con mi mano, le aprieto un poco el antebrazo, para demostrarle mis afectos. Luego, le pregunto si añoraría una relación distinta con su papá, pero me dice que no. Respira profundo y exclama con dificultad, con aire entrecortado: “Así estoy bien... solo que ha cambiado y, en este momento, puede que sea mejor que otro... pero siento que ahorita estamos bien”. Nos detuvimos a conversar sobre este tema. De ciertas formas, siento que Laura llora por los momentos difíciles que ha vivido con su papá, aunque la relación

ahora ya es mejor. Si bien ella misma no logra describir claramente sus sentimientos, es evidente que la situación con su papá la hace sufrir.

Expone que quiere mucho a su mamá, pero que no se siente tan cercana de ella. La persona en la que más confía es su abuela Mariana porque es quien la ha cuidado y con quien más tiempo ha pasado. La abuela hizo las veces de mamá porque Sofía estaba trabajando. Es ella, por ejemplo, quien iba a las reuniones de padres en el colegio o quien la acompañaba a comprar ropa; es también con ella que compartía su habitación y con ella se iba de viaje. En cambio, como su mamá trabajaba todo el día y estudiaba por la noche, casi no la veía. Me explica que no podían compartir mucho: cuando salía a estudiar, su mamá estaba durmiendo; y cuando volvía del colegio, no estaba. Cuando era niña, lloraba suplicándole a su mamá que no se fuera. Pero no había opción: tenía que irse. Con el tiempo, esto fue marcando una distancia con su mamá: se acostumbró a relacionarse poco con ella y a contarle todo a su abuela. Llegó incluso a tener miedo de hablar con su mamá, por sentir que desconocía sus formas de reacción: pensaba que podía pegarle o regañarle. Pero, ahora, como su mamá está más tiempo en la casa, piensa que poco a poco se harán más cercanas, que es cuestión de tiempo.

Considero que ese miedo y esa distancia de Laura con su madre son consecuencias que la violencia estructural y la dominación masculina han dejado en su vida. Si bien, vivía con su mamá, la veía poco porque ella debía salir a ganarse el dinero para subsistir. La escasez material y la indiferencia del padre para solventar las necesidades básicas de los hijos, obligó a Sofía a aceptar y mantenerse en el único empleo estable que consiguió, a pesar de los horarios y las distancias que debía recorrer para llegar a su lugar de trabajo.



*Fotografía 19: Sofía y Segundo en el bautizo de Damián. Archivo: Álbum Familiar. Fecha: Año 2003.*

Viendo las fotografías de sus papás cuando estaban todavía juntos, le pregunto cómo se sentía su mamá cuando se separó del papá. Me sorprende diciéndome que no lo sabe. Me cuenta, sin embargo, que su hermano podría saberlo, ya que siempre ha compartido habitación o ha dormido con la mamá: “Si, alguna noche, mi mamá se sintió mal, sufrió, algo, yo creería que mi hermano sabe esas cosas. Porque yo sí siento que mi hermano, no es rabia, pero sí le guarda algo a mi papá”. Me dice, por ejemplo, que, a pesar de que la mujer de su papá es muy buena, Damián prefiere a su papá solo.

Laura añade que tampoco conoce las historias, ni los afectos de su mamá con relación a su abuelo materno, a quien vio por primera vez cuando fueron a visitarlo. Es decir, cuando Sofía fue para perdonarlo. Al juzgar por su manera de contar la historia, Laura parecía no conocer la finalidad de ese viaje<sup>29</sup>. Laura me dice un tanto sorprendida: “Mi mamá es muy apegada a mi abuelo. A pesar de todo, lo adora. Yo digo que es el amor que uno les tiene a los papás”. Mariana concuerda con su nieta en que Sofía es apegada al papá. Como lo hemos visto, sin embargo, Sofía tiene otra percepción y dice no sentir este apego.

---

<sup>29</sup> Paradójicamente, estos silencios que existen dentro de la familia constituyen otra indicación de la capacidad que tienen las fotografías para sacar lo más profundo de los corazones y compartirlo con personas ajenas. Gracias a las entrevistas que había tenido con Sofía, a raíz de las fotografías de su infancia, ella ya me había contado sus pensamientos y sentimientos en relación con su padre. Pensamientos y sentimientos que, al parecer, sus hijos ignoran, a pesar de vivir con ella.

A pesar de esta relativa distancia, Laura quiere muchísimo a su mamá y reconoce el esfuerzo que ha hecho por procurar que ella y su hermano estén bien. Ella sabe que si la veían poco cuando eran niños, es porque ella luchaba por ellos. A su papá, le tiene cariño, pero no en la misma medida que a su madre. Como lo hemos visto, tiende a resaltar sus limitaciones como padre. Sin embargo, más que recriminárselas, parece asumirlas con resignación.

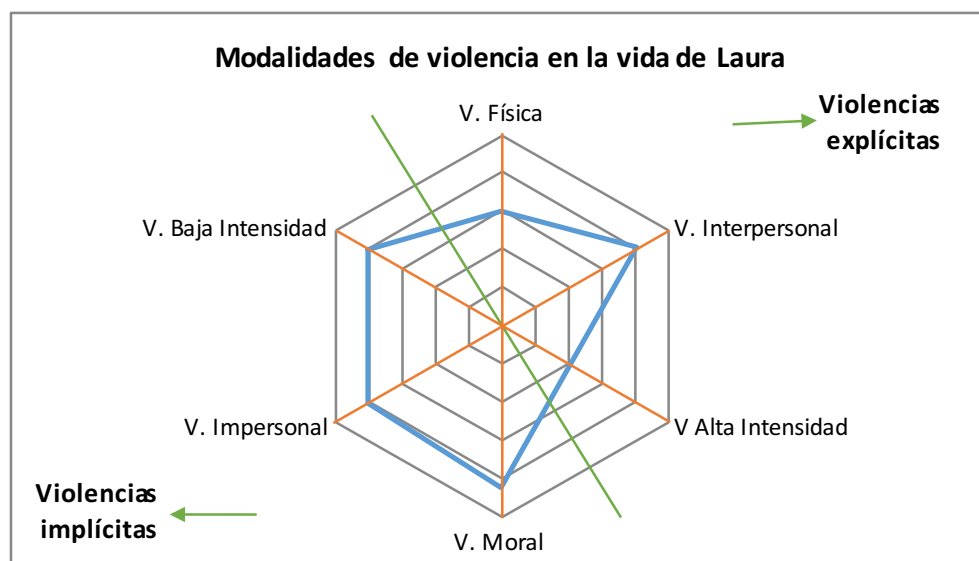
Aunque Laura tiene mucha cercanía con su abuela, tampoco conoce a fondo sus sentimientos. Me explica, sin embargo, que se dio cuenta de la profundidad de estos en el contexto particular de la Iglesia: “Muestra más en las iglesias, yo dejé de asistir a misa. Pero en la misa, sí me daba cuenta de que mi abuelita, cuando recibía la hostia, se iba hacia la parte de atrás de la iglesia”. Ella quería evitar la mirada de sus familiares, pero, para Laura, no pasaba inadvertida: “Ella, en sus gestos, mostraba dolor... No sé si estaba pidiendo perdón o qué... Pero siempre lo hacía ella solita. Yo le veía las lágrimas, lo hacía muy solita, más para ella...” Laura no tiene certeza sobre los sentimientos interiores de su abuela en esos momentos, pero propone ciertas intuiciones al respecto: “Todo eso de mis tíos y de mis primas, yo creo que sí le afectó, pero no guarda resentimiento. Ella habla súper bien de la familia, nunca guarda resentimiento. Es una persona que esconde mucho...” Más adelante, en la conversación, afirma: “En la casa, es una persona muy fuerte, pero las personas fuertes tienen algo dentro”.

Laura se ve afectada, de manera indirecta, por la violencia que sufrieron Mariana y Sofia en su momento, cuando fueron heridas y humilladas. Frente a estas vulneraciones, sin embargo, Laura intenta dejar de sentir rencor por lo que considera injusto, para, más bien, reflexionar sobre el daño que ocasiona el rechazo y las humillaciones.

Para explicarme la interpretación que hace de sus propias experiencias, me cuenta que, en primer semestre, un profesor les pidió hacer una presentación sobre algo que les haya marcado la vida. Esa clase, para ella, fue muy emotiva: “Yo soy súper sentimental, lloré toda la clase”. En el salón, sus compañeros pensaban que ella les iba contar alguna tragedia. Sin embargo, no lloraba por ella, sino por sus compañeros que habían vivido “cosas muy tristes”: “la muerte de un familiar, una separación; yo pensaba, nunca tuve nada triste”. Contrario a lo que se hubiera podido esperar, ella presentó a su familia como de las más afortunadas: “Mi exposición era llena de colores y súper feliz. En ese momento me dije, ¡qué afortunada soy, a pesar de todo, he sido muy feliz!”. Conociendo las múltiples historias de dolores que he contado en estas páginas, me quedo sorprendida: ¿Cómo puede mostrarse tan positiva, a pesar de las múltiples formas de violencia y

de dominación masculina que han afectado a las mujeres de su familia? Esto revela que ella no entiende las dificultades en sus condiciones materiales de existencia, ni las dificultades con su padre como un motivo de queja. Y su madre parece compartir esta visión: de manera reveladora, me comentó un día Sofía, que su infancia había sido muy triste, mientras que sus hijos lo tenían todo.

En la siguiente gráfica, represento las modalidades de violencia en el periodo de tiempo que corresponde a la infancia de Laura. Es decir, no remite a una situación concreta, sino a un conjunto de experiencias, que conforman varios años de la vida de Laura.



Gráfica 19: Modalidades de violencias en la infancia de Laura.

La vida de Laura ha sido mucho menos marcada por la violencia física que las de su madre y su abuela. Aunque su papa la golpeaba cuando era niña, nunca llegó a hacerla sangrar, como sí le sucedió a su abuela. Nunca fue encerrada, como lo fue su madre, para evitar el maltrato físico de sus primos. Además, su papá no le pegaba a diario, como en los dos casos anteriores.

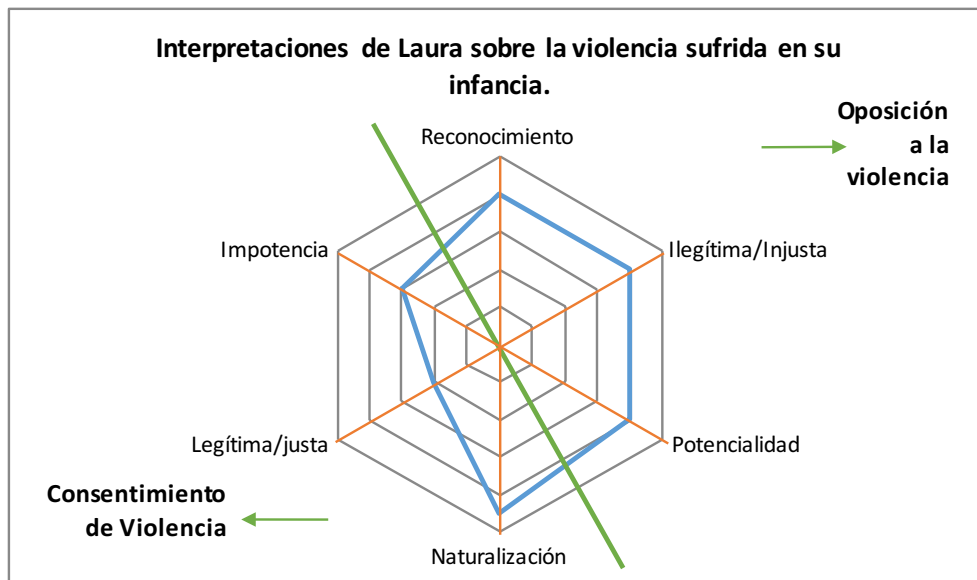
Sin embargo, la violencia moral, directa y de baja intensidad ejercida por su padre ha sido constante. Él ha estado presente en su vida (a diferencia de lo que padeció su madre en su infancia<sup>30</sup>) pero se ha mostrado indiferente ante muchas de sus necesidades afectivas y materiales. Sergio manifiesta con hechos estar pendiente de sus hijos, pues los llama para preguntar cómo están,

<sup>30</sup> Como lo vimos, Sofía había tomado conscientemente la decisión de mantener una relación cercana con Sergio para que sus hijos no sufrieran la orfandad paterna como ella.

pero comparte poco tiempo con ellos o no es tiempo de calidad. Asimismo, se desentiende de sus necesidades y hasta se niega a darles dinero para cubrir las. Aunque el papá la reconozca y ella pueda verlo con frecuencia, en la práctica es la mamá quien se hace cargo de todo. En este entorno, la actitud del padre (que puede resumirse en un “estar presente sin comprometerse”) obstaculiza las posibilidades de realización de Laura.

Estas formas de violencia moral directa en la vida de Laura se entrecruzan con otras de violencia estructural, como sus condiciones de escasez. Para cubrir las necesidades básicas de su familia, la mamá ha conseguido un trabajo como guardia de seguridad, con horarios extensos y distante de su casa. En este contexto, muy pocos fueron los momentos en los cuales pudo compartir con sus hijos en la casa.

A continuación, presento las interpretaciones de Laura sobre las violencias que ha vivido durante su infancia y adolescencia. Al igual que en la gráfica anterior, no se trata de la interpretación de una situación particular, sino del conjunto de situaciones que conforman ese lapso.



Gráfica 20: Interpretaciones de la violencia en la vida de Laura.

En esta gráfica, presento las interpretaciones de Laura sobre las violencias que ha vivido. El primer eje evidencia una tensión mayor entre el reconocimiento y la naturalización de la violencia. Laura, al igual que su madre y abuela, reconoce las expresiones explícitas y las manifestaciones físicas de la violencia, como los golpes de su padre.

En cambio, no parece reconocer como violencia la dominación masculina, y en particular la actitud despreocupada de su papá ante las necesidades materiales y afectivas de ella y su hermano (aunque se siente incómoda ante ella y le parece injusta).

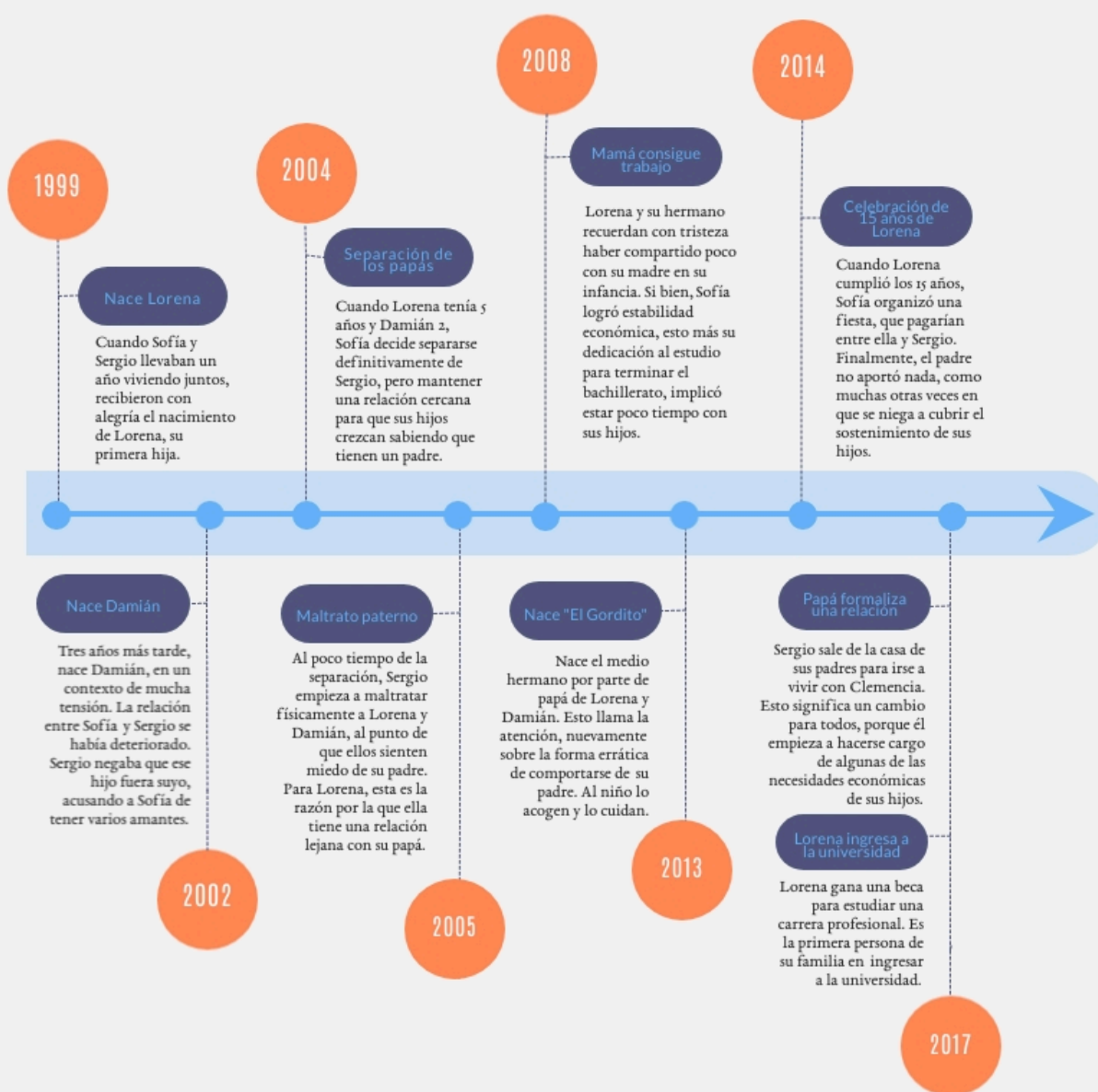
Del mismo modo, tiende a naturalizar las consecuencias de la violencia estructural: no asume como particularmente violentas la ausencia de su mamá en su infancia por su trabajo o las precarias condiciones materiales de existencia de la familia. De hecho, afirma que su familia vive bien y que ha sido muy afortunada (lo cual se entiende si comparamos con las condiciones en las que crecieron su abuela y su mamá).

Ha demostrado, sin embargo, capacidades de reacción ante las situaciones que identifica como violentas o que le parecen injustas. Ha enfrentado, por ejemplo, a su padre para que no le pegara más (acusándolo con su abuela). Ha seguido también pidiéndole dinero, a pesar de las constantes negativas o disputas con él. Ella lo ha también cuestionado en relación con su hijo no reconocido, denunciándolo como irresponsable.

A continuación, incluyo una línea del tiempo con las principales vivencias de los personajes de este último capítulo.

# Tercera generación

Línea del tiempo



Gráfica 21: Línea del tiempo de la tercera generación.

### 4.3 Conclusiones

En este capítulo, he destacado cómo operan ciertas formas de dominación masculina (Bourdieu, 2000b), no solo en las relaciones entre hombres y mujeres, sino entre los padres y los hijos. He querido reflexionar, en particular, sobre un modelo específico de masculinidad – que he llamado “masculinidad irresponsable” – en el cual los hombres pretenden imponer su autoridad sobre su familia, sin responder económicamente o emocionalmente por ella. Por los daños que tiende a generar sobre el entorno, este modelo puede ser descrito como una forma “tóxica” de masculinidad (Sinay, 2016). En el caso aquí presentado, las afectaciones son muchas: maltratos a un bebé que no ha sido reconocido; carencias materiales y afectivas de los hijos; falta de compromiso básico; etc. Laura y su hermano crecieron con conciencia de tener padre, pero sufrieron por sus ausencias y por la falta de relaciones profundas. Sufrieron también por la ausencia de su mamá, quien se veía en la obligación de trabajar o estudiar todo el tiempo, ya que debía asumir sola su mantenimiento. Se trata, en este sentido, de una masculinidad que afecta tanto el sentido de valía de los hijos como de las parejas.

Pero es también una masculinidad que, por la contradicción de la presencia/ ausencia, puede ser muy frágil. Así, como lo vimos en este caso particular, la autoridad de los hombres que se inscriben en este modelo tiende a ser más contestada. Así, tanto los hijos como la exesposa de Sergio lograron, en ocasiones, oponerse a su dominación.

Sofía se había propuesto evitar que sus hijos sufrieran humillaciones por carecer de padre. Por eso, se empeñó en defender la existencia de una relación cercana entre ellos y en facilitar la comunicación. De este modo, se puede decir que Laura y su hermano no fueron sometidos, como en el caso de Sofía, a la violencia del abandono paterno. Sin embargo, esto no implicaba la desaparición de todas las formas de dominación masculina (Bourdieu, 2000a; 2000b). De manera paradójica, defender la importancia de su papá para los niños implicaba darle relevancia y autoridad a un padre que, sin duda, no había cumplido con sus obligaciones. Tanto Sofía como sus hijos tienen claro que Sergio no ha respondido económicamente por ellos y que no ha satisfecho sus expectativas emocionales. Sin embargo, consideran necesario dejarle un espacio importante en sus vidas.

De alguna manera, se puede decir que Laura y Sofía no contestaban la dominación masculina en sí misma, sino que esperaban que fuera “responsable”: soñaban con un padre capaz

de satisfacer las necesidades de la familia, incluidas las de la mamá. Así, en su sueño de un hogar conyugal, Sofía contemplaba ser ama de casa. También esperaban el ejercicio de una paternidad mucho más activa, en particular en la educación de los hijos: corregirlos si fuera necesario, ir a las reuniones de padres en el colegio, reconocer a todos los hijos por igual y hacerse cargo de ellos.

Laura reconoce las violencias infringidas por su misma familia en las vidas de su abuela y su madre. Aunque las considera injustas, las asume como una situación heredada, pero que no la afecta directamente. Sin embargo, se podría mostrar que su historia de vida ha sido directamente afectada por ellas (aunque ella no lo percibe directamente). En parte, porque las experiencias de su abuela y su mamá son consecuencias de la violencia estructural. Por ejemplo, Sofía dejó de estudiar para evitarle una carga económica a su mamá. Esto, a largo plazo, perjudicó a sus propios hijos, quienes recuerdan con tristeza que, de niños, la veían poco porque ella estaba trabajando o estudiando. En la actualidad, las carencias económicas todavía lastiman la vida familiar en aspectos que van desde el tiempo para compartir entre todos, hasta las condiciones materiales en que viven, que, en ocasiones, producen conflictos entre ellos.

Hay, en la vida de Laura, una disminución de las violencias explícitas: nunca ha sido expuesta a los maltratos físicos y a las humillaciones que afectaron a su abuela y su madre. Laura, a través de la beca que se ganó para estudiar en la universidad, amplía sus posibilidades de movilidad social (y también las de su familia). Sin embargo, las violencias (y en particular las violencias implícitas) no desaparecieron del todo de su vida. Laura vive limitaciones económicas propias de su condición de clase, convive en su propia casa con relaciones asimétricas entre hombres y mujeres, y ha heredado las estructuras de pensamiento de la dominación masculina, aunque adaptadas a la estructura social actual.

## Conclusiones Generales

Estamos llegando al final de este texto. En sus primeras páginas, invité a las lectoras y los lectores a mirar algunas fotografías de familia; a imaginar las situaciones que representaban y a pensar en las emociones que evocaban sus personajes. Quisiera, ahora, solicitarles volver sobre sus percepciones iniciales, para reevaluarlas después de la lectura del documento. ¿Como los relatos que leyeron cambiaron – o no – los sentimientos que tuvieron al ver estas fotografías por primera vez?; ¿Hasta qué punto habían imaginado la multiplicidad de relatos que puede contener una sola fotografía?

Me encantaría escuchar sus respuestas. Por lo menos, podrán conocer las mías, que pueden resumirse en una sola: me sorprendió siempre, durante las entrevistas, el contraste que encontraba entre lo que veía en las fotografías y lo que escuchaba en las muchas historias de estas mujeres, así como las emociones que me transmitían. Verlas llorar, escuchar como su voz se quebraba, esperar sus silencios... pero también compartir sus risas, asombrarme de sus comentarios irónicos o de sus quejas. Todo esto fue siempre muy conmovedor. Las fotografías contenían múltiples historias; y, de una sola imagen, podían surgir innumerables relatos. Con frecuencia, estas historias me desconcertaban, porque no era posible vislumbrarlas en lo que estábamos observando. Todas las fotografías que me mostraron eran agradables y me remitían a momentos felices, sin embargo: ¡las violencias estaban ahí, aunque no se vieran! Porque estaban en los recuerdos de las personas a quienes había entrevistado y esas imágenes las traían al presente.

Por eso, quisiera destacar nuevamente el diseño metodológico particular que he usado en esta investigación, apoyándome en fotografías de familias como mecanismos para despertar recuerdos y emociones. Las fotografías fueron mis aliadas para lograr cercanía con las familias: no solamente porque conversar con fotografías y de las fotografías remite siempre a experiencias emocionantes, sino también porque hicieron que las personas se sentían alagadas por mi interés en sus recuerdos y en sus historias.

Las fotografías me permitieron acercarme a diferentes experiencias de sufrimiento y me permitieron entender que un mismo hecho violento puede dar lugar a distintas interpretaciones, por una misma persona o por varias. En las entrevistas, me acompañaba siempre esta inquietud: ¿por qué conservar una fotografía que contiene recuerdos dolorosos? Una respuesta parcial que ha surgido, a lo largo de este proceso investigativo, se relaciona con el ejercicio de la violencia

simbólica, la cual implica cierto consentimiento por parte de las víctimas (Bourdieu, 2000b). Así fue como constaté que, en el marco de la dominación masculina y de las relaciones familiares, la sensación de daño y el amor podían convivir juntos – como la mamá que conserva fotografías del padre de sus hijos, una persona indeseable para ella, por respetar la relación de él con sus hijos o, más aún, para conservar la figura paterna –; la solidaridad y las violencias podían darse en una misma situación, entre unas mismas personas – como el tío que recibe en su casa a Mariana y a sus hijos, pero que, con su familia, los humilla constantemente –; o que los afectos y las violencias eran a menudo entremezclados – como Mariana que quiere a su abuela, la considera su mamá, porque es quien la adoptó, le dio un hogar y le enseñó a trabajar, pero también la golpeó y permitió que los tíos la maltrataran.

Esta ambivalencia de los sufrimientos es esencial para entender mi inquietud sobre la conservación de fotografías que contienen recuerdos dolorosos: no es una cuestión de blancos y negros, sino una composición con múltiples tonos de gris, que la matriz de tensiones sobre las situaciones de violencia me permitió volver más inteligible. He podido confirmar también cómo las experiencias las más íntimas y personales del sufrimiento están siempre impregnadas de materia social (Le Breton, 1999).

Las fotografías, en general, habían sido tomadas y conservadas con intención de revivir momentos familiares importantes. Por eso, al preguntarme sobre el deseo de las personas de conservar fotografías que les recuerdan hechos dolorosos, fue importante comprender que esa no fue la razón inicial por lo que surgió la fotografía y que los sucesos que representan pueden cobrar nuevos significados en la medida en que la persona vive nuevas experiencias o da significados distintos a las ya vividas. De manera que una misma imagen puede estar relacionada no solamente con recuerdos e historias diversas, sino también con interpretaciones múltiples y que pueden cambiar a lo largo del tiempo. El hecho de conservarlas responde a esas múltiples interpretaciones y usos que se les pueden dar a las fotografías.

Apoyarme en la matriz de tensiones construida bajo el modelo de “parecidos de familia” o “semejanzas parciales” (Bosa, 2015) me permitió analizar cómo, en cada caso, la violencia y el sufrimiento pueden referirse a prácticas muy distintas o tener múltiples interpretaciones. De haber trabajado con una definición aristotélica cerrada de la violencia, creo que hubiera sido más difícil describir de manera tan detallada y con tantos matices las experiencias de las mujeres. Al analizar

las interpretaciones que Sofía hizo de sus experiencias de sufrimiento, por ejemplo, comprendí otra manera de ver la violencia, relacionada con el consentimiento a la violencia y el perdón.

Inicialmente, a través de la matriz identificaba tres formas de consentir a la violencia: sea porque no es visible para las víctimas; porque la consideran justa o legítima; o porque se sienten impotentes ante la violencia experimentada. Sin embargo, conforme al caso estudiado, vi que es posible incluir una cuarta forma de consentir la violencia, que implica reconocerla, aceptarla al tiempo que rechazarla. Sofía escogió el camino del perdón para evitar la multiplicación de la violencia y para dejar de convivir con el resentimiento y el rencor. Aunque es una forma sumisa de enfrentar el sufrimiento, porque se acepta la violencia, a Sofía le sirvió para comprender que el perdón, lejos de ser una forma pasiva de enfrentar el daño, requiere de un reconocimiento, análisis y decisión ante el mismo: Sofía voluntariamente elige perdonar, para superar la violencia y porque considera que este camino es fuente de tranquilidad. Además, a Sofía, el perdón le permitió resignificar su pasado y a sus victimarios, de manera que no siguieran lastimándola.

Gracias a la matriz, he podido comparar las experiencias de violencias entre generaciones. Mariana creció en un ambiente violento, donde el maltrato era una forma legítima de relacionamiento. Sin embargo, ella no ejerció violencia sobre sus hijos de forma física, moral y directa, como lo habían hecho con ella. De ciertas formas, en el momento en que Mariana pudo independizarse de su familia, buscó construir un hogar sin manifestaciones interpersonales de violencia. De este modo, si Sofía creció en un entorno violento, no es porque su mamá la agredió físicamente, sino porque sus tíos y primos la maltrataron (como forma de sometimiento) y porque las condiciones de existencia eran marcadas por la escasez económica. Finalmente, Sofía – cuando fue su turno de ser madre – parece haber logrado ofrecer a sus hijos una protección contra las formas más explícitas de violencia. Cuando ella consiguió empleo luego de separarse de Sergio, pudo constituir un hogar pacífico, donde no había formas explícitas de violencia. De este modo, Laura y su hermano crecieron en un ambiente sereno; a pesar, de que Sergio, el papá, los haya golpeado y humillado en distintas ocasiones.

Asimismo, es posible evidenciar una disminución de la violencia estructural, gracias a una mejora en las condiciones de vida entre una generación y otra. Así, la abuela sólo pudo terminar su primaria a los 18 años; la madre se graduó de bachiller a los 27 años, y actualmente está

cursando una carrera técnica; mientras que la nieta obtuvo su bachillerato a los 17, iniciando inmediatamente una carrera universitaria. Otro ejemplo, es la situación laboral de las madres. En el caso de Mariana, la dificultad para conseguir un empleo permanente y con ingresos fijos, la obligó a vivir durante varios años en medio de angustias y zozobras. En cambio, Sofía – gracias a la solidaridad de unos vecinos – consiguió un empleo estable, con contrato a término indefinido y prestaciones sociales. Esta estabilidad laboral – a pesar de la indudable escasez económica – le ha permitido construir un hogar tranquilo, con independencia de su familia. Siente que ha logrado defender su autonomía: ha trazado proyectos a futuro, ha hecho realidad algunos de sus sueños y ha recuperado parte de su autoestima. Es evidente, sin embargo, que la violencia estructural ha limitado las posibilidades de elección, tanto de la abuela como de la madre. Ambas han trabajado en lo que han conseguido, no en lo que les hubiese gustado. En cambio, Laura se ha beneficiado de las condiciones laborales de su madre, pues esto le ha dado estabilidad tanto en sus estudios, como en sus relaciones familiares y sociales. Aunque tiene beca en la universidad, su mamá asume un porcentaje de la matrícula y ella no siente necesidad de trabajar para ayudar a su sostenimiento. Las interpretaciones de Laura – quien considera que no ha tenido privaciones algunas – demuestran que ella tiende a minimizar las violencias estructurales. Probablemente porque no ha tenido que enfrentar situaciones de escasez y de violencia explícita como su madre o su abuela, ni ha sido responsable del mantenimiento de otras personas.

En realidad, los efectos de las violencias estructurales y de dominación han moldeado a las mujeres de las tres generaciones. En Mariana, las experiencias de estas violencias dejaron una profunda sensación de rechazo por haber sido abandonada por su mamá, su condición de “hija ilegítima”, el maltrato de sus abuelos y tíos, la carencia de apellidos o las infidelidades de su pareja. No obstante, en su relación con Luis, Mariana rechazaba ciertas violencias de dominación, como la infidelidad, mientras consentía otras, como el sometimiento ante él. Las consecuencias de las violencias impersonales fueron, para Sofía, la angustia, los sentimientos de inferioridad y la inseguridad; afectando su sentido de valía y su forma de posicionarse en el espacio social; y perpetuando la sensación de daño. Como lo hemos visto, el caso de Sofía – en particular a través del perdón al padre y del mantenimiento de una relación cercana con el exesposo – permite reflexionar sobre la violencia simbólica (Bourdieu, 2000b). El hecho de aceptar a estos dos hombres – que, en su concepción, no fueron capaces de ejercer adecuadamente su paternidad – la convierte, de alguna manera, en “cómplice” de la dominación masculina y de un tipo de

masculinidad irresponsable. Su deseo de tener un padre – para ella misma y para sus hijos – le obliga a aceptar la indiferencia de esos hombres.

En la tercera generación, es posible evidenciar la reproducción de la dominación masculina, por las asimetrías entre hombres y mujeres al interior de la familia. Así, Laura siente indignación, tristeza y frustración por el trato que recibe de su padre y por el tipo de relación que tienen. Aunque no está totalmente ausente (como los padres de las generaciones anteriores), su paternidad no cumple con las expectativas de sus hijos y su exesposa. La presencia continúa de la dominación masculina se evidencia también en los privilegios sistemáticos que parecen tener los hombres, quienes están exentos de encargarse del trabajo doméstico o de cuidado. Y es importante anotar, en este respecto, que la mamá y la abuela juegan un papel importante en el mantenimiento de esta dominación masculina, que ellas han incorporado y naturalizado a lo largo de su vida y con las que han educado a Laura y a Damián.

Finalmente, quisiera señalar que esta investigación pretendía reconstruir casos de violencias contra mujeres, contadas por las mismas mujeres, a través de sus fotografías de familias. Si estos casos involucraban las acciones de diversos hombres, los cuales aparecen en este texto, es importante reconocer que no tuve la oportunidad de hablar con ellos. Los relatos que me permitieron reconstruir los diferentes casos fueron los de las mujeres heridas o violentadas por ellos (excepto algunos de Damián, el hermano de Laura). Ahora bien, esto no quiere decir que no sería importante analizar las acciones de estos hombres de manera comprensiva. Del mismo modo que, a lo largo del trabajo de campo, he podido tejer relaciones de confianza con las mujeres, ponerme de su lado, y escuchar de manera atenta y considerada sus historias, considero que sería relevante realizar un trabajo etnográfico similar con los hombres. Al igual que las mujeres, son producto – y en alguna medida también víctimas – de la dominación masculina: ¿Cuál sería su versión de los hechos? ¿Cómo se sienten ellos ante las situaciones que vivieron? ¿Hasta qué punto son conscientes de su violencia? ¿Habrían querido hacer las cosas de modo distinto? ¿A qué violencias se enfrentaron ellos?

Desde el inicio de esta tesis, he destacado la necesidad de visibilizar el sufrimiento de personas que – por su posición en el espacio social y por su condición de género – tenían pocas oportunidades de ser escuchadas. Esta apuesta para denunciar las violencias implica riesgos conocidos. Por un lado, el miserabilismo o la “espectacularización de la dominación”. Por el otro, la posibilidad de re-doblar las violencias que han sufrido las víctimas. Asumo, sin embargo, la

voluntad de romper con un silencio que contribuye a normalizar las violencias cotidianas sufridas por miles (o millones) de mujeres en Colombia. Exponer estos sufrimientos – a la vez tan comunes, pero tan invisibles – puede constituir, ojalá, un primer paso para dejar de ser cómplice de ellos.

A lo largo del trabajo, he presentado las experiencias de violencia que vivieron las protagonistas de los relatos, con mis análisis e interpretaciones en los que incluyo situaciones que ellas, al contarlas, no las reconocían como violentas porque las han naturalizado o justificado. Como lo explica Bourdieu (2000b), hay violencias no leídas como violencias, desconocidas o mal reconocidas, que sólo a través de un proceso de reconocimiento se convierten en visibles para las víctimas. Por eso, al exponer hechos violentos con unas interpretaciones abrí la posibilidad de que quienes los vivieron, tomen conciencia de la violencia en esas experiencias – por ejemplo, sólo hasta que Mariana conoció quién era su madre y lo que le había hecho, “comprendió” la violencia de la que había sido víctima –, y esto puede constituirse en una nueva forma de violencia para ellas. La denuncia es, entonces, también ante ellas. Sin embargo, considero que es un riesgo que hay que asumir si se quiere denunciar la violencia. La forma en que lo he afrontado ha sido a través del modo de presentar los relatos, en los que he destacado también sus esfuerzos, logros y alegrías.

## Anexo

### CONSENTIMIENTO INFORMADO

Usted está siendo invitado a participar en este estudio de investigación social. Antes de decidir si participa o no, debe conocer y comprender cada uno de los siguientes apartados. Este proceso se conoce como consentimiento informado. Siéntase con absoluta libertad para preguntar sobre cualquier aspecto que le ayude a comprender en qué consiste el estudio o a aclarar sus dudas. Una vez que haya comprendido el estudio y, si desea participar, se le pedirá que firme esta forma de consentimiento, de la cual se le entregará una copia firmada y fechada.

El objetivo de esta investigación es describir cómo operan los factores sociales en la construcción de sufrimiento social en función de la generación, el origen social y el género; y cómo, a su vez, el sufrimiento moldea a las personas conforme a su pertenencia a los colectivos antes mencionados.

Se trata de un trabajo académico que busca narrar los sufrimientos de personas, en concreto mujeres, que enfrentan a diario múltiples dificultades por sus condiciones materiales de existencia y por su género. De este modo, se quiere aprovechar la función política del sufrimiento, usándolo como vocero de injusticias sociales. Con la narración de los sufrimientos personales no hay un interés voyerista, al contrario, el objetivo es dar visibilidad al esfuerzo de algunas mujeres por superar dichas dificultades, con sus éxitos y fracasos.

- Para llevar a cabo este estudio necesitaré entrevistar en varias veces a cada uno de los miembros de la familia por separado y, en otras ocasiones, necesitaré hablar con todos reunidos. Durante las entrevistas, les pediré que veamos juntos sus fotografías familiares impresas y digitales y que hablen de estas.
- Necesitaré, aproximadamente una hora para desarrollar cada entrevista. Si usted quiere continuar con el estudio cada encuentro tomará alrededor de una hora, según el tiempo que usted tenga disponible.
- La investigación que se realizará en el entorno familiar y con las fotografías familiares de los participantes.
- Los resultados del estudio serán consignados en un texto escrito que incluirá las fotografías utilizadas, si los participantes lo autorizan.
- Su decisión de participar en el estudio es completamente voluntaria.
- No habrá ninguna consecuencia desfavorable para usted, en caso de no aceptar la invitación.
- Si decide participar en el estudio, puede retirarse en el momento que desee, sin necesidad de informar las razones de su decisión, las cuáles serán respetadas en su integridad.
- No tendrá que pagar por hacer parte en este estudio, ni recibirá ningún tipo de remuneración por su participación.
- En el transcurso del estudio usted podrá solicitar información actualizada sobre el mismo, al investigador responsable.
- La información obtenida en este estudio es de carácter privado y sólo será publicada con autorización de sus dueños.

- La información obtenida durante esta investigación será manejada con sumo cuidado, respetando el derecho a la privacidad y buen nombre de los participantes<sup>31</sup>.
- Los rostros de los menores de edad y personas que no participaron en la investigación, serán difuminados, desenfocados o tapados, a fin de resguardar su privacidad.

Para obtener más información sobre esta investigación, para expresar sus inquietudes o comentarios, usted puede dirigirse en cualquier momento al director de la maestría en Estudios Sociales, de la Escuela de Ciencias Humanas, de la Universidad del Rosario.

Al dar mi consentimiento, ratifico que he leído la información que contiene este formulario y mis preguntas han sido respondidas de manera satisfactoria. Acepto participar en esta investigación, y autorizo que se graben las entrevistas y se tomen fotografías de mí, de mi casa y de mis fotos familiares, durante la participación en este estudio. He sido informado y entiendo que los datos obtenidos en el estudio pueden ser publicados o difundidos. Para esto, he solicitado o aceptado que mi nombre y apellido: Permanezcan iguales y sean publicados en la investigación \_\_\_\_\_ Sean cambiados, a fin de evitar ser identificado \_\_\_\_\_

Y que las fotografías en las que aparezco:  
 Sean publicadas sin ninguna modificación \_\_\_\_\_  
 Sean publicadas distorsionando los rostros \_\_\_\_\_  
 No sean publicadas \_\_\_\_\_

Recibiré una copia firmada y fechada de esta forma de consentimiento.

Firma: \_\_\_\_\_ Nombre completo: \_\_\_\_\_ Fecha: \_\_\_\_\_

Certifico que he explicado los objetivos de esta investigación a quien da su consentimiento y que esta persona ha sido informada sobre el propósito, procedimientos y dedicación, relacionados con la participación en el estudio. Todas las preguntas planteadas han sido contestadas a entera satisfacción del participante.

Firma: \_\_\_\_\_ Nombre completo: \_\_\_\_\_  
 Institución: \_\_\_\_\_  
 Datos de contacto \_\_\_\_\_

<sup>31</sup> **De acuerdo al Artículo 15 de la Constitución Política de Colombia:** “Todas las personas tienen derecho a su intimidad personal y familiar y a su buen nombre, y el Estado debe respetarlos y hacerlos respetar. De igual modo, tienen derecho a conocer, actualizar y rectificar las informaciones que se hayan recogido sobre ellas en los bancos de datos y en archivos de entidades públicas y privadas. En la recolección, tratamiento y circulación de datos se respetarán la libertad y demás garantías consagradas en la Constitución. La correspondencia y demás formas de comunicación privada son inviolables (...)”.

## Referencias

- Álvarez, C., & San Fabián, J. (2012). La elección del estudio de caso en investigación educativa. *Gazeta de Antropología*, 28(1), 1-12.
- Abad Miguélez, B. (2016). La Producción Socio- Institucional de Sufrimiento Social. *International and Multidisciplinary Journal of Social Sciences*, 5(1), 1-25. Recuperado de: 10.17583/rimcis.2016.1802.
- Arango, L. G. (2002). Sobre dominación y luchas: Clase y género en el programa de Bourdieu. *Revista Colombiana de Sociología*, 99-118.
- Aranguren, J. P. (septiembre de 2010). De un dolor a un saber: cuerpo, sufrimiento y memoria en los límites de la escritura. *Papeles del CEIC*, 63, 1-27.
- Azamar, C. (2015). Masculinidades: algunas notas sobre sus crisis, retos y perspectivas. *Fuentes Humanísticas*, 27(51), 57-73.
- Bosa, B. (2015). C'est de famille! L'apport de Wittgenstein au travail conceptuel dans les sciences sociales. *Sociologie*, 6(1), 61-80.
- Bourdieu, P. (1965; 2003). *La fotografía un arte medio. Ensayo sobre los usos sociales de la fotografía*. (T. Mercado, Trad.) Barcelona, España: Editorial Gustavo Gili. S.A.
- (1989). La ilusión biográfica. *Historia y Fuente Oral*, 2, 27-33.
- (2000a). Sobre el poder simbólico. En P. Bourdieu, *Intelectuales, política y poder* (Alicia Gutiérrez, Trad., págs. 65-73). Buenos Aires: UBA/ Eudeba.
- (2000b). *La Dominación Masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama S.A.
- (2007). Comprender. En P. Bourdieu, *La miseria del mundo* (H. Pons, Trad., 1ra edición en español (abreviada), 1999. 3ra reimpresión, 2007 ed., págs. 527-543). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica .
- Bourgois, P. (2009a). Recognizing Invisible Violence. A Thirty-Year Ethnographic Retrospective. En B. Rylko-Bauer, L. M. Whiteford, & P. Farmer, *Global Health in Times of Violence* (págs. 17-40). Santa Fe: Santa Fe: School for Advanced Research Press.
- (2009b). Treinta años de retrospectiva etnográfica sobre la violencia en las Américas. En J. López García, S. Bastos, & M. Camus (Edits.), *Guatemala: violencias desbordadas* (págs. 27-62). Córdoba: Imprenta Universidad de Córdoba.
- (2010). *En Busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bushnell, D. (1994; 2004). *Colombia. Una nación a pesar de sí misma*. (C. Montilla, Trad.) Bogotá: Editorial Planeta.
- Castel, R. (2008). *La inseguridad social: ¿Qué es estar protegido?* (1ra Edición. 2da reimpresión ed.). (V. Ackerman, Trad.) Buenos Aires: Manantial.
- Castel, R. (2008b). La protección social en una sociedad de semejantes. *Revista CS*, 1, 13-40 Recuperado de: <https://doi.org/10.18046/recs.i1.400>.

- Farmer, P. (2007). Una antropología de la violencia estructural. El caso de Haití. *Temas*, 52, 63-73.
- Femenías, M. L. (2007). Esbozo de un feminismo latinoamericano. *Revista Estudios Feministas*, 15 (1), 11-25.
- Galtung, J. (1969; 2017). La violencia: cultural, estructural y directa. *Cuaderno de Estrategia. Política y violencia: comprensión teórica y desarrollo en la acción colectiva*, 183, págs. 147-168.
- Gonzalez, J. (2016). *Tesis doctoral: Crisis de la masculinidad hegemónica: (re)escrituras finiseculares de la batalla de los sexos en Estados Unidos*. Madrid: Facultad de Filología. Universidad Complutense de Madrid.
- Guglielmucci, A. (Enero de 2017). El concepto de víctima en el campo de los derechos humanos: una reflexión crítica a partir de su aplicación en Argentina y Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, 59, 83-97.
- Hernández Ruiz, M. P. (2017). “No solo duelen las balas”. *Modalidades e interpretaciones de la violencia armada en el suroriente de la Sierra Nevada de Santa Marta. Monografía de grado*. Bogotá: Escuela de Ciencias Humanas. Programa de Antropología. Universidad del Rosario. .
- La Parra, D., & Tortosa, J. M. (2003). Violencia estructural: una ilustración del concepto. *Documentación Social*, 57-72.
- Le Breton, D. (1999). *Antropología del dolor*. (D. Alcoba, Trad.) Barcelona: Editorial Seix Barral, S.A.
- Machado Martínez, Y. (2016). Aproximación a la comprensión de las masculinidades. Sistematización de autores europeos. *Revista Sexología y Sociedad. (Versión Electrónica)*, 22(1), 68-86.
- Renault, E. (2010). A Critical Theory of Social Suffering. *Critical Horizons*, 221-243.
- Scheper-Hughes, N. (September de 1996). Small wars and invisible genocides. *Social Science & Medicine*, 43(5), 889-900.
- Scheper-Hughes, N., & Bourgois, P. (2003). Introduction: Making sense of violence. En N. Scheper-Hughes, & P. Bourgois (Edits.), *Violence in War and Peace: An Anthology* (págs. 1-31). Oxford, United Kingdom: Blackwell Publishing.
- Schillagi, C. (agosto de 2011). Sufrimiento y lazo social. Algunas reflexiones sobre la naturaleza ambivalente del dolor. *Revista Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*, 7/8.
- Schongut, N. (noviembre de 2012). La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia. (U. A. Barcelona, Ed.) *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2 (2), 27-65.
- Scott, J. W. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En M. Lamas, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. (págs. 265-302). PUEG - Miguel Ángel Porrúa.
- Sinay, S. (2006). *La masculinidad tóxica*. Buenos Aires: Ediciones B.
- Soto, G. (2013). Nuevas masculinidades o nuevos hombres nuevos: el deber de los hombres en la lucha contra la violencia de género. *Scientia Helmántica. Revista Internacional de Filosofía*, 95-106.
- Van Dijk, T. A. (1997). *Racismo y análisis crítico de los medios*. Barcelona: Paidós.

West, C., & Fenstermaker, S. (2010). Haciendo la diferencia. En *Cuadernos de Trabajo AFRODESC/EURESCL. Estudiar el racismo. Textos y herramientas*. (D. Villar, Trad., Texto original: West, C. and Fenstermaker, S., (1995). «Doing Difference», *Gender & Society*, Vol. 9, No. 1, 8-37. ed., Vol. 8, págs. 170-212). México.